ROBERT PARIS

LOS ORÍGENES DEL FASCISMO

BIBLIOTECA
DEL
COLEGIO UNIVERSITARIO DE LOGROÑO

Ediciones Península ®
BARCELONA, 1976

R. 6850

Título de la edición original
Les origines du fascisme

Traducción de
Josep Mas Godayol

Cubierta de
Enric Satué

Primera edición: diciembre de 1969
Segunda edición: septiembre de 1976

© FLAMMARION, París, 1968

Realización y propiedad de esta edición
(incluidos la traducción y el diseño de la cubierta):
EDICIONS 62 S|A.,
Provenza 278, Barcelona-8

Depósito legal: B. 33.685-1976.
ISBN: 84-297-0801-4

Impreso en Lito-Fisan
Jaume Piquet 7, Barcelona

CRONOLOGÍA

ACONTECIMIENTOS DE ITALIA

1918

20 septiembre	Publicación de *Roma futurista* y del Manifiesto del Partido Político Futurista.
3 noviembre	Victoria de Vittorio Veneto.
4 noviembre	Armisticio austro-italiano.
22 diciembre	Publicación de "Il Soviet" (Bordiga).

1919

Enero	Congreso de la CGL.
5-6 enero	I Congreso de la Unione Italiana del Lavoro.
18 enero	Fundación del Partido Popular Italiano.
18 marzo	La Dirección del PSI se adhiere a la III Internacional.
23 marzo	Fundación de los Fasci di combattimento.
15 abril	Incendio del "Avanti!".
13-15 mayo	Fundación de la Unione Socialista Italiana.
6 junio	Publicación del Manifiesto de los Fasci.
7 junio	Publicación de "L'Ordine Nuovo".
14 junio	Congreso del Partido Popular Italiano: 55.895 adheridos.
20-21 julio	Huelga general contra la intervención en Rusia.
Julio-agosto	Polémica de "La Stampa" sobre Caporetto.
12 septiembre	Ocupación de Fiume.
5 octubre	XVI Congreso del PSI que confirma la adhesión a la III Internacional.
9-10 octubre	Congreso fascista de Florencia.
15 noviembre	Elecciones.
17 noviembre	Bomba fascista en Milán.
20-23 diciembre	III Congreso de la Unione Sindicale Italiana, en Parma.
21 diciembre	Gobierno Nitti.

FUERA DE ITALIA

1918

11 noviembre	Armisticio franco-alemán.
14 diciembre	"Elections kaki" en Gran Bretaña.

1919

Enero	"Semana sangrienta" de Buenos Aires.
15 enero	Asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.
19 febrero	Atentado contra Clemenceau.
2-7 marzo	I Congreso de la Internacional Comunista.
21 marzo	Bela Kun al poder.
10 abril	Asesinato de Zapata.
11 abril	El Congreso de Versalles adopta la Carta Internacional del Trabajo.
16 abril	Motín de los marineros franceses en el Mar Negro.
20-22 abril	Congreso socialista de París.
4 mayo	China: Comienzo del "Movimiento del 4 de mayo".
28 junio	Firma del Tratado de Versalles.
Julio	Algunos miembros de la AFL (USA) piden restricciones a la inmigración.
19 julio	Mao Tse-Tung organiza movimientos estudiantiles.
5 agosto	Kemal se subleva contra el Sultán.
19 septiembre	Tratado de Trianon.
14 noviembre	Entrada de Horthy en Budapest.
16 noviembre	Elecciones francesas: Cámara horizonte-azul.
27 noviembre	Tratado de Neuilly.
	Sorel publica *Materiales para una teoría del proletariado.*

1920

7 marzo	Reunión nacional de los industriales en Milán.
28 mar.-24 abril	"Huelga de las agujas".
30 marzo	Discurso de la expiación del reformista Claudio Treves.
8-12 abril	Congreso del Partido Popular en Nápoles.
9 junio	Dimisión de Nitti. Le sucede Giolitti (el 11).
26 junio	Levantamiento de Ancona.
3 agosto	Evacuación de Albania.
18 agosto	Fundación de la Confagricoltura.
28 ag.-27 sept.	Ocupación de las fábricas.
30 agosto	D'Annunzio publica los Estatutos del Quarnero.
21 septiembre	"Avanti!" publica las "21 condiciones" de admisión a la Internacional Comunista.
12 noviembre	Tratado italo-yugoslavo de Rapallo.
21 noviembre	Ataque al Palazzo Accursio de Bolonia.
20 diciembre	Expedición fascista a Ferrara.
24-26 diciembre	"Navidad de Fiume".

1921

15-21 enero	Congreso de Liorna del Partido Socialista Italiano. Fundación del Partido Comunista de Italia.
Febrero	Congreso de Liorna de la CGL.
25 febrero	Fundación en San-Bartolomeo-in-Bosco del primer sindicato fascista.

1920

17 enero	Deschanel, presidente de la República.
20 enero	Ministerio Millerand.
25-29 febrero	Congreso socialista de Estrasburgo.
12-25 marzo	En Alemania: putsch de Lüttwitz-Kapp.
18-26 abril	Conferencia de San Remo.
29 abril	Kemal, presidente de la Gran Asamblea Nacional Turca.
4 junio	Tratado de Trianon.
Julio	La armada francesa en Damasco.
21 jul.-6 agosto	II Congreso de la Internacional Comunista.
7-8 agosto	En Alemania, creación del NSDAP.
10 agosto	Tratado de Sèvres.
15 agosto	La armada roja ante Varsovia.
1-5 septiembre	Congreso de Bakou de los Pueblos de Oriente.
24 septiembre	Millerand sucede a Deschanel.
12-17 octubre	En Alemania: Congreso comunista de Halle.
Noviembre	Harding, presidente de los Estados Unidos.
5 diciembre	En Grecia: plebiscito de llamamiento a Constantino.
25-30 diciembre	Congreso de Tours: nacimiento del Partido Comunista francés.
	Keynes publica *Las consecuencias económicas de la paz*; Lenin, *El izquierdismo*; Trotsky, *Terrorismo y Comunismo*.

1921

16 enero	Ministerio Briand.
24-29 enero	Conferencia de París.
27 feb.-3 marzo	Conferencia de Londres.
2-17 marzo	Levantamiento de Cronstadt.
12 marzo	Tratado de Riga.
16 marzo	Tratado comercial anglo-soviético; Tratado ruso-turco.

23 marzo	Atentado anarquista en el teatro Diana, de Milán.
15 mayo	Elecciones. Treinta y cinco diputados fascistas.
21 junio	Primer discurso de Mussolini en la Cámara.
23 junio	Dimisión de Giolitti.
4 julio	Gobierno Bonomi.
6 julio	Primera manifestación en Roma de los Arditi del popolo.
21 julio	Fusilamiento de Sarzana.
2 agosto	Pacto de pacificación entre los socialistas y los fascistas.
10-15 octubre	Congreso de Milán del Partido Socialista.
7-10 noviembre	Congreso de Roma del *fascio*. Constitución del Partido Nacional Fascista.
15 noviembre	Los fascistas denuncian el "pacto de pacificación".
29 diciembre	La Banca de Descuento suspende sus pagos.

1922

17-22 enero	Consejo Nacional del Partido Socialista.
24-25 enero	Formación en Bolonia de la Confederación Nacional de las Corporaciones Sindicales, que publica "Il Lavoro d'Italia".
25 enero	Fundación de la revista "Gerarchia".
2 febrero	El rey rechaza la dimisión de Bonomi.
6 febrero	Achille Ratti, cardenal de Milán, es elegido Papa bajo el nombre de Pío XI.
18 febrero	Caída del gobierno Bonomi. Le sucede Facta, el 25.
20 febrero	Formación de la Alianza del Trabajo.
20-24 marzo	Congreso de Roma del Partido Comunista de Italia.

18 marzo	Tratado de paz entre Polonia y Rusia.
18-28 marzo	En Alemania: "acción de marzo".
Abril-junio	Huelga de mineros británicos.
16 mayo	Reanudación de las relaciones diplomáticas entre Francia y el Vaticano.
22 junio-12 jul.	III Congreso de la Internacional Comunista.
21 julio	Abd-el-Krim derrota a los españoles en Annual.
29 julio	Hitler es elegido presidente del NSDAP.
25 agosto	Paz separada germano-americana.
20 octubre	Paz de Angora.
29 octubre	Conferencia de Washington.
10 noviembre	Anatole France, Premio Nobel de Literatura.
26-31 diciembre	Congreso de Marsella del PCF (SFIC).

1922

5-12 enero	Conferencia de Cannes.
14 enero	En Francia: escisión de la CGT.
15 enero	Gobierno Poincaré.
6 febrero	Acuerdo naval de Washington.
15 febrero	Apertura de la Corte Internacional de La Haya.
2-5 abril	Conferencia de las Tres Internacionales.
3 abril	Stalin, secretario general del Partido Comunista de Rusia.
10 abr.-19 mayo	Conferencia de Génova.
16 abril	Rapallo.
16 jun.-20 julio	Conferencia de La Haya.
24 junio	Asesinato de Rathenau.
5 julio	En Brasil: primer levantamiento tenientista.
Julio	I Congreso del Partido Comunista de China.

1 mayo	Hay oficialmente cuatrocientos diez mil parados en Italia. Los fascistas hacen funcionar los trenes.
12 mayo	Balbo ocupa Ferrara.
23-24 mayo	Congreso de los Trabajadores de la tierra.
29-30 mayo	Balbo ocupa Rovigo, después Bolonia.
2 junio	Mussolini hace una invitación a la moderación a sus jerarcas.
13 julio	Los fascistas toman y saquean Cremona.
26 julio	Los fascistas ocupan Rimini.
1 agosto	Huelga legalista.
1-4 octubre	Congreso de Roma del Partido Socialista.
8 octubre	Congreso constitutivo del Partido Liberal.
17 octubre	Congreso Nacional de la Confindustria.
24 octubre	Congreso de Nápoles del Partido Nacional Fascista.
26 octubre	Ultimátum de Mussolini.
27 octubre	Caída del gobierno Facta.
28 octubre	El rey se niega a firmar el decreto sobre el estado de sitio.
29 octubre	Comienzo de la "marcha sobre Roma".

26 ag.-8 sept.	Victorias turcas sobre los griegos.
11 octubre	Armisticio greco-turco. Reconstitución del Ku-Klux-Klan.
15 octubre	En Inglaterra: victoria electoral de los conservadores.
19 octubre	Dimisión de Lloyd George.
23 octubre	Gobierno Bonar Law.
4 nov.-15 dic.	IV Congreso de la Internacional Comunista.
30 diciembre	Fundación de la URSS.

Primera parte

LOS HECHOS

Capítulo 1

LAS CONDICIONES ESPECÍFICAS DEL DESARROLLO ECONÓMICO ITALIANO

Cualesquiera que fueran las causas de ello, ausencia o retraso de la revolución burguesa, ausencia de revolución agraria o ausencia de Reforma y, por consiguiente, de ética protestante que hallaba su sanción en el ahorro, el proceso de acumulación del capital italiano fue extremadamente penoso. "Revolución conservadora", el *Risorgimento* se efectuó esencialmente bajo la doble protección, o el protectorado, del capital francés y británico. Fue, en gran partè, como agente de este capital extranjero que el pequeño Piamonte, lastrado por Cerdeña desde 1847, emprendió la conquista y la colonización del resto de Italia: conquista de Norte a Sur, de las ciudades sobre el campo.

Algunos, como Gramsci, han insistido, a este respecto, sobre la ausencia de revolución agraria y, por consiguiente, sobre el carácter dualista de la sociedad italiana: un Sur agrario y pobre, víctima del pillaje de un Norte industrial y conquistador. De ahí que, para Gramsci, la solución revolucionaria a los problemas italianos deba hallarse en la alianza del proletariado industrial del Norte y el campesinado pobre del Sur: posición que había ya desarrollado, por lo demás, un "reformista consecuente" como Salvemini.

Ello significaba olvidar, como ha demostrado después Rosario Romeo (*Risorgimento e capitalismo*, Bari, 1959), que esta ausencia de revolución agraria había sido una de las claves, quizá la más importante, de la acumulación del capital en Italia. El capital, tal como lo constata Rosa Luxemburg, se acumula

y reproduce destruyendo las formas de producción arcaicas; en este caso, la economía agrícola. La presencia de una pequeña propiedad rural en Italia habría constituido, con toda seguridad, un serio obstáculo a esta acumulación y a esta transformación. La gran propiedad, por el contrario, con sus relaciones de producción "semifeudales", la favorece innegablemente. El elemento decisivo de este proceso fue, con toda evidencia, la venta pública de los bienes del clero —700.000 hectáreas— en Italia del sur después de 1866. Mientras se reforzaba la gran propiedad, el capital que hubiera podido ser invertido en la naciente industria napolitana se empleó en adquirir tierras.

La "alianza" que Salvemini y, tras él, Gramsci creyeron descubrir entre los industriales del Norte y los grandes terratenientes del Sur no era, de hecho, más que la expresión política, parcialmente mixtificada, de una relación estructural más profunda y, por decirlo todo, de una estructura unitaria en la que la gran propiedad meridional sólo constituiría un momento —indispensable— del desarrollo del capital. Para exponer esta relación, los conceptos de "conquista", de "pillaje" o incluso de "colonización" eran, en efecto, menos adecuados que el de imperialismo.

En la época de la Primera Guerra Mundial el capitalismo italiano no había conseguido, sin embargo, realizar esta transformación del sector agrario que habría debido acompañar al desarrollo del capital. Y éste sería uno de los elementos principales de la crisis de la posguerra: ocupación de tierras y, en el plano político, aparición de un partido campesino, bastante aproximado a lo que habían sido los socialistas revolucionarios en Rusia: el Partido Popular.

Esta tarea de destrucción y de transformación de la agricultura había sido emprendida, sin embargo, durante los veinte primeros años de la Italia unitaria. El librecambismo de la clase dirigente italiana, a partir de Cavour, al favorecer la penetración del capital francés y británico, contribuyó a hacer tabla rasa de las estructuras industriales atrasadas del Mezzogiorno y a fijar los términos, a escala nacional, de la "división del trabajo". Este librecambismo favoreció de hecho el desarrollo de la agricultura italiana: el índice de la producción agrícola (1938=100) pasaría del 44,3 en 1851 al 65'9 en 1880, mientras las exportaciones agrícolas no cesaban de aumentar. La renta de los bienes raíces seguía esta progresión. Era ésta, no obstante, una forma de acumulación forzada: los salarios y el consumo de los trabajadores agrícolas permanecieron estacionarios durante este período.

El sistema fiscal, el más gravoso de Europa según algunos, minaba una gran parte de estas rentas agrícolas para invertirlas en empresas públicas, tales como las carreteras y los ferrocarriles, infraestructuras indispensables para el desarrollo del capital industrial. Siendo la mayor contribución proporcionada por las rentas agrícolas, esta política fiscal impulsaba a éstas a invertirse, tímidamente aún, en la industria naciente. Ésta permaneció, sin embargo, limitada al sector textil, seda y algodón, y no se trató aún de constituir una industria pesada. Una única excepción: la industria mecánica comenzó a desarrollarse alrededor de Nápoles y en Liguria, en particular con los establecimientos Ansaldo, de Génova, fundados en 1847, y de los que se hablaría cada vez más. Pero lo esencial del capital permaneció unido al comercio.

El proteccionismo y la gran industria

Experimentada más tardíamente en Italia, la crisis de 1874 determinó un descenso de los precios agrícolas. Mientras que la producción agrícola se orientaba hacia los nuevos cultivos y, en particular, el de la vid, favorecido por la epidemia de filoxera sufrida en Francia, el capital comenzó a volverse hacia la industria y, hecho importante, una parte de los trabajadores del sector rural fueron a emplearse en las fábricas. La abolición del trámite forzoso, en 1883, favoreció además la afluencia del capital extranjero. La transformación del sistema fiscal, que tomaba nota de la nueva relación de fuerzas en camino de establecerse, puso de manifiesto que ahora eran el comercio y la industria quienes proporcionaban las principales contribuciones.

El equilibrio financiero no fue por ello menos precario y fue preciso recurrir a préstamos y emisiones de títulos en el extranjero: por más de 600 millones, según Morandi. La gran debilidad seguía siendo la de las fuentes de capitales. En aquella época, el ahorro, sobre todo en el Mediodía, seguía aún rindiendo más que las inversiones. Industriales y productores de cereales consiguieron imponer una reforma aduanera (1887) que, al acentuar algunos de los desequilibrios y de las dificultades existentes, favoreció la expansión de la industria, en particular de la industria metalúrgica, mecánica y química.

La política proteccionista, que aseguraba a los industriales el control del mercado interior, animaba a los organismos de crédito a invertir. Ya en 1874, la Banca Nazionale había hecho inversiones en la Ansaldo. La creación de las empresas Franco Tosi, especializadas en la producción de calderas (1882), y de la Breda, productora de locomotoras (1886), estableció las bases de la industria mecánica. Pero el hecho más importante fue, en 1884, la fundación de los

Altos Hornos de la Terni, sostenidos por la Banca Generale y la Credito Mobiliare, y ayudada, bajo mano, por subvenciones del Estado. De un capital de 3 millones, la Terni pasó muy pronto a un capital de 16 millones y otro tanto de obligaciones. Italia se hallaba así en situación de producir acero: de 4.000 toneladas en 1885, la producción nacional de acero pasó a 23.000 en 1886 y a 158.000 en 1889. El conjunto de las actividades industriales del Estado italiano seguía, sin embargo, dominado por la textil, seda y algodón.

La política proteccionista, ya lo hemos dicho, acentuó algunos desequilibrios. Al esforzarse en reducir las importaciones de trigo, favorecía, evidentemente, a las regiones —norte y centro— productoras de cereales, pero bloqueaba el desarrollo de la agricultura meridional. Atrasado en cuanto a la producción de cereales, el Mediodía se vio, a la vez, privado de exportar sus otros productos agrícolas hacia sus salidas "naturales", Francia, por ejemplo, y obligado a adquirir los productos de la industria italiana, infinitamente más caros que los de los países industriales más avanzados. Éste fue el nacimiento efectivo de la "cuestión meridional".

La crisis que se incubaba desde 1887 estalló con ocasión de la crisis financiera mundial sobrevenida en 1890. La creación del Partido Socialista, en el Congreso de Génova de 1892, y después, en 1893-1894, el movimiento de los *fasci* sicilianos, consecuencia todo ello de este proceso forzado de industrialización, hicieron intervenir nuevos elementos en la dinámica social, si bien moderadamente aún. Concentración industrial y producción de plusvalía iban a enfrentarse, en adelante, a la resistencia del proletariado de las fábricas y del campesinado pobre. Contemporáneo del escándalo de Panamá, la quiebra de la Banca Romana, que entrañó en 1893 la caída del primer gobierno Giolitti, marcó el fin de una época. Que el capital

italiano era aún extremadamente frágil, fue probado de nuevo al año siguiente, con la crisis de Adua.

La "revolución industrial"

La derrota colonial de Adua, tras el movimiento de los *fasci* sicilianos, fue, pues, el preludio de la crisis política y social que marcó el fin del siglo XIX, pero significó también la entrada de Italia en el siglo XX. Prefiguración del fascismo según algunos, Pelloux, general y hombre fuerte, debía aparecer, con Crispi, entre los predecesores de Mussolini. La crisis de 1898 fue, ante todo, una puesta en cuestión de las instituciones liberales tradicionales. Si Pelloux no se hubiese enfrentado a la oposición de los demócratas y de los socialistas, a los que se haría, un tanto abusivamente, responsables del levantamiento de Milán de mayo de 1898, Italia habría conocido un régimen fuerte, una especie de fascismo *avant la lettre*. Pero el capital no era aún, evidentemente, lo bastante potente como para imponer su ley y derrotar la iniciativa popular. Y el movimiento obrero, consciente aún de su debilidad, se limitó, frente al peligro, a unirse a la burguesía democrática, tal como Engels, por lo demás, aconsejaba a Turati.

De hecho, desde 1896, habían comenzado a aparecer en la industria los primeros signos de recuperación. Ésta, tal como ha observado Luciano Cafagna, comenzó desde este momento a beneficiarse del sostenimiento directo de la alta Banca, que vino a añadirse evidentemente a los efectos del proteccionismo. Exceptuada la crisis de 1907, la expansión, en modo alguno retrasada por la guerra colonial de 1911, hubiera debido prolongarse hasta las vísperas de la Gran Guerra. De 61.423 millones en 1895, la renta nacional pasó a 92.340 millones en 1913. La producción de instrumentos de producción, que representaba el

28 % de la producción industrial en 1895, pasó al 47 % en 1913. El gran capital italiano había nacido.

La constitución de la Banca Commerciale Italiana por un grupo industrial alemán había mostrado desde 1894 la tendencia dominante del desarrollo industrial de este período: la fusión del capital bancario y del capital industrial, es decir, la aparición inmediata de este capital financiero que describe Hilferding, particularmente visible en el campo de la siderurgia. La producción anual de hierro y de acero pasaría así de 300.000 toneladas en 1900 a 1 millón de toneladas en 1913; la energía empleada en la siderurgia se elevó de 35.000 HP en 1900 a 180.000 HP en 1913; la mano de obra pasó de 15.000 obreros, a comienzos de siglo, a 35.000 en 1913.

Esta expansión fue paralela a un proceso de concentración. En 1902, la Società Elba, creada en 1899 por un grupo capitalista belga para explotar las minas de la isla de Elba, quedó bajo el control de la Società Siderurgica di Savona y, a través de ésta, bajo el control de la Terni, fundada, tal como hemos visto, en 1884 por el Credito Mobiliare y la Banca Generale. Llegamos así, en 1904, a la creación de la Savona-Alba. Al año siguiente, ésta se fusionaba con la Società Alti Forni di Piombino, fundada en 1897, para dar nacimiento a la Ilva (Alti Forni e Acciaierie d'Italia), que se encuentra así controlando los centros industriales de Piombino y de Bagnoli. El fracaso del Credito Mobiliare y de la Banca Generale, hacen pasar, acto seguido, las acciones de la Terni en poder de la Banca Commerciale, ya en posesión de una buena parte de las de Ilva por intermedio de la Savona-Elba. Habiéndose agravado la situación financiera de la siderurgia tras la crisis financiera de 1907, las principales empresas siderúrgicas italianas —Elba, Piombino, Savona, Ferriere italiane y Ligure Metallurgica— intentaron constituir una sociedad en participación con la Ilva. De 71,7 millones en 1900, el ca-

pital de las sociedades siderúrgicas pasaría, en vísperas de la guerra, a 312 millones.

El peso de los trusts siderúrgicos contribuyó evidentemente a frenar los progresos de las industrias mecánicas, aún incapaces, en vísperas de la guerra, de responder a la demanda nacional. También aquí, sin embargo, se asiste a la fusión del capital bancario y del capital industrial. Así, la Bréda de Milán, fundada en 1886, se constituyó en 1900 en sociedad anónima y alcanzó de este modo, en 1906, un capital de 14 millones. Y mientas la Terni, unida como hemos visto a la siderurgia, creaba en La Spezia una empresa especializada en la construcción de piezas de artillería, la Ansaldo, controlada por el grupo Perrone, se transformaba a su vez, en 1903, en sociedad anónima. El capital de las sociedades mecánicas pasa así de 62 millones en 1900 a 415 millones en 1909, para volver a descender a 379 en 1913, crecimiento que obedecía más a la modernización de las estructuras financieras que a un progreso real.

La aparición de una industria nueva, el automóvil, rama en la que no existía competencia alguna, suscita, por el contrario, un auténtico *boom*. De 1904 a 1907, el capital de las industrias automovilísticas en Italia pasa de 8 a 90 millones, correspondiendo a 70 sociedades de construcción que emplean alrededor de 12.000 obreros. Cerca de la mitad del capital se hallaba, sin embargo, concentrado en Turín, que contaba con veinte sociedades automovilísticas. Entre ellas, la FIAT apareció muy pronto como la más importante, con un capital que, de 9 millones en 1906, se elevó a 17 millones en 1912, para ascender a 25 millones en el momento de la entrada en guerra de Italia. La empresa empleaba entonces (1912) de 4 a 5.000 obreros, que procedían en su mayoría de la inmigración rural y de actividades artesanales en declive. Por la misma época, las industrias algodoneras de Turín y de los alrededores empleaban aún cerca de

110.000 obreros, la metalurgia y la química 21.000. Por "específica" que fuese la situación de Turín, la composición demográfica de este proletariado, "joven" y sin tradiciones en las industrias avanzadas, numeroso y mejor preparado en los sectores ya atrasados, prefiguraba ya lo que sería uno de los elementos importantes de la crisis de posguerra: debido a la rapidez de la concentración industrial, las masas obreras, que hubieran debido oponerse al fascismo, pertenecían aún, en su mayoría, a la "primera generación".

En los umbrales del imperialismo

Fusión casi inmediata del capital industrial y del capital bancario, intervención frecuente del Estado en favor del gran capital, todo había pasado de hecho como si la economía italiana se hubiese saltado la etapa del capitalismo liberal. Y, efectivamente, al aproximarse la Gran Guerra, el capitalismo italiano parecía como si hubiese alcanzado la etapa del imperialismo. La conquista de Libia obedecía así menos a unos objetivos coloniales, como hubiera sido el caso, por ejemplo, si Italia se hubiese establecido en Túnez hacia 1880, que a la necesidad de encontrar un terreno de exportación para el capital italiano.

Ciertamente, la conquista intentó responder también a motivos de orden político y social. La conquista, se dijo, venía a coronar el cincuenta aniversario de la Italia unitaria. Parecía responder también a las exigencias de la emigración: el mismo año, en efecto, a continuación de incidentes italo-argentinos, Argentina cerró sus puertas a la inmigración italiana. En el plano político, al mismo tiempo que satisfacía los nacionalismos, permitió a Giolitti, lo suficientemente hábil como para instaurar en aquel momento el sufragio universal, asegurarse el apoyo de una par-

te de los socialistas y de los sindicalistas revolucionarios.

Cuando en 1878, Inglaterra, temiendo ver a Francia instalarse allí, animó a Italia a establecerse en Túnez, Cairoli "prudentemente" se negó a ello: el capital italiano no era manifiestamente lo bastante fuerte como para comprometerse en semejante empresa, ni incluso como para sentir la necesidad de hacerlo. Algunos años después, las derrotas de Dogali (1887) y de Adua (1896) pusieron fin a los sueños de expansión en Etiopía. Al participar en 1900 en la expedición de las potencias contra China, en la que obtuvo la escasa concesión de Tsien-Tsin, adquiriendo sobre la costa africana del mar Rojo unos territorios de los que haría en 1908 la Somalia italiana, Italia no había hecho más que asistir al reparto del mundo entre los grandes imperialismos.

La conquista de la Tripolitania fue emprendida en 1911 bajo el impulso del Banco di Roma, el cual intervino —tal como lo constata E. Santarelli— como "punta de lanza" de las nuevas tendencias expansionistas del capitalismo italiano. Fundada en 1880 por los medios financieros unidos al Vaticano, la Banca de Roma había tenido dificultades al principio. Forzada en 1894 a reducir su capital de 6 a 2,5 millones, lo tuvo que reducir, en 1898, a 1 millón. La labor del Credito Mobiliare, de la Banca Commerciale Italiana y de la Banca Generale, en el norte de Italia e incluso, por medio del proteccionismo, en las zonas agrícolas del Mezzogiorno, limitó a la Banca de Roma, bajo la presidencia de Ernesto Pacelli, a exportar sus capitales al Oriente mediterráneo. En el transcurso únicamente de los años 1905-1907, la Banca creó así filiales y sociedades comerciales en Egipto, en Eritrea, en Etiopía, en Marruecos y en Tripolitania. En 1907, la Banca, que controlaba por entonces varias líneas de navegación hacia el próximo Oriente, creó también una Società Commerciale d'Oriente que se proponía

—"pequeña compañía de las Indias, moderna", observa E. Santarelli— asegurar la penetración italiana en los territorios del imperio otomano en declive.

La revolución de los jóvenes turcos de 1908, al oponer algunos obstáculos a la penetración del capital italiano, comenzó a alarmar a los dirigentes de la Banca de Roma. Los acontecimientos internacionales que finalizarían con la instauración del protectorado francés en Marruecos, acabarían de decidirla. Amenazando al gobierno italiano con confiar —si era preciso— la tutela de los intereses de la Banca a Austria y a Alemania, Pacelli obligó a Giolitti a comprometerse, un poco a regañadientes, en la conquista de Tripolitania. Italia se encontraba así con las preocupaciones de los otros imperialismos, igualmente vueltos hacia "el hombre enfermo" de Europa: la conquista de Libia, seguida en 1912 de la guerra de los Balkanes, prefiguraba igualmente el desmembramiento del imperio turco al que seguiría la Gran Guerra. A diferencia de las precedentes expediciones africanas, la de Trípoli despertó en Italia un entusiasmo popular que sólo tendría equivalente en el que provocó, en 1935, la guerra de Abisinia.

Capítulo 2

NACIONALISMO Y EXPANSIONISMO: LA ASOCIACIÓN NACIONALISTA ITALIANA

Salvemini no estaba equivocado cuando observaba en sus *Lecciones de Harvard:* "Si el fascismo presenta una doctrina coherente, lo debe al hecho de que los fascistas han adoptado otra vez el conjunto de la doctrina nacionalista." La entrada de los nacionalistas en el Partido Nacional Fascista, el 26 de febrero de 1923, y la fusión de los "camisas negras" y de los "camisas azules", estando estos últimos llamados a desaparecer, no hicieron más que sancionar formalmente una identidad objetiva, la de este "nacional-fascismo", de que hablaba el historiador. L. Salvatorelli en un libelo de la época. Los nacionalistas aportaron al fascismo este "cuerpo de doctrina" falto del cual el movimiento, al decir de Mussolini, se hubiera vista forzado a "morir o, peor aún, a suicidarse".

Fascismo, nacionalismo y futurismo fueron igualmente productos de la época contemporánea, de la sociedad industrial y, más precisamente, del gran capital (a excepción, quizá, del futurismo). El nacionalismo italiano apareció con el siglo. Sin grandes vínculos con este nacionalismo que ilustraron Petrarca o Dante, el capítulo XXVI del *Príncipe* o los *canti* de Leopardi, él tomó acta, por el contrario, de un hecho nacional ya realizado. El "irredentorismo", contrariamente a lo que suele creerse, no fue propio del nacionalismo. Éste más bien soñó otros derroteros. Desde su nacimiento, fue imperialista. "Dentro de veinte años toda Italia será imperialista", escribía Corradini al final de uno de sus primeros libros. El fascismo realizaría este sueño.

Corradini e "Il Regno"

Fue, por otra parte, el fracaso del primer imperialismo italiano, la cruel derrota de las tropas italianas en Adua, el primero de marzo de 1896, lo que constituyó el origen de la Asociación Nacionalista Italiana de 1910. Golpeada por el desastre —de seis a diez mil soldados muertos, el gobierno forzado a dimitir, la política de repliegue que se anunciaba—, un joven intelectual, procedente del sindicalismo revolucionario, Enrico Corradini, comenzó entonces a agitar sus sueños de revancha. "Escritor y periodista brillante", como le definía una enciclopedia publicada bajo el fascismo, Corradini sufrió entonces la influencia del nacionalismo francés, fruto, por su parte, de la derrota del 70. Este nacionalismo, mezclado con influencias sorelianas en Corradini, de Gobineau y de Marras en Francesco Coppola, había de contribuir, según los términos de Gentile, a "reformar profundamente la mentalidad política" de las "clases intelectuales" italianas.

El teatro y las novelas de Corradini contribuyeron a difundir estos temas. Mientras que *Giulio Cesare*, drama en cinco actos (1902), exaltaba al *imperator* y la leyenda de la Roma imperial, y *La Patria lontana* (1910) ponía en escena a un nacionalista y un anarcosindicalista emigrados a América latina, *La Guerra lontana* (1911), más explícita aún, "demostraba" la "necesidad vital" de la colonización. El escritor, por lo demás, era mediocre, charlatán, prolijo, con gran tendencia a la retórica. De hecho, él sólo tenía una idea: "enseñar a Italia el valor de la lucha internacional", del mismo modo que el socialismo había enseñado al proletariado el de la lucha de clases.

La fundación de la revista "Il Regno" (El reino), el 7 de noviembre de 1903, tendía a reaccionar contra "el estado de depresión en el que se encuentra la nación", contra la "democracia positivista" o, como

se la llamaba aún, la "monarquía socialista". Al sistema de Giolitti, "aparición soberana de la prosa en el terreno de la vida política italiana", tal como la definía Prezzolini, los nacionalismos de "Il Regno" oponían el mito de la Roma antigua y los *condottieri* y los navegantes, los poetas y los pintores, de la Italia de la Edad Media y del Renacimiento. Era una imagen de Italia en la que D'Annunzio primero y Mussolini después, se reconocerían.

"La Voce"

"Il Regno" dejó de aparecer a principios de 1905 y fue entonces la revista "La Voce", fundada en 1908 por Prezzolini y Papini, la que vino en cierto modo a tomar el relevo. Relevo absolutamente teórico, por lo demás. Bajo los auspicios de los dos antiguos colaboradores del "Il Regno", la revista publicó a la vez artículos de liberales como Amendola, de antiguos socialistas como Salvemini, de personajes tan inclasificables como Oriani y de nacionalistas como Federzoni, Forges Davanzati y Papini. Sin olvidar, naturalmente, a Gentile y Croce. La presencia de estos últimos, campeones neohegelianos de la "reacción antipositivista", fue quizás el símbolo de lo que podía unificar dos corrientes de apariencia tan dispar.

Heredera, en parte, del programa de "Il Regno", "La Voce" había hecho suyo, en efecto, lo esencial (o lo más superficial) de esta reacción antipositivista que, desde 1903 precisamente, se expresaba en la revista de Croce, "La Critica". A este odio contra el "positivismo" —y esta palabra, naturalmente, podía designar cualquier cosa—, se añadían algunos "sueños de inquietudes malsanas" (Gobetti). "La Voce" se proponía, en particular, crear "un órgano al margen de los partidos... que afirme principios por encima de las luchas políticas..." Era una de las prime-

ras expresiones de esta totalidad que, para el nacionalismo, debía realizarse en la nación por encima de las clases y de los partidos.

La Associazione Nazionaliste Italiana

El 3 de diciembre de 1910, por último, tras varias dudas (si la nación era una totalidad, ¿podía uno fundar un partido a riesgo de oponerse a ella?), un Congreso constituyente se reunía en Florencia para fundar la Asociación Nacionalista Italiana. ¿Su finalidad? Tal como el socialismo había sacado al proletariado de su sueño y le había puesto en situación de "dictar su ley de clase a las otras clases", el nacionalismo, sustituyendo a la lucha de clases, por la "de las naciones", debería, según Corradini, suscitar en Italia "el deseo de la guerra victoriosa". Se trataba, en efecto, de oponer al "*statu quo* europeo", un "*statu quo* italiano", el "*statu quo* de nuestros intereses, desde Sicilia a Génova". ¿No se acababa, además, de tener la prueba de que este *statu quo* no era inmutable?

Si se exceptúa la intervención en China junto a las otras potencias imperialistas, Italia vio operarse los últimos cambios en calidad de espectadora. El ejemplo del Japón, en particular, conmovía vivamente a los nacionalistas. Un ascenso súbito, la rápida industrialización, la victoria sobre los rusos en 1905, parecían testimoniar por igual lo que podía hacer un país que, rodeado como Italia de potencias imperialistas debía, como ella, resolver los problemas que le planteaba el desarrollo de su población. Inversamente, la anexión de Bosnia-Herzegovine por Austria en 1908 despertaba antiguos deseos y viejos resentimientos. ¿Qué se esperaba para reaccionar contra lo que Fedorzini llamaba "una política de castidad nacional"?

Esto no era, sin embargo, lo esencial. Para Corradini y los nacionalistas, no se trataba tanto de resolver los problemas exteriores por medio de la expansión —lo cual podía aparecer como una diversión—, como de efectuar también, en primer lugar o simultáneamente al menos, una verdadera "reforma interior". La política exterior, declararía Corradini en una conferencia de mayo de 1911, constituye para el nacionalismo "un medio de reforma interior revolucionaria. Es un medio para renovar el personal del gobierno". El nacionalismo quería, en efecto, ser en primer lugar —Corradini lo reconoció posteriormente en una conferencia de diciembre de 1913—, una "reacción contra el socialismo". No hay tampoco nada sorprendente en el hecho de que el mismo Corradini lanzase, en el Congreso de Florencia, la fórmula del "socialismo nacional".

Su única idea, pero también su gran acierto, consistía en recuperar un cierto populismo y transformarlo en nacionalismo. Un concepto —el de "nación proletaria"— debería permitir esta conversión. "Del mismo modo que dentro de los límites de cada Estado se ha formado un conjunto de clases dominantes y un conjunto de clases dominadas, así mismo, en las relaciones internacionales, existen Estados más fuertes y Estados más débiles: Estados Burgueses y Estados Proletarios". Una totalidad abstracta se ofrecía así a resolver y a sintetizar, a reconciliar las clases en lucha, "inversión dialéctica" en la que el mismo Hegel no se hubiera atrevido a soñar, pero que hallaba en la filosofía de Gentile su expresión teórica.

Algunos meses después del Congreso de Florencia, Corradini, Federzoni, Coppola, Maraviglia y Forges Davanzati comenzaron a publicar, en marzo de 1911, un pequeño semanario de cuatro páginas, "L'Idea Nazionale", que se proponía representar y ex-

presar los intereses de aquellos a quienes él designaba, no sin ambigüedad, como los "productores de riqueza". ¿Influencia soreliana a través de Corradini, sindicalista revolucionario arrepentido? Sin duda. "L'Idea Nazionale", que defendía al Estado fuerte y exaltaba al ejército, preconizaba el nacionalismo económico y la expasión colonial, practicaba un culto obstinado a la tradición y a Roma y apelaba regularmente a una política de prestigio, iba igualmente, a través de tales fórmulas, a lanzar las bases de lo que sería más tarde el corporativismo. Fue entonces un antiguo nacionalista, Alfredo Rocco, quien elaboró la ley promulgada el 3 de abril de 1926, sobre la "disciplina jurídica" en las relaciones de trabajo, que marcaba el nacimiento del sistema corporativo fascista.

A este proyecto de integración del proletariado parecía oponerse, al menos formalmente, el proyecto de resolver los problemas de la emigración por el expansionismo colonial. Como todos los hombres de su generación, Corradini, que había viajado además por América latina y por la cuenca del Mediterráneo, era singularmente sensible a los problemas que presentaba la emigración de los trabajadores italianos. "La emigración —declaraba en vísperas de la guerra de Libia— significa el trabajo italiano abandonado a sí mismo por el mundo; la conquista de las colonias significa, por el contrario, que el trabajo italiano está acompañado en el mundo por las otras fuerzas de la nación italiana y por la nación misma." ¿No había acaso constatado él, para apoyar su tesis ante el Congreso de Florencia, que bastaba una huelga de trabajadores italianos en Argentina para paralizar el país?

Se trataba, dicho de otro modo, de dar al capital italiano los medios de apropiarse esta plusvalía producida fuera de Italia. Así como el corporativismo intentaba hacer del movimiento obrero un medio del desarrollo del capital italiano, la expansión colonial, "forma de emigración también, pero... de la nación entera", aparecía como inseparable de este desarrollo. La derrota de Adua, que había proporcionado al capital italiano un pretexto para invertirse en las industrias nacientes, había, en efecto, coincidido con una depresión que duraba desde 1874. La recuperación que siguió, interrumpida sólo por una crisis en 1907 pero abocada a prolongarse hasta las vísperas de la Primera Guerra Mundial, había sido marcada, en particular, por la aparición de nuevas relaciones entre la Banca y la industria pesada. Es así como en 1894 un grupo industrial alemán había constituido la Banca Comercial Italiana que debería, después, sostener la Asociación Nacionalista Italiana.

La evolución de la ANI

Cuando la política de "paz social" de Giolitti expresaba más o menos los intereses de la industria ligera, aún predominante en la economía italiana, la industria pesada naciente se reconocía mejor en el nacionalismo y en su ideología corporativista e imperialista. La misma evolución del movimiento debía, efectivamente, conducirle a representar los intereses únicamente del gran capital. El Congreso de Florencia, que mezclaba nacionalistas, republicanos y mazzinianos, había sido suficientemente heterogéneo, prefigurando con ello también los comienzos del movimiento fascista. El segundo Congreso de la Asociación Nacionalista, Roma, 20-22 de diciembre de 1912, marcó la separación con los demócratas. Se proclamó, en particular, la incompatibilidad entre el nacionalismo y la francmasonería y se decidió asimismo emprender una campaña contra aquélla. El Congreso de Milán, por último, del 16 al 18 de mayo de 1914, desembocó en la ruptura con los liberales, que

representaban a la industria ligera. Sólo quedaron, como escribe L. Salvatorelli, los nacionalistas: los representantes de la industria pesada, del gran capital.

Los nacionalistas sólo tenían cinco representantes en el Parlamento, uno de ellos Fedorzini, elegido en 1913. La guerra de Libia, en la que Giolitti se había comprometido a disgusto, había parecido, sin embargo, darles la razón —"es nuestra guerra", declaraba "L'Idea Nazionale"— y había incrementado un poco las filas del movimiento, que siguió, sin embargo, siendo minoritario y localizado. (Dos de los cinco diputados elegidos al año siguiente lo fueron en Roma.) En vísperas de la Primera Guerra Mundial, el movimiento comenzó a recibir subvenciones del gran capital, entre otras de la "Sociedad italiana para la fabricación de proyectiles". El 3 de octubre de 1914 el pequeño semanario "L'Idea Nazionale" pudo así ceder su lugar a un diario del mismo nombre.

Frente a la guerra

La explosión de 1914 pondría a los nacionalistas en un compromiso. Sus simpatías se inclinaban evidentemente hacia Alemania, como se inclinaban antes hacia el Japón, con algunas reticencias, es cierto, frente a la penetración del capital alemán en Italia. Sostenida de una parte, si bien indirectamente, por el capital financiero alemán, "L'Idea Nazionale" lo estaba también, de otra parte, por Agnelli, la Terni o los fabricantes de proyectiles. El periódico recibió además la visita del socialdemócrata alemán Südekum, encargado de animar al órgano nacionalista a efectuar una campaña para que Italia cumpliese sus compromisos respecto de la Triplice. Lo importante, sin embargo, para los nacionalistas, era que al menos, Triplice o Entente, Italia se comprometiese, saliese de su neutralidad. Tan deseado era el "baño de sangre".

Los intervencionistas, en su mayoría, se pronunciaban por la entrada en guerra al lado de la Entente, y era difícil para los nacionalistas, ir en esto contra corriente. Austria, como hizo observar "L'Idea Nazionale", no era la verdadera aliada de Italia, o lo era sólo por el cambio de la alianza alemana. Sólo Alemania era la "aliada indispensable". Además, se constató también que los intereses italianos y los intereses austríacos, sobre todo en el Adriático, no coincidían mucho. Desde el fin del verano de 1914, los nacionalistas empezaron, pues, a inclinarse en favor de la Entente. El pacto de Londres del 26 de abril de 1915, que decidió la entrada en la guerra al lado de la Entente, prometía a Italia "justas compensaciones" que recortaban la mayoría de las reivindicaciones territoriales de los nacionalistas. ¿Tuvieron éstos conocimiento del contenido del pacto? A partir de entonces se dedicaron a denunciar los "peligros del pangermanismo" y el expansionismo alemán.

Mientras que las otras corrientes intervencionistas se vanagloriaban, sobre todo de su amor a la democracia, su esperanza en una guerra que sería la última o, más simplemente, de su francofilia, los nacionalistas se esforzaron en conferir a la guerra —"su" guerra— un carácter exclusivamente italiano. Hubo así, observa P. Alatri, "dos guerras": la de los intervencionistas de izquierda y la de los nacionalistas. Para estos últimos, la guerra sólo podía confirmar sus tesis. El orden del día del 15 de diciembre de 1918 de la Asociación Nacionalista, que sobreestimaba las promesas del pacto de Londres, y después la revista "Politica", fundada el mismo mes por F. Coppola, insistieron aún: la guerra había realizado "una auténtica revolución mundial" y corroborado "los principios esenciales de la doctrina nacionalista". Rocco volvió a insistir sobre ello en el IV (y últi-

mo) Congreso de la Asociación Nacionalista Italiana, que se celebró en Roma del 16 al 18 de marzo de 1919, algunos días antes de la fundación por Mussolini de los Fasci di combattimento.

Capítulo 3

EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO

"... En el gran río del fascismo —escribía Mussolini en 1932—, encontrarán ustedes las corrientes de Sorel, de Péguy, del Lagardelle del *Movimiento socialista* y de la cohorte de los sindicalistas italianos." Ciertamente, diez años antes de la "marcha sobre Roma", cuando la antidemocracia se preparaba para iniciar, en Etiopía, la carrera del Imperio, tal fórmula podía parecer abusiva. Era ésta, sin embargo, una de estas cartas que a Mussolini le gustaba guardar en reserva, dispuesto a intentar jugarla, incluso en la derrota. En plena República de Salo —el socialismo nacional de la República social de 1943-1945—, ¿no era éste, en cierto modo, el heredero (abusivo) de este sindicalismo del que Mussolini se manifestaba partidario en 1932?

El apogeo del sindicalismo revolucionario fue casi contemporáneo al ascenso del nacionalismo italiano y al ascenso de Mussolini a la cabeza de los "revolucionarios" del Partido Socialista Italiano, contemporáneo también de esta crisis de crecimiento del capital financiero italiano que debía resolverse, provisionalmente, por medio de la conquista de la Tripolitania. Presidente del Consejo casi sin interrupción de 1902 a 1914, Giolitti había inaugurado un sistema de gobierno que había merecido en su día el ser designado como el de la *monarquía socialista*. Se trataba, de hecho, de ofrecer al desarrollo de la industria pesada y del primer capital financiero italiano un marco político y social estable, que descansase, en lo esencial, sobre la alianza tácita del proletariado industrial, encuadrado por los reformis-

tas, y del capitalismo naciente. La acumulación del capital era así soportada por el campesinado y, más concretamente, por el campesinado pobre del Sur, aplastado por la gran propiedad.

El VIII Congreso del Partido Socialista Italiano, en abril de 1904, tuvo que confesar que, a escala nacional, el reformismo había sido un fracaso. "... Durante tres o cuatro años"—como debería constatar poco más tarde el reformista Turati—, los socialistas habían "servido gratuitamente de policías" a Giolitti, y sin duda habían obtenido de ello algunos beneficios, empezando por la neutralidad del gobierno en los "conflictos económicos". Pero era evidente que, para toda la Italia meridional y amplios sectores del campesinado, el "socialismo giolittiano" representaba un fracaso puro y simple. Y no fue, sin duda, producto del azar el que las primeras críticas socialistas dirigidas contra esta estrategia proviniesen de meridionales: desde el "reformista consecuente" que quería ser Salvemini, hasta el grupo de sindicalistas revolucionarios que empezaba a florecer en Nápoles.

Los "sorelianos" italianos

El personaje tutelar de este sueño anarquista era evidentemente Georges Sorel, cuya obra, Benedetto Croce y *nolens volens* Antonio Labriola, habían contribuido a dar a conocer en Italia. Fue en 1898 cuando el joven socialista napolitano Arturo Labriola le encontró a su vez en París, en casa del anarquista A. Hamon. Pero, como observa justamente E. Santarelli, no se trata de un encuentro puramente intelectual. Nuevas capas de trabajadores, extremadamente combativas pero desprovistas de toda tradición sindical o política, empezaban entonces a manifestarse, menos en Italia meridional que en las ciudades industriales como Milán o Turín y en las zonas de fuerte

concentración agrícola como Emilia: en el Congreso de 1913 de la Unione Sindicale Italiana los principales núcleos de adheridos fueron los de Parma, Milán, Bolonia, Módena y Carrara. En Nápoles, cuna de este "sorelianismo" italiano, algunos socialistas como Enrico Leone y Ernesto Cesare Longobardi, luchaban desde hacía varios años contra el reformismo y en favor del "retorno a Marx". Así el revisionismo de Sorel serviría inicialmente para restaurar el marxismo. Sorel, es cierto, aparecía menos como el representante europeo del revisionismo de izquierda que como el crítico incansable de la democracia reformista y el autor de *El porvenir socialista de los sindicatos*.

Riforme e rivoluzione sociale (1904) de Arturo Labriola, e *Il Sindicalismo* (1906) de Enrico Leone, por citar sólo los dos principales representantes de esta corriente, y periódicos como "Propaganda" de Nápoles y "Avanguardia socialista", de Milán, volvieron a utilizar, pues, un cierto número de temas sorelianos para redefinir al marxismo como a una "teoría de las revoluciones sociales", una "teoría de la acción". Igual que en Sorel, igual que en Croce, que acababa de fundar en Nápoles "La Critica" (1903), se trataba de reaccionar primero contra el positivismo, identificado aquí con el reformismo. El sindicato —y ésta era la gran diferencia entre Sorel y Pelloutier— aparecía menos como el instrumento de autoemancipación del proletariado que como el medio de realizar la revolución social e, indirectamente, la ocasión de reencontrar en el centro del marxismo una teoría de la violencia revolucionaria.

Éste era evidentemente el gran punto de convergencia con Sorel: el redescubrimiento de la violencia y, singularmente, de la huelga general, que la revolución rusa de 1905 debería además llevar al centro de las preocupaciones de los revolucionarios, como por ejemplo, Rosa Luxemburg... Incluso en Ita-

lia, tras los levantamientos de Cerignola, Buggerù y Castelluzzo, la gran huelga general del verano de 1904 pareció dar la razón a los sindicalistas revolucionarios. Durante cuatro días —del 16 al 20 de setiembre— el proletariado, incitado a protestar contra la represión de Castelluzzo, ocupó las fábricas y organizó Consejos obreros en la mayoría de las grandes ciudades de Italia. Lo más notable, sin embargo, fue que la protesta contra la represión en Italia meridional había partido de Milán, de la Cámara del Trabajo y de la "Avanguardia socialista", dirigida por Labriola.

El fracaso de la huelga de Parma de 1918, en modo alguno sostenido por la CGL, comenzó a poner al movimiento en crisis. Ésta fue precipitada y en cierto modo resuelta, por la guerra de Libia. Desde hacía ya un año la revista florentina "La Lupa", dirigida por Paolo Orano, había comenzado a reunir al sindicalista Labriola y al nacionalista Corradini. La conquista colonial acabó de arrebatar a la revolución un buen número de sindicalistas revolucionarios. El mar, como declaraba en exceso Orano, había vencido al socialismo. La mayoría de los "sorelianos" —Labriola, Orano, A. O. Olivetti— se unieron a Corradini, D'Annunzio y Pascoli, para exaltar a "la Gran Proletaria". Alceste de Ambris, sin embargo, se negó a suscribirse a esta "empresa de pillaje", y Enrico Leone guardó las distancias en *Espansionismo e colonie* (1911). Pero, bajo su forma "soreliana", el sindicalismo revolucionario no era entonces mucho más que un nacionalismo de izquierda, anunciando con ello el intervencionismo izquierdista de 1914.

La Unione Sindacale Italiana

Inspirándose igualmente en Sorel y en la experiencia de las Becas de Trabajo de Pelloutier, pero mucho

más marcado por influencias anarquistas y menos preocupado por la reflexión teórica, el sindicalismo de la USI se esforzó, al mismo tiempo, por hallar en el sindicato "el nuevo principio directivo de una sociedad" que no fuese —según los términos del Congreso Sindical de Parma de 1907— "la ampliación ni la extensión de la sociedad burguesa", sino "un auténtico autogobierno". Con ocasión de la creación de la CGL en 1906, los sindicalistas revolucionarios habían constituido un grupo de minoría —la "Acción Directa"— bajo la dirección de Alceste de Ambris, secretario de la Cámara del Trabajo de Parma. El 3 de noviembre de 1907, un congreso de los minoritarios de Acción Directa, representando a doscientos mil adheridos, examinó la actitud a adoptar hacia la CGL, que no había sostenido los movimientos de huelga de los marinos y de los ferroviarios. Michele Bianchi y Edmondo Rossoni propusieron entrar en masa en la CGL para transformarla desde el interior, pero el congreso adoptó una política de compromiso y decidió la creación de un Comité de resistencia destinado a coordinar la acción de los sindicalistas.

Al año siguiente, el vasto movimiento de huelga del proletariado industrial y de los obreros agrícolas de Parma y de Ferrara, no sostenido por la CGL, acabó en un fracaso, pero durante tres días la población trabajadora de Parma, galvanizada por De Ambris, se enfrentó a las fuerzas del orden. El segundo congreso de Acción Directa (Bolonia, 12 de diciembre de 1910), en el que participaron Arturo Labriola y Enrico Leone, representó aún a ciento cincuenta mil adheridos, cuando la CGL tenía trescientos mil, las organizaciones católicas cien mil y las ligas "independientes" doscientos cincuenta mil. Bajo la dirección de De Ambris, los adheridos a la Acción Directa hicieron campaña contra la guerra de Libia.

El Congreso de Módena del 23-25 de noviembre de 1912 proclamó por último la constitución de la

Unione Sindacale Italiana, que tuvo por órgano el "Internazionale". Encontrándose entonces en el exilio Alceste de Ambris y Armando Borghi, el Comité Central comprendía, entre otros, a Amilcare de Ambris, hermano del secretario de la Cámara del Trabajo de Parma, Filippo Corridoni, de la Unione Sindacale Milanese, Cesare Rossi y Giuseppe di Vittorio. La USI se proponía decidir al proletariado a "confiar únicamente en sus propias fuerzas..." El manifiesto de la USI del año siguiente insiste sobre este tema.

En el segundo Congreso de la USI (Milán, 4-7 de diciembre de 1913), se encontraron representados cerca de cien mil afiliados, el grueso de los cuales se hallaba en Parma (20.055), Milán (17.367), Bolonia (10.306), Módena (9.640), y Carrara (8.400). Armando Borghi hizo aprobar en él una moción sobre la huelga general. Tras la "semana roja" de Ancona, de junio de 1914, en el transcurso de la cual la USI tomó la iniciativa de la huelga general, el movimiento se dividió sobre la cuestión de la guerra. El 14 de setiembre de 1914, mientras Corridoni, Cesare Rossi, Michele Bianchi, Edmondo Rossoni y los hermanos De Ambris, todos partidarios de la intervención, dimitían de la USI, para constituir la Unione Italiana del Lavoro, Armando Borghi hizo adoptar por el Consejo general de la Unión una moción invitando al proletariado a "aprovecharse del inevitable debilitamiento de las fuerzas estáticas y de la crisis general consecuencia de la guerra, para iniciar una acción común con miras al derrocamiento de los Estados burgueses y monárquicos". A partir del 17 de abril de 1915, la USI publicó un nuevo periódico: "Guerra di classe".

La Unione Italiana del Lavoro

La actividad de la Unione Italiana del Lavoro, fue prácticamente nula durante los primeros años de

la guerra. Al aproximarse el final del conflicto, a fin de proporcionar alguna vida a la organización, Edmondo Rossoni y Angelo Oliviero Olivetti, empezaron a publicar, el primero de mayo de 1918, "Italia nostra", que se asignaba como objetivo "la guerra contra el sistema capitalista y contra todas las instituciones que le sostienen" y proponía, a través de un artículo póstumo de Corridoni, una "revisión sindicalista". "Il Popolo d'Italia" dispensó una acogida calurosa a las iniciativas de Rossoni. Mussolini fue mucho más frío, por el contrario, hacia las de De Ambris: la publicación de la revista "Rinnovamento" a partir del mes de marzo de 1918 y después la constitución de la Unione Socialista Italiana, los días 13-15 de mayo. Era esta, con toda evidencia, una nueva manifestación del "tacticismo" mussoliniano, más tarde, fascista.

El segundo Congreso de la UIL, los días 5 y 6 de enero de 1919, propuso un programa en el que Mussolini debería inspirarse (ver documento 2). Era, en cierto modo, la primera expresión elaborada de este socialismo de los productores en el cual convergían entonces el intervencionismo de izquierda y el socialismo nacional. Comentando el congreso, Rossoni constataba: "El sindicalismo no ha temido a la guerra; y no la temerá, sino que hará la revolución. La historia no ha pertenecido jamás a los incapaces ni a los cobardes; así, el porvenir no pertenecerá a los «neutros» ni a los locos desorganizados y disgregadores, sino a aquellos que anhelan, a aquellos que actúan, a aquellos que son inteligentes, a los productores, a los audaces." Este tema de la audacia había constituido precisamente el tema del primer artículo de Mussolini en "Il Popolo d'Italia", el 15 de noviembre de 1914...

Se trataba, en suma, de efectuar, una vez más, una conversión. Rossoni lo había hecho ya en 1914, el cual, en los tiempos en que era en los Estados

Unidos miembro de las IWW, hacía escupir sobre la bandera italiana en las manifestaciones. Esta vez se trataba, igual que en el opúsculo que el *fascio* distribuiría el 1 de mayo de 1919 (ver documento 4), de reivindicar para los "productores" el beneficio de la victoria. "El dinamismo sindical —exponía el periódico de la UIL «Battaglie», sucesor de «Italia nostra», en una respuesta a «L'Idea Nazionale»— sólo puede basarse en la lucha de clases, porque la clase trabajadora que aspira a la gestión de la producción no podrá alcanzar jamás su ideal sino es a través de una serie de batallas contra la clase dirigente...; defender a la nación durante la conflagración europea no significaba, en modo alguno, abandonar la nación victoriosa a la arbitrariedad de la burguesía..." La huelga "nacional" y "productiva" de Dalmine, de marzo de 1919, que Mussolini exaltaría, intentó dar una forma práctica al sindicalismo económico predicado por Rossoni. Dos años más tarde, este último, afianzado en los mismos principios, organizó el primer sindicato fascista.

Capítulo 4

LOS ORÍGENES LITERARIOS Y EL PARTIDO POLÍTICO FUTURISTA

Los progresos del capitalismo italiano al salir de la crisis de los años 1890, suscitaron entre los intelectuales y los escritores una reacción neorromántica que debería contribuir bastante ampliamente a preparar los ánimos para el fascismo y a establecer ciertas categorías propias para constituir una mentalidad nueva. Nacidos en Romagne como Pascoli u Oriana o más simplemente en el Mezzogiorno, como Croce o D'Annunzio, estos intelectuales reflejaron, a su manera, las preocupaciones de los grupos sociales y de las zonas geográficas a las que este impulso brutal del capitalismo parecía que debería arrojar cada vez más al margen de la nación y de sus centros de decisión. El hecho de que los principales representantes de la *intelligentsia* e incluso del personal político italiano —pensemos en Crispi o Nitti— hayan continuado reclutándose de ese modo, bastante paradójicamente, en unas zonas o medios ya marginales, testimonia bastante claramente la fragilidad y la inestabilidad de las nuevas estructuras italianas.

La reacción antipositivista

En la época en que los nacionalistas comenzaban a reagruparse, Croce fundó "La Critica" (1903) que se proponía unir, "en cierto modo", la filosofía italiana a Hegel, procediendo, al mismo tiempo, a una "reforma de la dialéctica". Tras una "llamarada pasional" por el marxismo, Croce, se comprometería en lo que Gramsci ha definido como una tentativa de lai-

cización de la cultura italiana, colocada bajo el signo del "renacimiento del idealismo". Dos términos marcan los límites de esta empresa: el rechazo de toda trascendencia y una polémica incesante contra el positivismo, al que Croce reprochaba el "dejar insatisfecha la necesidad religiosa del hombre". Se trataba, pues, en último término, de devolver al Espíritu sus poderes. Empresa que se mantenía bastante próxima a la que por aquel entonces Bergson intentaba llevar a cabo en Francia con su "suplemento de alma".

La "reforma de la dialéctica" —y en este punto el "actualismo" de Gentile no difiere, en absoluto, del historicismo crociano— se situaba más acá del hegelianismo y constituía bellamente una "contrarreforma de la dialéctica". Si bien tendía indirectamente al marxismo, el rechazo del "positivismo" llevaba a Croce a tratar como a una serie de núcleos irreductibles o irracionales ciertos "momentos" que, en Hegel, pertenecían a la esfera del Espíritu: la naturaleza y, naturalmente, las ciencias, la poesía y la política. No se trataba ciertamente de una destrucción pura y simple de la razón, como la que Luckács denunciaría más tarde, sino de la incapacidad de reencontrar la identidad de lo real y de lo racional que estaba en la base de la dialéctica hegeliana y, sobre todo, del rechazo a tratar la política, tal como Maquiavelo lo había hecho en *El Príncipe*, como una ciencia laica y amoral, "atea", lo cual debería participar inevitablemente de la crisis de la que surgiría el fascismo y —a través del "actualismo" gentiliano— de la doctrina que este último intentaría darse una vez llegado al poder.

Una revista, aparte de "La Critica", contribuyó manifiestamente a popularizar la reacción antipositivista: "La Voce", de Prezzolini y Papini, creada, tal como hemos visto, como prolongamiento de "Il Regno", de Corradini. Al consagrarse, al igual que Croce, a "desprovincializar" la cultura italiana, dando a co-

nocer, por ejemplo, a este Péguy al que Mussolini colocaría en los orígenes del "gran río del fascismo", "La Voce" ocupó evidentemente una posición estratégica extremadamente importante en una sociedad, como la italiana, en la que la clase política y la clase intelectual constituían aún grupos relativamente restringidos y frecuentemente confundidos. Lo importante, de hecho, no radicaba tanto en que el idealismo antipositivista pudiese, en su confusionismo y su generalidad, reconciliar a socialistas como Salvemini y a nacionalistas como Papini, como en las insuficiencias que caracterizaban la organización de la cultura y el reclutamiento de las clases dirigentes. No fue en suma casual el que las cuestiones de pedagogía, de reforma universitaria y de organización intelectual ocuparan y debieran continuar ocupando un lugar tan importante en Croce, Gentile y, más tarde, en Gramsci.

Alfredo Oriani

Alfredo Oriani fue precisamente de aquellos a los que Croce, "La Voce" y los nacionalistas "descubrieron" y revelaron a Italia durante este período. Novelista mediocre, muerto en la soledad en 1907, algunos de sus ensayos —y sobre todo *La lotta politica in Italia* (1892) y *Rivolta ideale* (1907)— le harían aparecer como un precursor del nacionalismo, del imperialismo, y después del fascismo. Si bien entre sus discípulos se hallaban dos futuros teóricos del nacionalismo —Federzoni y Bellonci—, la edición nacional de sus obras fue organizada y prolongada por el mismo Mussolini durante el período fascista.

Uno de los temas centrales de su obra consistía en la crítica del *Risorgimento* al que Oriani consideraba —no del todo equivocado— como a una revolución inacabada: "La Revolución italiana, lejos de

ser una obra popular, triunfó gracias a la actuación heroica de una minoría a la que favorecieron unos acontecimientos y unas circunstancias extranjeras." Crítica que el fascismo, en sus escasas tentativas teóricas, tomaría en seguida por su cuenta; así Gentile afirma: "No hay duda alguna de que el *Risorgimento* fue obra de una minoría." Crítica que hallaría también su prolongación en varios intelectuales liberales o marxistas, desde el *Risorgimento senza eroi*, de Gobetti, al *Risorgimento* de Gramsci.[1]

Romañés como Mussolini —y Crémieux con toda razón observaba ya que este término había acabado por designar a un cierto tipo de pensador político—, Oriani se complacía en oponer a la Italia artificial, "burguesa", brotada de este *Risorgimento* inacabado, una Italia renovándose en un vasto renacimiento popular: el pueblo significaba aquí una categoría ética e ideal, esencialmente ahistórica, sin contenido efectivo. Era éste el "pueblo" del que procedería la "democracia fascista" y al que Mussolini invitó a lo largo de todo el *Ventennio* a que fuese a aclamarle y a darle la razón bajo su balcón del Palazzo Venezia.

Pero, sobre todo, populismo e idealismo confluían en Oriani y se realizaban en la idea del imperio, finalización de un *Risorgimento* que no había sabido llegar a sus fines. Los italianos debían realizar su verdadera unidad haciendo "grandes cosas". Este sentido del imperio, pasaba así lógicamente por una teoría de la violencia liberadora, en la que Sorel no dudó en reconocerse: "El porvenir pertenecerá a aquellos que no le han temido: la fortuna y la historia son femeninas, y sólo aman a los fuertes capaces de forzarlas." Era ya el *leitmotiv* mussoliniano: "El porvenir pertenece a los fuertes..."

1. *Cf.* «¿Crítica o defensa del Risorgimento?», en el cap. 3 de la segunda parte.

Romañés igualmente, Pascoli había sido en su juventud socialista e internacionalista. En su edad madura, los honores y la consagración oficial le llevaron a erigirse en poeta nacional y a cantar la epopeya italiana: al poeta elegíaco de los *Myricae* (1891) sucedió el cantor oficial de los *Poemi italici* (1903) y de los *Poemi del Risorgimento* (1913). Con toda su preocupación por volver a hallar una infancia aletargada —y aquí podríamos evocar al Renan de los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*— su obra refleja bastante fielmente las inquietudes y las nostalgias de un mundo en agonía, de una joven Italia abocada a los asaltos del capitalismo y que se sentía ya vieja.

El socialismo humanitario de los años de juventud, desembocaría así —con toda naturalidad, como observa A. Asor Rosa— en el nacionalismo e incluso en un "imperialismo de los pobres", en la exaltación del Mediterráneo como un *Mare nostrum*. La guerra de Libia llevó estos temas al paroxismo. En su discurso de Barga del 27 de noviembre de 1911, "La Gran Proletaria se puso en movimiento...", Pascoli se unió a los nacionalistas de Corradini y a los teóricos del "socialismo nacional", contribuyendo, como constataría Mussolini, a "crear el alma italiana".

Pero el principal artífice de esta alma italiana fue innegablemente D'Annunzio. Un itinerario que ha sido comparado a menudo con el de Barrès, un egotismo a lo Stendhal —pero el stendhalianismo se expresaba en él más bien en el culto a la energía—, y un gusto obsesivo por las gestas, llevarían al poeta de los *Laudi* a cantar la gesta colonial y el imperialismo italianos. Itinerario, sin embargo, previsible: desde finales de siglo un *nietzchismo* facilón y bastante vulgar había empezado a dar forma a este culto a la energía. El primer libro de los *Laudi*, "Maia" (1903), enarbola en el exergo la divisa de las ciudades han-

seáticas que proporcionaría más tarde su título a un famoso artículo de Mussolini:

"Navigare necesse est,
Vivere non est necesse."

De ahí a la exaltación del imperio sólo había un paso, que fue rápidamente efectuado.

Apadrinando la revista florentina "Il Marzocco" (1896), cuna de un nacionalismo aún estetizante, D'Annunzio invitaba, en 1900, al joven Victor-Emmanuel III, a abrir a las "virtudes" italianas "las puertas de los dominios futuros". Invitación que volvió a efectuar algunos años después en su drama *La Nave* (1908), en el que invitaba a Italia a viajar "hacia el mundo". La guerra de Libia le inflamó, fue la gran ocasión, la primera: "El paraíso está a la sombra de las espadas", afirma su *Canzone d'Oltremare* (1911). Le volveríamos a hallar presente en 1915 y, por última vez, al final de la guerra, en Fiume.

Innumerables aventuras galantes, grandes amores, bellas gestas como el vuelo sobre Viena en plena guerra, incluso su misma herida hicieron de este bizco glorioso no tanto el *miles gloriosus* que Europa ha visto a menudo en él, sino una especie de encarnación magnífica de todos los sueños, confesados o no, de la pequeña burguesía italiana, esta pequeña burguesía que se organizaría en los *fasci*. D'Annunzio, el personaje, resumía bastante bien, y prefiguraba también, todo lo que el fascismo prometería a los italianos. Y el culto a D'Annunzio fue el anunciador innegable del culto de que Mussolini intentaría rodearse.

Los futuristas

"Con bastantes dificultades —como él confesaba— para citar obras típicas" del futurismo, Benjamin

Crémieux constataba en 1928 que el futurismo había "preparado el camino al alma fascista". Hasta "la marcha sobre Roma", constataba también que el futurismo había representado la "literatura oficial" del fascismo aún revolucionario. Lo cual parece menos exacto a quienes conozcan el gusto, la pasión incluso, de Mussolini y de los fascistas por la retórica y la declamación. Pero el fascismo, en honor a la verdad, había tomado mucho del futurismo, menos del estilo o del antiacademicismo que de las ideas políticas, menos de la psicología o de una visión del mundo que de los temas destinados a fundirse y, a veces, incluso a perderse en el sincretismo fascista.

El futurismo literario, es cierto, había preparado el camino, o testimoniado al menos, una cierta descomposición de las estructuras sociales, políticas y cívicas. Los futuristas —escribía Gramsci en 1921— "han destruido, destruido, destruido... Los futuristas, en su terreno, en el de la literatura, son revolucionarios". Esta inesperada apreciación se apoyaba en la autoridad de Lunatcharsky quien, en el segundo Congreso de la Internacional Comunista, había declarado que existía en Italia "un intelectual revolucionario... Filippo Tommaso Marinetti". Evidentemente se estaba mal informado en Rusia de lo que se hacía en Italia, por lo que se podía ciertamente confundir a Marinetti con Maiacovski, y la famosa carta de Gramsci a Trotsky sobre el futurismo no debía contribuir a aclarar mucho las cosas...

Marinetti

Nacido en Alejandría en 1876, Filippo Tommaso Marinetti, empezó a ser objeto de la atención general al publicar con sus amigos una serie de manifiestos que le valieron el ser llamado "la cafeína de Europa": Manifiesto futurista, en "Le Figaro" del 20 de febrero

de 1909, con Papini, Palazzeschi, Govoni, Folgore y otros; Manifiesto "contra el claro de luna", en abril de 1909; contra Venecia, en abril de 1910; Manifiesto de la literatura futurista, en mayo de 1912. Otros manifiestos, obras de amigos o de discípulos, prolongaron esta agitación: Manifiesto de la pintura futurista, de Boccioni, Carra, Russolo, Balla y Severini, en abril de 1910; Manifiesto de la mujer futurista, de Valentine de Saint-Point, en marzo de 1912, y en abril de 1912; Manifiesto de la escultura futurista, de Boccioni. Por esta época, sin embargo, el creador de las "palabras en libertad" comenzó a preocuparse por intervenir también en la política.

"Higiene del mundo"

Aproximadamente esta apertura a la política coincidió con los comienzos del sindicalismo revolucionario y la constitución de la Asociación Nacionalista Italiana. Desde 1909, los futuristas hicieron algunas tentativas para unirse a los sindicalistas revolucionarios contra aquellos a los que Marinetti llamaba —en un artículo de 1910— "nuestros enemigos comunes". Pero fue también en esto la guerra de Libia la que desempeñó un papel decisivo. Enviado especial en Tripolitania, Marinetti conmemoró la aventura publicando *Mafarka,* novela de inspiración "africana", y descubrió entonces lo que habría de ser uno de los *leitmotivs* de la política futurista: la guerra, como "única higiene del mundo" tal como tituló ulteriormente uno de sus libros (*Guerra sola igiene del mondo,* Milán, 1915). En octubre de 1913, los futuristas publicaron su primer programa político.

Antisocial y anticlerical —¿acaso Marinetti no exigía la "desvaticanización" de Italia?—, el programa futurista se presentaba como conquistador, imperialista y guerrero y, por descontado, "exclusivamente

italiano". Se preconizaba una política exterior "agresiva, astuta, cínica" y se apelaba, como los nacionalistas, a la restauración de la Roma imperial. Sin embargo, esto no era entonces más que una repetición, un esfuerzo para nada... El mismo año de 1913 comenzó a aparecer en Nápoles "La Vela latina", a la que se sumó en 1916 "L'Italia futurista" de Florencia. Pero hasta la guerra los futuristas no dieron mucho que hablar.

¿Fue debido a la influencia de la educación francesa de Marinetti, quien había efectuado sus estudios en París y publicado el grueso de su obra poética en francés, el que, a diferencia de la Asociación Nacionalista, los futuristas se mostrasen de entrada enemigos de Austria, colocándose por ello, en cierto modo, entre los intervencionistas de izquierda? Hacia mediados de setiembre de 1914, Marinetti y Boccioni organizaron en Milán las primeras manifestaciones contra Austria. Enrolados voluntarios en su mayoría —Marinetti el primero, ciertamente, así como Mario Carli, el futuro director de "L'Imperio"— con los *arditi,* secciones de asalto especializadas en los golpes de mano, los futuristas deberían establecer, en la posguerra, los primeros contactos entre Mussolini y los *arditi,* a quienes este último emplearía contra los "subversivos". Pero esto no fue, evidentemente, lo más importante.

El Partido Político Futurista

A partir del 20 de setiembre de 1918 comenzó a aparecer, primero cada diez días y después cada semana, "Roma futurista", que dirigían Marinetti, Mario Carli y Emilio Settimelli. El periódico, que llevaba el subtítulo de "Periódico del Partido Futurista", contenía el Manifiesto-programa del Partido Político Futurista "invocado por todos los italianos" (ver

Documento 1) y remitía al final de la guerra la organización definitiva del partido. Este programa que volvía a tomar varios temas del intervencionismo de izquierda, tales como la "socialización de la tierra" o la extensión del sufragio universal a las mujeres, se distinguía por su resuelto anticlericalismo ("Única religión: la Italia del mañana") y por ciertos temas en los que el fascismo se inspiraría: el proyecto de añadir al Parlamento industriales, agricultores, ingenieros y comerciantes, o incluso de suprimir este mismo Parlamento y reemplazarle por "un gobierno compuesto de veinte técnicos", anunciaban ciertos aspectos del Estado corporativo; el llamamiento a la juventud —otro aspecto a tener en cuenta dentro del programa— preparó, por su parte, el himno fascista: *Giovinezza*.

En diciembre de 1918 aparecieron los primeros *fasci* futuristas. Pocas adhesiones al principio, pero algunos nombres: Giuseppe Bottai, Massimo Bontempelli.... Por intermedio de Mario Carli y Ferruccio Vecchi, el movimiento se apoyaba esencialmente en los *arditi*. En noviembre, éstos habían constituido una Asociación de los *arditi* de Italia, bajo la presidencia de Carli. Tras la disolución del ejército, en enero de 1919 estos lazos tendieron incluso a reforzarse y, en mayo de 1919, Vecchi y Carli emprendieron la publicación de un periódico: "L'Ardito". Los futuristas se habían adherido desde diciembre de 1918 al proyecto, presentado por Mussolini, de convocar una Constituyente del intervencionismo. Mussolini y Marinetti se encontraron, poco después, entre los que en la Scala de Milán impidieron al viejo Leonida Bissolati, a fuerza de alboroto, exponer el programa exterior del intervencionismo de izquierda, opuesto a ciertas anexiones que consideraba, con justicia, como imperialistas. Mussolini, evidentemente, aún sólo podía salir ganando con tales encuentros en una época en la que, a despecho de todos sus esfuerzos y del

alboroto que llevaba a cabo "Il Popolo d'Italia" apenas si conseguía representarse a sí mismo.

Futurismo y fascismo

Y, efectivamente, Marinetti, que debería publicar poco después *Aldi là del comunismo* (Más allá del comunismo), Milán, 1920, fue la única personalidad de cierta importancia que participó en la reunión de la plaza San Sepolcro del 23 de marzo de 1919. La elaboración del programa de los *fasci* debía mucho, entre otros, a los futuristas. Marinetti fue elegido, pues, miembro del Comité central y, a continuación, de la comisión de propaganda y prensa. Algunos días después, el 15 de abril, bajo la instigación de Mussolini y de Marinetti, los *arditi* de Ferruccio Vecchi tomaban por asalto y saqueaban los locales de "Avanti!", en Milán. Una sana reacción contra el "chantaje leninista", "primer episodio de la guerra civil" tales fueron los términos empleados por Mussolini al reivindicar para los fascistas "toda la responsabilidad moral del acto..." Pero habían sido, una vez más, los futuristas, quienes habían proporcionado el grueso de las tropas.

No es que Marinetti o los futuristas fuesen plenamente adictos al fascismo y a la totalidad del antibolchevismo de Mussolini. Cierto que, a partir del mes de agosto de 1919, el grupo futurista de Milán al que Marinetti estaba estrechamente vinculado, puesto que era miembro del *fascio* de esta ciudad, empezó a sostener la publicación del periódico de Armando Mazza, "I Nemici d'Italia" (semanario antibolchevique, ver documento 5), pero casi al mismo tiempo se había abierto en "Roma futurista" una amplia discusión sobre la posibilidad de establecer relaciones entre futurismo y fascismo, discusión a la que puso fin de forma bastante autoritaria Giuseppe Bottai, fu-

turo ministro fascista, que había adoptado la dirección del periódico en setiembre.

Cuando Mussolini hizo adoptar por el segundo congreso de los *fasci,* Milán, 24-25 de mayo de 1920, los primeros elementos de un programa agnóstico respecto a las instituciones, y, por lo tanto, virtualmente monárquico, y, aun es más, temeroso de no atentar contra la "soberanía espiritual del Vaticano", Marinetti, a quien aterrorizaba tanta "consideración", se apresuró a dimitir del movimiento. Éste fue quizás el origen de las apreciaciones de Lunatcharsky en Moscú. No se trataba, sin embargo, de una ruptura definitiva entre el fascismo y los futuristas. Igualmente dimisionario —del *fascio* de Roma—, Mario Carli publicaba poco después, con Emilio Settimelli, el semanario ultramonárquico "Il Principe" ("La monarquía absoluta es el régimen más perfecto", declaraba el periódico), al que sucedería "L'Imperio" y, más tarde, "L'Imperio fascista". En cuanto a Marinetti, tras haber figurado entre los firmantes del Manifiesto de los intelectuales fascistas del 21 de abril de 1925, se encontró —triste fin para un futurista— en la Academia de Italia.

Capítulo 5

GUERRA Y POSGUERRA

De la Triplice al Pacto de Londres

En 1914, Italia estaba unida desde 1882 por un pacto de alianza con Alemania y Austria-Hungría, al que Giolitti, en tanto mejoraban las relaciones con Francia, había intentado dar un carácter estrictamente defensivo. Si hemos de creer al *Libro Amarillo,* publicado al final de la Primera Guerra Mundial por el gobierno francés, desde los comienzos del siglo, Italia se había comprometido al término de las conversaciones entre Barrère y Delcassé, por una parte, y Visconti-Venosta y Prinetti por la otra, a permanecer neutral en caso de agresión contra Francia. El viaje de Loubet a Roma en 1904 había consagrado este acercamiento.

No constituyendo el origen del conflicto el *casus foederis* previsto por la Triplice, el 3 de agosto de 1914, el Gobierno italiano proclamó su neutralidad. Sin duda, para los medios conservadores —Salandra, Albertini— la guerra representaba un exutorio a las dificultades interiores: la agitación social llevada a cabo por los socialistas, el déficit presupuestario consecuente a la guerra de Libia, etc. Pero una corriente más moderada o más hábil, simbolizada por Giolitti, estimaba mucho más político valorizar esta neutralidad. Por otra parte, conversaciones con Austria intentaban fijar el precio —las "compensaciones"— de la intervención eventual de Italia junto a los Imperios Centrales.

La batalla del Marne fue el elemento decisivo, al permitir creer que la guerra sería breve y se acabaría

con la victoria de la Entente. A excepción de los nacionalistas, los medios intervencionistas eran además partidarios de las "democracias" y aspiraban plenamente a un cambio de las alianzas. En la primavera de 1915 se entablaron nuevas conversaciones con Francia, Gran Bretaña y Rusia, que concluyeron el 26 de abril con la firma del Pacto de Londres, por el cual Italia se comprometía, mediante "justas compensaciones" a declarar la guerra a Austria en el plazo de un mes. Al Gobierno italiano le bastó, mientras se preparaba para la aventura, con dejar libre curso a las manifestaciones intervencionistas.

La agitación intervencionista

El intervencionismo, al igual que la agitación fascista algunos años más tarde, fue debido a una minoría que favoreció las iniciativas del Gobierno. De intervencionistas, propiamente dichos, no hubo más, en favor de los Imperios Centrales, que el Estado Mayor y los nacionalistas de la ANI; y, en favor de la Entente: el intervencionismo de izquierda, irredentista, amigo de la democracia francesa o inglesa, enemigo de Guillermo II y de las tradiciones bismarkianas, obstinadamente hostil a Austria-Hungría, soñando con liberar Trento y Trieste y, a veces, incluso La Bohemia... Se encontraban también republicanos, tales como Pietro Nenni; antiguos socialistas, como Bissolati, Salvemini y muy pronto Mussolini; anarquistas arrepentidos, como Marie Rygier o Massimo Rocca; sindicalistas revolucionarios: Alceste de Ambris, Rossoni, Corridoni; y naturalmente los futuristas con su estética del carro de combate. Por no hablar de D'Annunzio quien, prescindiendo de sus creencias, entró en Italia para hacer campaña y publicar sonetos en favor de la intervención...

Entre los adversarios de la guerra, se encontraban

evidentemente los socialistas y la gran mayoría del proletariado, pero también los campesinos, los medios católicos, el Vaticano en primer lugar, hostil —como es sabido— a una guerra contra la católica Austria-Hungría, y algunos medios burgueses, que encarnaban bastante bien Giolitti o Croce, más por prudencia y conservadurismo que por amor a la paz, pero cuyo peso sobre la opinión era considerable. Así, el 9 de mayo de 1915, había aún 300 diputados dispuestos a depositar sus tarjetas de visita en casa de Giolitti, considerado como el partidario más oficial de la neutralidad.

Pero los días 15 y 16 de setiembre de 1914, Marinetti y los futuristas organizaron en Milán las primeras manifestaciones en favor de la intervención al lado de Francia. El 5 de octubre, un grupo de sindicalistas revolucionarios y de anarquistas unidos a la "guerra revolucionaria" constituyeron un Fascio d'azione internazionalista, que lanzó un primer llamamiento a los trabajadores italianos por la "revolución europea", "contra la barbarie, el autoritarismo, el militarismo, el feudalismo alemán y la perfidia católica de Austria". A partir del 15 de noviembre, el intervencionismo de izquierda dispuso además de un órgano a escala nacional: "Il Popolo d'Italia".

La crisis mussoliniana

La adhesión de Mussolini al intervencionismo fue, sin duda alguna, la más bella victoria de los partidarios de la guerra. Era éste, en efecto, el prototipo del "subversivo", del revolucionario que hacía temblar a la burguesía italiana. Tras haber conocido la bohemia, el exilio y el hambre —según decía él— este maestrillo de Romaña, hijo de un herrero socialista (¡qué ascenso!), el joven Benito Mussolini, pues, había comenzado a dar que hablar en los medios socia-

listas por su intransigencia y su "idealismo revolucionario". Combatiendo la guerra de Libia, se había situado, en 1912, a la cabeza de la corriente revolucionaria del partido, del que había hecho excluir, en el Congreso de Reggio Emilia, a los dirigentes reformistas Bissolati, Cabrini y Bonomi. Director de "Avanti!" a partir del 1 de diciembre de 1912, había suscitado y animado algunas huelgas generales y, en junio de 1914, sostenido calurosamente la "semana roja" de Ancona, dirigida por el anarquista Malatesta y el republicano Pietro Nenni. Que Mussolini fue por aquel entonces objeto de un verdadero culto por parte de los jóvenes socialistas, ha sido testimoniado por el mismo Gramsci.

Durante el período de la neutralidad se le vio jugar en primer lugar la carta de la intransigencia. En el mes de setiembre empezó, sin embargo, a vacilar, evitando, por ejemplo, asistir a la conferencia socialista de Lugano o acercándose al director del "Resto del Carlino", Filippo Naldi, quien le procuraría los primeros fondos para lanzar "Il Popolo d'Italia". La intervención de algunos socialistas franceses, como Cachin, portador —se decía— del "oro francés", desempeñó un papel decisivo en la conversión.[2]

Aplaudido por los medios intervencionistas de izquierda, el 18 de octubre Mussolini publicaba en "Avanti!" un largo artículo titulado *De la neutralidad absoluta a la neutralidad activa y actuante*, que era un llamamiento a la intervención del lado de la Entente. Dimitido de sus funciones de director de "Avanti!", por la dirección del partido, el 20 de octubre, Mussolini comenzó a hacer aparecer el 15 de noviembre "Il Popolo d'Italia". El 24 de noviembre fue excluido del Partido Socialista, arrastrando con él a algunos de sus camaradas.

2. *Cf.* «¿Recibió Mussolini dinero de los socialistas franceses?», en el cap. 3 de la segunda parte.

Los Fasci d'azione rivoluzionaria

El 1 de enero de 1915, Mussolini publica en "Il Popolo d'Italia" el primer manifiesto de los Fasci d'azione rivoluzionaria, que, volviendo al llamamiento del 5 de octubre, identificaba la causa de la Entente con la de la libertad y veía en la lucha de clases una "fórmula vana", en tanto no se hubiese resuelto la cuestión nacional. Los días 24 y 25 de enero se reunió en Milán el primer congreso de estos *fasci* —"asociaciones libres de subversivos"— donde Mussolini, en unión de De Ambris, evocó los "primeros congresos de la Internacional" e invitó a "hacer la revolución contra la monarquía inerte". Un mes más tarde el movimiento contaba con alrededor de 9.000 afiliados en el conjunto del país.

Se trataba, para Mussolini y sus amigos, de arrastrar a Italia a una guerra con Austria. Se hizo el proyecto de crear un *casus belli* lanzando, con el apoyo de los hermanos Garibaldi, un golpe de mano contra un cuartel austríaco. Mussolini intentó incluso, por intermedio de un agente zarista, obtener los fondos necesarios para la operación...[3] Mientras tanto, Mussolini se esforzaba por convencer a los otros grupos "revolucionarios" de que concediesen una tregua a la monarquía si ésta se comprometía en la guerra. Le volvemos a encontrar, con Corridoni, De Ambris y Battisti, al frente de las manifestaciones del "mayo radiante", en Milán. El 24 de mayo, Italia declaró la guerra a Austria.

La guerra: Caporetto

Mal preparada, mal dirigida, impopular, la guerra fue evidentemente la aventura que temía Giolitti:

3. *Cf.* Nota 14 en el cap. 3 de la segunda parte.

66.000 muertos, 190.000 heridos, 22.000 prisioneros en el transcurso de los seis primeros meses... En mayo de 1916 la derrota de Asiago —150.000 hombres fuera de combate— puso de manifiesto la debilidad del aparato militar italiano e, indirectamente, la debilidad de las estructuras económicas del país. A partir del 9 de junio un "ministerio nacional", bajo la presidencia de Boselli, reunió a los representantes de todas las tendencias a excepción de los socialistas. El 9 de agosto, Cadorna tomó Gorizia. Algunos días después, animados por la entrada en guerra de Rumania, Italia declaró la guerra a Alemania.

Como en toda Europa, 1917 fue un año de crisis: dificultades financieras, restricciones y, sobre todo, agotamiento, cansancio. De mayo a setiembre las ofensivas sobre Isonzo, lanzadas por Cadorna, causaron más de 100.0000 muertos y de 150.000 heridos. El establecimiento de un protectorado en Albania —el 3 de junio— no bastaba evidentemente para recompensar estas pérdidas. El descontento no cesaba de aumentar, para desembocar en Turín en el levantamiento de agosto. El 25 de octubre, por último, fue Caporetto: 400.000 hombres fuera de combate, 3.000 cañones perdidos, una retirada de cerca de 100 kilómetros, los austríacos a las puertas de Venecia.

El movimiento obrero y la guerra

A excepción de algunas defecciones, tal como hemos dicho, los anarquistas se pronunciaron resueltamente contra la guerra. La actitud de los socialistas estuvo marcada por la doble preocupación de no adherirse a la guerra y de no sabotearla. El lema oficial del partido —"Ni adherirse, ni sabotear"— expresa bastante bien la contradicción del centro —Serrati, Lazzari— entre unos reformistas a los que se adivinaba prestos a inclinarse del campo del patriotismo, y tal fue el caso de Turati y después de Caporetto, y una izquierda, Bordiga en particular, que consideraba la posibilidad de oponerse a la guerra por la revolución.

Promotores, junto con los socialistas suizos, de la Conferencia de Lugano (27 de setiembre de 1914), los socialistas italianos participaron en las conferencias internacionales de Zimmerwald (5-8 de setiembre de 1915) y de Kienthal (24-30 abril de 1916), donde, sin bien fueron signatarios de todos los textos, se situaron muy a la derecha en comparación con Lenin. Pero al difundir ampliamente los "Manifiestos" y "Resoluciones" de las dos conferencias, Serrati contribuyó innegablemente al reforzamiento de las corrientes neutralistas y a la constitución de una "izquierda comunista" en Italia. A éste le hallaríamos de nuevo en Florencia el 18 de noviembre de 1917, algunos días después de la revolución de octubre.

La revolución rusa de febrero, en la que el mismo Mussolini vio el preludio de la revolución alemana, así como el mensaje pontificio del 1 de agosto de 1917, contribuyeron a reforzar las tendencias pacifistas y, sobre todo, a extenderlas a nuevas capas de la sociedad. En agosto, tras la visita de los dos enviados de Kerensky, los mencheviques Goldenberg y Smirnov, que aparecieron abusivamente ante las multitudes como mensajeros de paz, el proletariado de Turín, exasperado por las restricciones, la falta de pan y la duración de la guerra, se sublevó: insurrección espontánea, cuya responsabilidad se hizo recaer sobre Serrati y los socialistas.

Caporetto motivó un giro, bastante curioso, en las tendencias que habían aparecido durante el año. Algunos grupos —los católicos, en particular— se unieron a la defensa de la patria amenazada. En el interior del Partido Socialista, el ala reformista —Turati, Treves, Rigola—, e incluso más tímidamente algunos elementos centristas, se pasaron también a

la "defensa territorial". Al mismo tiempo que condenaba estos desbordamientos patrióticos, el centro protestaba contra las acusaciones de sabotaje lanzadas contra los socialistas después de Caporetto. La izquierda, por el contrario, proponía —en Florencia— prepararse para la insurrección. Habían aparecido ya, pues, las tres grandes corrientes que volveríamos a encontrar después de la guerra.

Efectos económicos de la guerra

La guerra acentuó los procesos de concentración industrial y contribuyó a modificar la composición del capital italiano, tendiendo el capital constante a aumentar siempre más en relación con el capital variable. De 1915 a 1917 la tasa media de rendimiento en la industria pasó de 4,26 % a 7,75 %, para las principales ramas:

	1915	*1917*
siderurgia	6,3 %	16,55 %
automóvil	8,2 %	30,51 %
química	8,02 %	15,39 %
caucho	8,57 %	14,95 %

De 200.000 toneladas por año la producción de hierro y acero se elevó, en el transcurso del conflicto, a un millón de toneladas por año. Las dos grandes agrupaciones: Ilva y Ansaldo, declararon al final de la guerra un capital de 300 millones y 146 millones de obligaciones (Ilva), 500 y 100 millones (Ansaldo). En 1918, todas las empresas controladas por Ilva se fusionaron legalmente. Empresas más modestas, como la FIAT, doblaron su capital, mientras que el de la Breda y el de la Terni alcanzaban los 100 millones.

Consecuencias de esta concentración industrial: la inestabilidad acrecentada del sector agrario, ya perjudicado por la movilización, y el descenso de la producción agrícola: de 50 millones de quintales en 1914 (a los que se añadían 14 millones de quintales importados), la producción de trigo bajó a 38 millones de quintales durante la guerra. La eliminación de un buen número de medianas y pequeñas empresas, otra consecuencia de la concentración, afectó a la vez a la pequeña burguesía, a la que contribuyó a proletarizar, y a ciertos sectores del proletariado condenados al paro. A todo ello se añadieron los efectos de la inflación, de la devaluación de la lira y del descenso del nivel de vida. De 1914 a 1920 la lira perdió, en efecto, un 80 % de su valor. El cambio pasó de 5,18 liras por un dólar en 1914 a 13,07 en 1919 (para alcanzar hasta 28,57 en diciembre de 1920). Se había creído, en efecto, que se trataría de una guerra corta y no se preocuparon mucho del financiamiento de la guerra, que había sido abandonado casi enteramente a los recursos fiscales. El déficit del Estado se elevó así de 214 millones en 1914-1915 a 23.345 millones en 1918-1919 y el grueso de los gastos, debido al sistema fiscal, fue soportado por la pequeña burguesía.

La posguerra: el "diciannovismo"

Concentración industrial, pues, pero frágil y desproporcionada para las estructuras y las posibilidades del país: fue así como, en el duelo que opondría después de la guerra a los hermanos Perrone (Ansaldo) y a la Banca Commerciale Italiana, ésta no dudó en financiar un consorcio propietario de las acciones del Crédito Italiano, el cual financió a su vez un segundo consorcio, propietario de las acciones de la Banca Commerciale. El hundimiento de la Ilva y

de la Ansaldo en 1922, es un buen testimonio de esta fragilidad. Concentración que fue paralela, tal como hemos dicho, a una depauperación de ciertas capas de la pequeña burguesía: y es desde esta perspectiva como el fascismo fue efectivamente la "revolución" de las clases medias;[4] el desarrollo del paro en una parte del proletariado y, simultáneamente, el paso a la industria de una parte de la mano de obra rural: proletariado joven —de donde procede quizás esa falsa conciencia que el "maximalismo" cultivaría en el movimiento obrero—; la caída de la producción agrícola: y el Partido Popular, fundado por Don Sturzo en 1919, expresaría a la vez las aspiraciones de todo un sector del campesinado y la participación —reforzada por la guerra, sobre todo después de Caporetto— de los católicos en la vida nacional.

El último año de la guerra había sido llevado a cabo a base de promesas y de ilusiones: la tierra para los campesinos, solución de la cuestión meridional, ampliación de la democracia, colocación a los antiguos combatientes, etc. Adscrito a los 14 puntos de Wilson, el intervencionismo de izquierda había creído en una paz equitativa: "Sería un mal negocio para Italia —escribía aún De Ambris en marzo de 1919— confundir su derecho y su seguridad con el apetito imperialista del kilómetro cuadrado de tierra." Pero las victorias de Piave (junio de 1918) y de Vittorio Veneto (3 de noviembre), así como el precio de la guerra: 600.000 muertos, 500.000 mutilados, habían hecho esperar "justas compensaciones". La Conferencia de París, lejos de cumplir las promesas del Pacto de Londres, rechazó la mayoría de las reivindicaciones italianas; en particular, Trieste. El mito de la "victoria mutilada", de una capacidad de proliferación extrema, intentó dar cuenta de esta situación: Italia aparecía una vez más como "Gran Proletaria", objeto de los complots del "imperialismo extranjero" y de las "plutocracias".

4. *Cf.* «Las interpretaciones del fascismo», en el cap. 3 de la segunda parte.

Crisis moral, pues: en los barrios proletarios de las grandes ciudades se escupía a los oficiales que tenían la osadía de pasear con su uniforme y sus condecoraciones. De los 160.000 oficiales a los que se iba a desmovilizar, ¿cuántos conseguirían reintegrarse a la vida civil? ¿Cuántos suministrarían sus cuadros a las escuadras fascistas? Crisis del capital como en el resto del mundo: había que poner de nuevo la producción en marcha; transformar las industrias engrandecidas artificialmente, a menudo privadas de mercados; resolver, detener el ascenso del paro (diciembre de 1920: 102.000 parados; julio 1921: 388.000; diciembre 1921: 512.000; enero 1922: 606.000), exarcebado por las restricciones impuestas a la emigración. Crisis social: pauperismo (relativo) de las grandes masas trabajadoras, enriquecimiento fabuloso de los beneficiarios de la guerra. Crisis política por último: la vieja clase dirigente no había sabido hacer la economía de la guerra ni prepararla, la cual había estado a punto de perder además, como testimonió en agosto de 1919 la encuesta sobre Caporetto.

El *diciannovismo* —el espíritu de 1919— fue la expresión de este clima de decepciones y de esperanzas mezcladas, del vacío del poder y del sentimiento de que todo era posible. Huelgas, agitación contra la carestía de la vida o contra la intervención en Rusia, soviets provisionales y efímeras repúblicas bolcheviques, pillajes a veces —la "santa venganza popular", como la llamaba aún Mussolini, tomó libre curso y pareció incluso en un momento, el 4 de julio, que se encaminaba hacia la revolución. Pero ya nuevas fuerzas aparecían: desde 1920 la corriente comenzó a cambiar...

Capítulo 6

LA FUNDACIÓN DE LOS FASCI ITALIANI DI COMBATTIMENTO

Sin esperar el fin de la guerra, algunos representantes del intervencionismo de izquierda habían comenzado a reagruparse en torno a objetivos pretendidamente revolucionarios. En marzo de 1918, Alceste de Ambris publicaba el primer número de "Rinnovamento". Algunos meses más tarde, los días 13 a 15 de mayo de 1918, contribuyó a crear la Unione Socialista Italiana, primera organización del "socialismo nacional" que aceptaba a la vez el "concepto de la lucha de clases" y el "concepto de patria-nación". En la misma época, la Unione Italiana del Lavoro, bajo los auspicios de Rossoni, comenzaba de nuevo a funcionar lentamente, a formular al menos unos objetivos. Mussolini no se había adherido a ninguna de estas iniciativas, pero, con su olfato habitual, había modificado el subtítulo de "Il Popolo d'Italia" que se había convertido así, a partir de agosto de 1918, en "el diario de los combatientes y de los productores". Después, tras haber celebrado la victoria ("¡Arriba los corazones!") había comenzado a hablar bastante vagamente de su "antipartido": "Nosotros constituiremos el antipartido de los realizadores... una organización fascista, que no tendrá nada en común con el credo, los dogmas, la mentalidad y, sobre todo, los prejuicios de los viejos partidos." El 3 de enero de 1919, convocaba la reunión de una "constituyente del intervencionismo italiano", lo cual le colocaba en unas posiciones bastante moderadas, si tenemos en cuenta el interior del intervencionismo de izquierda.

El proyecto se enfrentó con las burlas y escarnios

de la USI, pero recogió la adhesión de los futuristas y de algunos republicanos. Poco después, el Congreso de Bolonia de la CGL adoptaba igualmente el proyecto de una Constituyente democrática, confiriéndole un tono marcadamente reformista. "Hemos llegado, pues —comentó Mussolini—, al partido del trabajo que es, lo confiesen ellos o no, la aspiración tan ardiente como secreta de todos quienes componen el estado mayor de la CGL. (...) La CGL permanece... en el terreno de la democracia... No se trata, pues, de dictadura de clase a través de un partido político, sino de soberanía popular bajo la forma de gobierno republicano." Pero "Il Popolo d'Italia" y su director siguen aislados. Sostenido sobre todo por la publicidad de Ansaldo, el periódico resistía como podía. Mussolini se había constituido una especie de pequeña corte o de ejército entre los *arditi* desmovilizados, pero éstos permanecían, sobre todo, bajo la influencia de los futuristas. De hecho, entre los republicanos, los reformistas de la CGL, los futuristas, los socialistas de la USI y los sindicalistas de Rossoni, era difícil encontrar un lugar.

Un socialismo nacional: Dalmine

De hecho seguía existiendo la esperanza de realizar "la síntesis de la antítesis: clase y nación". El 6 de enero de 1919, "Il Popolo d'Italia" aprobó con entusiasmo la huelga de los carteros. El 11 de enero, al frente de un grupo de *arditi*, Mussolini y los futuristas irrumpieron en la conferencia de Bissolati en la Scala de Milán y a los gritos de "vendido", "traidor", "croata", y de "viva la Dalmacia italiana", impidieron a Bissolati, dimisionario del gobierno de Orlando, exponer y justificar los motivos de su dimisión: su oposición a la anexión de Dalmacia y, más ampliamente, a la política expansionista del gobierno. Mussolini dio así un paso más en dirección hacia los nacionalistas.

El 2 de marzo de 1919, "Il Popolo d'Italia" invitó a sus lectores, simpatizantes y amigos a reunirse en Milán el 23 del mismo mes para constituir unos *fasci di combattimento*. El programa, añadía Mussolini, "está contenido en su expresión". Y precisaba algunos días después: "El 23 de marzo, no fundaremos un partido, sino que daremos impulso a un nuevo movimiento... El 23 de marzo, crearemos el antipartido." ¿El programa?: "Algunos puntos, pero precisos y radicales." Se trataba, de hecho, al separarse "no sólo del socialismo oficial, sino también de todos estos pequeños grupos y hombres que buscan quizás en vano", de continuar "la revolución" que había comenzado en mayo de 1915 y se había prolongado a todo lo largo de la guerra. Muy felizmente, la huelga de Dalmine puso alguna claridad en las ideas de Mussolini.

En Dalmine, pequeña ciudad de los alrededores de Bérgamo, los metalúrgicos de la empresa Franchi-Gregorini —dos mil obreros aproximadamente— al no concedérseles razón por parte de los dirigentes de la empresa, acabaron por echar a los propietarios y se quedaron encerrados dentro. Sindicados en su mayoría en la UIL de Rossoni, habían colocado sobre el tejado de la fábrica la bandera nacional italiana y practicado durante dos días —al término de los cuales el ejército vino a desalojarles—, la "huelga productiva". "Il Popolo d'Italia" siguió el asunto con mucha atención. Ésta fue, en relidad, para Mussolini, la ocasión de formular, por primera vez, uno de los principales temas del programa fascista, pero de un fascismo aún populista: "La formación del Consejo de obreros, que durante tres días ha velado por la dirección del establecimiento y ha asegurado su funcionamiento... representa la tentativa honesta, el esfuerzo lleno de buena voluntad, la digna ambi-

ción de suceder a la clase llamada burguesa en la gestión del trabajo." La ocupación de Dalmine —precisaba él algún tiempo después— es la prueba de la "capacidad del proletariado de gestionar directamente la empresa" Más tarde, el 20 de marzo, cuando todo había vuelto al orden después de dos días, él acudió a Dalmine y, en un discurso rápido, felicitó a los obreros: "Vosotros os habéis situado en el terreno de la clase, pero no habéis olvidado a la nación... os habéis sustraído al juego de las influencias políticas."

La reunión de San Sepolcro

Los biógrafos más devotos de Mussolini están de acuerdo en que la reunión del 23 de marzo que significó el "acta de nacimiento" de los Fasci di combattimento fue de las más modestas y pasó casi desapercibida: "ciento cincuenta personas, según Margherita Sarfatti..., los nombres conocidos no llegaban a diez". Entre ellos, Marinetti. Y el capitán Mario Carli, futurista y *ardito* a la vez. Las circunstancias, como constataría Giorgio Pini, no favorecían el proselitismo. Mussolini había anunciado centenares de adhesiones. Dos días antes de la reunión, para reforzar su empresa, constituyó un primer *fascio*, el de Milán, en el que se encontraron el sindicalista Michele Bianchi y Ferruccio Vecchi, amigo de Marinetti y jefe de aquellos *arditi* que habían ido a silbar a Bissolati el 11 de enero. Fue una sala prestada por el Círculo de los Intereses Industriales y Comerciales, donde se celebraban a menudo reuniones de este tipo, la que albergó, en la plaza San Sepolcro de Milán, durante toda la jornada del 23 de marzo de 1919, a la asamblea constituyente de los Fasci di combattimento, "reunión privada" según la convocatoria del 2 de marzo.

La asistencia estaba compuesta en su mayoría por antiguos miembros de los Fasci d'azione rivoluzionaria, de intervencionistas de izquierda, anarcosindicalistas y republicanos, tales como Farinacci, y de *arditi* desmovilizados: entre la cincuentena de nombres citados al día siguiente por "Il Popolo d'Italia", hallamos diez oficiales, en su mayoría tenientes, y, además de Marinetti, dos futuristas, Mario Carli y Achille Funi. Si bien, Mussolini, a partir del día siguiente empezó a hablar del "programa" del movimiento que acababa de ser fundado, la asamblea, en la que se hacía sentir la ausencia de De Ambris, fue incapaz de escapar al confusionismo que había presidido su convocatoria y fue necesario esperar hasta el 6 de junio de 1919 para encontrar en "Il Popolo d'Italia" el manifiesto del movimiento (ver documento número 3). La intervención de Marinetti, bastante gris, reflejó bastante bien el clima de incertidumbre que reinaba entre los participantes: todos aquellos "que no temen la palabra *revolución* —declaró en sustancia— deben arrancar a las muchedumbres de sus malos pastores y guiarlas hacia nuevas formas de gobierno más libres y más modernas". En modo alguno, atemorizado él mismo por la palabra "bolchevismo", terminó haciendo un llamamiento en favor del "atreverse a todo". Salvo una excepción, las demás intervenciones se limitaron a aprobar a Mussolini.

Defendiéndose de querer fundar "un partido de los combatientes", éste sometió a la aprobación de la asamblea tres declaraciones que intentaban definir las tareas del intervencionismo de izquierda. Su comentario subrayó algunos "resultados positivos" de la guerra: "La reacción no ha triunfado en ninguna nación victoriosa. Todas caminan hacia una mayor democracia política y económica" e insistió sobre la necesidad de no autorizar a las "naciones ricas" a "engañar" a las "naciones proletarias" en la Socie-

dad de Naciones. Cuando se trató —por la tarde— de proponer algunos puntos de referencia, el director de "Il Popolo d'Italia", se entregó a una perorata en la que la demagogia confinaba con el absurdo. "... Yo he escrito que era necesario ir a la cabeza del trabajo que vuelve de las trincheras, ya que sería odioso y bolchevique negarse a reconocer los derechos de los que han hecho la guerra (...). ¿Ellos quieren las ocho horas...? ¿las seis horas? ¿las pensiones de invalidez y de vejez? ¿el control sobre las industrias? Nosotros apoyaremos estas reivindicaciones..." Ante lo cual Michele Bianchi protestó: "Es fácil ganarse la simpatía de las masas con grandes promesas... No estamos en una asamblea de demagogos." Lo esencial fue, sin embargo, que Mussolini se pronunció por una república en la que estuviesen representados los intereses profesionales: "Se podrá objetar a este programa que volvemos con él a las corporaciones. Poco importa. Se trata de constituir Consejos de categoría que integren la representación sinceramente política."

La sesión finalizó con la designación de un Comité central del que formaban parte, entre otros, además de Mussolini y Marinetti, Ferruccio Vecchi, Mario Giampaoli y Cesare Rossi (del que habrá que volver a hablar sobre todo con ocasión del asesinato de Matteotti). Una serie de comisiones designadas el 1 de abril, y un secretariado nacional, el 6 de mayo, constituirían el aparato del nuevo movimiento. A partir del 15 de agosto comenzó a aparecer en Milán el semanario "Il Fascio", órgano oficial de los *fasci*, cuyos medios y audiencia siguieron siendo limitados. El movimiento se contentó, en efecto, con ir tirando hasta el verano de 1920. Los efectivos dan testimonio de ello: a finales de año había en Italia treinta y un *fasci* agrupando ochocientos setenta afiliados; el *fascio* de Génova, por ejemplo, contaba sólo con veintinueve. En diciembre de 1920 había, por el contrario, cuatrocientos ocho *fasci* con veinte mil afiliados.

El incendio del "Avanti!"

El 15 de abril de 1919, en Milán, un pequeño grupo compuesto de *arditi*, de futuristas, de fascistas y de estudiantes nacionalistas, invadió e incendió la sede del "Avanti!". "Nosotros, los de los *fasci*, no hemos preparado este ataque contra el periódico socialista, pero aceptamos toda la responsabilidad moral del incidente", declaró Mussolini, mientras que Ferruccio Vecchi y Marinetti insistían sobre el carácter espontáneo de su acción, reivindicando también ellos la responsabilidad de la misma. Tolerado por la policía y por Bonomi, entonces ministro de Obras públicas en visita a Milán, aprobado por el general Caviglia, ministro de la Guerra, el incendio del "Avanti!" fue "el primer acto de la guerra civil". Y, sobre todo, marcó un punto desde el que ya no era posible volver atrás en el itinerario de los fascistas y en sus relaciones con el movimiento obrero. El primero de mayo, Mussolini lanzó un llamamiento a los obreros socialistas: "¡Proletarios! ¡Romped la tiranía de los políticos de la carta!"

Rivalidades...

En el primer congreso de los *fasci*, los días 9 y 10 de octubre, en Florencia, fue evidente que el movimiento tenía sus dificultades. Las adhesiones —y aun las cifras eran hinchadas desmesuradamente— estaban lejos de alcanzar el "millar de *fasci*" prometido por Mussolini. El dinero llegaba escasamente. Algunos elementos, de manera bien curiosa, no aceptaban el papel de guardia blanca que se les quería hacer desempeñar desde el 15 de abril: *Los "arditi" no son las centinelas de un gobierno, sino de la nación*, había sido un título a toda página del "Ardito" del 18 de mayo de 1919. Mussolini estaba aún muy lejos de

ser el jefe indiscutido de todo el movimiento. Estaba Marinetti... y D'Annunzio, a quien su "marcha sobre Fiume" acababa de volver a situar en primer plano... "El último de los italianos, el heredero de este espíritu latino que ha llevado el nombre de la patria por el mundo entero", como le llamaba el "Ardito", ¿no era acaso el jefe virtual de la revolución nacional? Marinetti había ido a Fiume. Ésta fue la ocasión para los futuristas de reivindicar la gloria del acto: Fiume, "capital futurista de Italia, del mismo modo que D'Annunzio y Marinetti son los jefes futuristas de ella...". Se intentó, tras el congreso, consolidar la trinidad: "Tres nombres —escribe Settimelli— salen definitivamente fundidos de este congreso: Marinetti, Mussolini y D'Annunzio." Era, evidentemente, falso.

Las elecciones de 1919

A Mussolini, sin embargo, lo que más le preocupaba eran las elecciones anunciadas para el 15 de noviembre. Un viaje relámpago a Fiume, el 7 de octubre, le permitió disuadir a D'Annunzio de intentar un levantamiento y de presentarse al congreso fortalecido por el apoyo del Comandante. Si exceptuamos el discurso de Marinetti, consagrado en gran parte a pedir la "desvaticanización" de Italia, lo esencial del congreso fue, pues, consagrado a preparar las candidaturas fascistas para las próximas elecciones. Mussolini insistió sobre la necesidad, aparte de toda preocupación doctrinal, de aprovechar toda ocasión de afirmarse: "Nosotros, fascistas, no tenemos doctrinas totalmente elaboradas, nuestra doctrina es el hecho... Debemos afirmarnos en todas partes adonde vayamos." El congreso hizo suyo el programa sindical de la Unione Italiana del Lavoro, exigió la abolición de la censura y manifestó su solidaridad con

D'Annunzio. Y los fascistas fueron a las elecciones.

El 15 de noviembre, Mussolini se presentó, pues, en Milán encabezando una lista en la que se encontraban también los nombres de Toscanini y de Marinetti. Para este último, Armando Mazza, poeta futurista que dirigía el semanario antibolchevique "I Nemici d'Italia", imaginó llamar a votar bajo forma de caligramas. Los gastos de la compaña electoral fueron cubiertos, según parece, en buena parte gracias a la suscripción abierta por "Il Popolo d'Italia" en favor de D'Annunzio y de Fiume. El intento fue un fracaso espectacular. Mientras que los socialistas obtuvieron, únicamente en la ciudad de Milán, ciento setenta mil votos, la lista fascista dirigida por Mussolini sólo obtuvo cuatro mil setecientos noventa y cinco. "Avanti!" publicó entonces un suelto pretendidamente irónico: había sido descubierto en una alcantarilla de la ciudad el cadáver en putrefacción de un suicida: Benito Mussolini...

Capítulo 7

1919, AÑO DE CAMBIO: REVOLUCIÓN O REACCIÓN

La ocupación de Fiume

El 16 de mayo de 1919, un acuerdo italo-yugoslavo colocó Fiume bajo la protección de la SDN. Descontentos de esta solución —se trataba de "Fiume o la muerte"— nacionalistas y fascistas comenzaron la agitación. El 10 de mayo, el *fascio* romano había condenado "el imperialismo bancario extranjero" y "la alianza de la plutocracia", que se encarnizaban contra la "nación proletaria". Comenzaron a circular rumores. D'Annunzio, Mussolini, los nacionalistas de Federzoni y el general Giardino se decía que preparaban un golpe de Estado para poder declarar acto seguido la guerra a Yugoslavia.

A comienzos de julio estallaron violentos incidentes en Fiume entre las tropas francesas estacionadas en la ciudad y civiles italianos. Se habló de "vísperas fiumianas" (en recuerdo de las "Vísperas sicilianas", de 1282). Tras la encuesta de una comisión cuatripartita, los granaderos de Cerdeña tuvieron que abandonar la ciudad. Fue entonces cuando una serie de artículos, "Cómo nos hemos encaminado hacia Caporetto", publicados en "La Stampa", acabó de exasperar a los militares y a los medios nacionalistas. Se habló de nuevo de golpe de Estado, en favor esta vez de Emanuele Filiberto, duque de Aosta. El 12 de setiembre, una columna de "legionarios", conducida por D'Annunzio, se apoderó de Fiume y proclamó su anexión a Italia.

Esto significaba colocar a los aliados y al gobierno ante un hecho consumado. En un discurso que

causó escándalo, Nitti denunció ante el Parlamento la empresa del "literato vanidoso" y apeló al apoyo de las "masas anónimas"; se hizo un llamamiento al bolchevismo. Para los socialistas esto era un síntoma más de la "disgregación del régimen burgués". No menos sorprendido que las autoridades, y en definitiva no mucho más entusiasmado, Mussolini abrió en su periódico una suscripción en favor de Fiume e intentó llevar a cabo una campaña que D'Annunzio juzgó demasiado blanda. "El Comandante es un gran poeta al que yo admiro con toda mi alma; por mi parte, yo soy un gran campesino sólidamente unido a la realidad de la gleba", observaba Mussolini, consciente en política de sus oportunidades. Un acercamiento eventual con los socialistas, un lugar en el Parlamento: tales eran aún, posiblemente, los objetivos del director de "Il Popolo d'Italia".

En Fiume, no se había excluido la idea de una "marcha sobre Roma". Se consideraba asimismo la posibilidad de apoyarse en Malatesta, que había regresado hacía poco del exilio. Él se negó, naturalmente. Hubo también aperturas hacia ciertos socialistas. Y hacia la Rusia bolchevique. "Entre Fiume y Moscú —escribía Mario Carli en la primavera de 1920— hay quizás un océano de tinieblas. Pero indiscutiblemente Fiume y Moscú son dos riberas luminosas. Hay que tender cuanto antes un puente entre estas dos riberas."

La primera reacción del gobierno italiano había consistido en proclamar el bloqueo de la ciudad. Pero demasiadas complicidades rodeaban a D'Annunzio. Soldados y "legionarios" continuaban afluyendo a la ciudad: muy pronto hubo en ella más de veinte mil. Navíos de guerra reunidos en el puerto se pusieron al servicio del Comandante. Los hombres del capitán Giulietti desviaban de su ruta a los cargueros asegurando la intendencia. Nitti se vio, pues, obligado a llevar a cabo negociaciones. D'Annunzio se comprometió a no llevar a cabo nuevas anexiones. Este fue, durante algunos meses, el *statu quo*. Si, como escribiría Aniante, D'Annunzio fue el "san Juan del fascismo", fue menos, naturalmente, por haber predicado cierto verbo mussoliniano, que por haber contribuido a la descomposición del Estado liberal y haberle obligado entonces, por primera vez, a ceder.

La "Navidad sangrienta"

Al proclamarse "Regente del Quarnero", D'Annunzio publicó el 30 de agosto de 1920 los "Estatutos del Quarnero", con los que Mussolini se entusiasmaría. Volvemos a encontrar en ellos la mayoría de los temas del intervencionismo de izquierda. La aportación de De Ambris, jefe del gabinete de D'Annunzio, se hizo sentir particularmente en el espíritu corporativo de esta Constitución. Los ciudadanos estaban divididos en diez corporaciones, las cuales debían elegir a continuación un Consejo rector destinado a flanquear el Consejo de los Mejores, elegido, por su parte, sobre la base del sufragio universal. Evidentemente, el fascismo debía inspirarse en ellos...

El 9 de setiembre, D'Annunzio proclamó por último la independencia de la Regencia italiana de Quarnero, que aumentó poco después con algunas islas yugoslavas. Giolitti no podía razonablemente, tal como lo sugería un artículo irónico (y quizá provocador) de "Il Popolo d'Italia", solicitar el *nihil obstat* de D'Annunzio, para hacer aplicar los acuerdos italo-yugoslavos de Rapallo. El 24 de diciembre de 1920, las tropas italianas comenzaron a cercar Fiume, obligando a D'Annunzio a dimitir. Esta "Navidad sangrienta" puso fin al "tumultuoso poema" —la palabra es de Sforza— que fue para D'Annunzio la aventura de Fiume. Para Mussolini, significó el levantamiento de una hipoteca.

La crisis socialista

Tras las elecciones victoriosas de noviembre de 1919, las ambigüedades del Partido Socialista no habían cesado de acentuarse. Una innegable radicalización de las masas proletarias, una combatividad que se expresaba en una serie incesante de huelgas —Mussolini habló incluso de "huelgomanía"—, una voluntad, a veces mixtificada, de hacer como en Rusia, que iban a la par con la incertidumbre de los dirigentes socialistas y la debilidad de otras organizaciones como la Federación Anarquista.

Sin embargo, huelgas y ocupaciones de fábricas se sucedían de forma desordenada, sin coordinación: huelga de los carteros, luego de los ferroviarios, en enero; ocupaciones de fábricas en Sestri Ponente el 18 de febrero, en Viareggio el 19, en Ponte Canavese y en Torre Pellice el 28, en Asti el 2 de marzo y en Nápoles el 24, en Sesto San Giovanni el 4 de junio y en Piombino el 10 de junio... En el campo, la agitación en pro del reajuste salarial agrícola no se interrumpía en absoluto. El valle del Po estaba afectado de "huelgomanía". Las ligas "blancas", católicas, con cerca de un millón de afiliados, predominaban por encima de los socialistas, que contaban con setecientos cincuenta mil miembros.

Crisis de las clases dominantes, pues, y del capitalismo, pero, sobre todo, crisis de la dirección revolucionaria. "Junto a la crisis burguesa está la crisis del socialismo —constataba Mussolini—. Se diría que ambas se condicionan recíprocamente..."

En el seno del partido socialista, algunos se esforzaban por ir en dirección distinta de la del centrismo de la dirección. Con Bordiga, el grupo de "Il Soviet" se dedicó a construir a través del país una organización revolucionaria. Separándose de Lenin en el problema de las elecciones, Bordiga era, sin duda, quien mejor había comprendido la jugada de la escisión sancionada, en el plano internacional, por la creación de la III Internacional. De un radicalismo menos acentuado, tachado a menudo de anarcosindicalismo, el grupo turinés de "L'Ordine Nuovo" continuaba, por su parte, su trabajo de organización paciente, limitado a Turín y a sus alrededores. Fue ésta, sin duda, dejando aparte el contenido del programa, la debilidad esencial del movimiento, destinado a permanecer aislado.

Ello se hizo evidente en ocasión de la famosa "huelga de las agujas", de abril de 1920. La dirección de la FIAT había adoptado la hora legal sin consultar a las comisiones internas, y éstas proclamaron una primera huelga (28 de marzo) que desembocó (13 de abril) en una huelga de solidaridad que se extendió por todo el Piamonte y afectó a medio millón de obreros y campesinos. Para la CGL, éste era un acto de indisciplina característico. El Consejo nacional del PSI, reunido en Milán, se negó a intervenir. Aislado, el movimiento estaba condenado a perecer. El 24 de abril, tras diez días de lucha, se reanudó el trabajo.

Fue necesario, sin embargo, para acabar con las últimas ilusiones, el fracaso de la ocupación de fábricas del verano de 1920.

La ocupación de las empresas

Esta vez el movimiento pretendía la obtención de un aumento de salarios —signo evidente de que el nivel de la lucha había ya bajado. Tras dos meses de discusiones, el 13 de agosto de 1920 los industriales rompieron las conversaciones con los dirigentes de la Federación de los metalúrgicos. Éstos decidieron entonces practicar la obstrucción y la eventual ocupación de las fábricas. El 30 de agosto de 1920 la fuerza pública ocupó los establecimientos

Romeo, de Milán. El mismo día, a las 17 horas, las trescientas fábricas de Milán estaban en poder de los obreros. El movimiento continuaba en Turín, Génova y las principales ciudades del "triángulo", y se extendía por toda Italia. Tal como lo contaba ya la "Umanità nova" del 1 de setiembre de 1920: "Se colocaron centinelas ante las puertas i fueron izadas sobre las fábricas banderas rojas y banderas negras." Y casi en todas partes se trató, como en Dalmine un año antes, de la "huelga productiva".

Lejos de intervenir como exigían los industriales —propuso irónicamente a uno de ellos hacer bombardear su fábrica—, Giolitti, que no se tomó siquiera la molestia de interrumpir sus vacaciones, se contentó con hacer rodear las fábricas por la tropa y ocupar los centros industriales por la policía y por el ejército. Así "enquistado", el movimiento sólo podía fracasar. Hubiera sido necesario ampliarlo. Pero, como observaría Rakosi, "todos los revolucionarios" —Serrati, Bordiga, Borghi— se encontraban en Moscú. A excepción de los anarquistas y del grupo "L'Ordine Nuovo", muy pocos soñaban en comprometerse en una "lucha decisiva". (Ver documento número 6.) El 7 de setiembre, en Sampierdarena, una conferencia anarquista en la cual participaron el secretario de la Sección Metalúrgica de Turín, Pietro Ferraro, y un anarquista unido a "L'Ordine Nuovo", Maurizio Garino, consideró la posibilidad de crear un *fait accompli* ocupando el puerto de Génova, y acto seguido todos los puertos de la Liguria y todos los establecimientos industriales. Pero confiada en las seguridades del delegado de la CGL, Colombino, según el cual la central sindical iba también por su parte a adoptar sin tardanza esta decisión, la asamblea decidió no comprometerse en una acción parcial y prematura.

Reunidos en Milán (9-11 de setiembre), los dirigentes de la CGL se negaron a sostener una acción

revolucionaria. Según D'Aragona era necesario contentarse con hacer reconocer "el principio del control sindical de las empresas". Se sometió, pues, la revolución a votación... La tesis de D'Aragona salió triunfante por 591.245 votos contra 409.596 y 93.623 abstenciones.

El 15 de setiembre, Giolitti reunió en Turín a los representantes de las dos partes para poner a punto este reconocimiento de control sindical pedido por la CGL. El acuerdo fue firmado el 22 de setiembre y el 4 de octubre fue reanudado el trabajo. Un decreto-ley de Giolitti, el 19 de setiembre, había constituido una comisión paritaria encargada de preparar la ley sobre el control sindical. En ella figuraba, en compañía de Turati, Umberto Terracini, del grupo de "L'Ordine Nuovo".[5]

Giolitti y el plan del capital

Las nuevas relaciones entre las bancas y la industria pesada y la aparición de un capital financiero exigían una transformación de las relaciones entre el capital y la fuerza-trabajo. Se trataba de reforzar el control del capital sobre la fuerza-trabajo, de integrar a ésta al capital y de hacer de ello un momento de su desarrollo. El 7 de marzo de 1920 la primera conferencia nacional de los industriales italianos definió este nuevo plan del capital y confirmó la hegemonía de la Confindustria sobre el conjunto de la economía. Giovanni Silvestri, presidente de la Confindustria, expuso bastante esquemáticamente los objetivos del capital: "intensificación de la producción", reforzamiento de la disciplina del trabajo, ciertamente, pero también de los industriales, con vistas a

5. *Ignacio Silone ricorda una posizione dei comunisti al tempo della resa*, «Umanità Nova», 11 de octubre de 1964.

establecer un "nuevo y moderno equilibrio social". Fue decidido llamar a Giolitti.

La actitud "homeopática" de este último —la palabra es de Gramsci— frente a la ocupación de las fábricas no correspondía ya, sin duda, a las exigencias de los industriales. Todo ocurrió como si la Confindustria se hubiese empeñado en vencer la iniciativa obrera a fin de integrar la fuerza-trabajo necesaria para la realización del plan del capital, y demostrar la incapacidad del gobierno, en adelante inútil. El eslabón más débil de la cadena del capital internacional, sin el "arrière-pays" de un Imperio o de una Commonwealth, el capital italiano no era aún lo suficientemente fuerte para contentarse con los métodos de Giolitti.[6] La creación de la Guardia Real —iniciativa de Nitti— en la primavera de 1920 fue, sin duda, el signo precursor de este cambio. El fascismo tomaría la sucesión.

La "conversión" necesaria

Las únicas ventajas de Mussolini eran su disponibilidad y su aislamiento, es decir, su debilidad, que su fracaso en las elecciones había hecho aún más manifiesta. Descorazonado, hundido, abocado a dificultades financieras, había soñado entonces en abandonarlo todo, incluido su periódico, e incluso había pensado en emigrar. El hombre y su programa aparecían aún como demasiado subversivos como para interesar directamente a los "socios capitalistas"; la opción republicana sólo podía molestar.

La actitud de Mussolini durante la "Navidad sangrienta" testimonió bastante bien, a pesar de ciertas declaraciones altisonantes, que, si bien él no había

6. *Cf.* «La ocupación de las fábricas ¿ocasión perdida?», en el cap. 3 de la segunda parte.

sido comprado por Giolitti, sus puntos de vista eran bastante próximos a los del viejo liberal; acercamiento que era ya manifiesto cuando se produjeron las ocupaciones de las fábricas.

Mussolini y la ocupación de las fábricas

Desde el 10 de agosto de 1920, "Il Popolo d'Italia" manifestó su simpatía por un movimiento cuidadoso de no sobrepasar sus "límites estrictamente económicos". El periódico —éste fue el lema durante todo este período— apelaba en cualquier caso a una transición, a un compromiso. El 5 de setiembre, viendo que la ocupación se prolongaba, Mussolini advirtió: "Nosotros nos opondremos por todos los medios a una experiencia bolchevique." El 10 de setiembre, Mussolini encontró en Milán a Bruno Buozzi y a Mario Guarnieri, para proponerles su mediación...

Mussolini pareció representar entonces una especie de punto geométrico en el que convergían las posiciones de los reformistas y las de Giolitti. Fue poco después cuando, por mediación del prefecto de Milán, Lusignoli, se entablaron conversaciones con Giolitti sobre el problema de Fiume. ¿Hubo entonces inversión de fondos de parte de Giolitti, como fue sugerido más tarde? El 12 de noviembre, Mussolini publicó un artículo aprobando el tratado italo-yugoslavo, y sólo quedaron entonces los nacionalistas para clamar contra la "traición" de Rapallo.

El fascismo rural

Fuera del marco urbano que Mussolini había asignado al fascismo naciente y que, según parece, escapaba un poco a su control, comenzó a manifestarse por aquel tiempo el fascismo rural. La constitución de la Confederación General de la Agricultura, el 18

de agosto de 1920, había agrupado a los grandes terratenientes y a los medianos y a las industrias agrícolas a fin de efectuar, contra las "ligas" rojas y blancas, una política de reacción y de contrarrevolución. La formación de los "consejos de granja", iniciativa de las Ligas católicas en tiempos de la ocupación de las fábricas, proporcionó el pretexto a la reacción. El ataque al Palazzo Accursio, ayuntamiento de Bolonia, el 24 de noviembre de 1920, marcó el comienzo del terror blanco. Hubo muertos y un centenar de heridos. Incluso hizo olvidar el ataque a la Casa del Pueblo de Siena, el 7 de marzo, el atentado contra la sede de las organizaciones eslavas de Trieste, el 14 de julio y, también en Trieste, el incendio del periódico socialista "Il lavoratore", el 14 de octubre. El 20 de diciembre le tocó la vez a la municipalidad de Ferrara, y después, en enero de 1921, el incendio de la Cámara del Trabajo de Bolonia, el 28 de febrero el de la de Trieste y así sucesivamente.

El gobierno tuvo, sin duda, su parte de responsabilidad en esta súbita llamarada de violencia. Una circular del ministro de la Guerra, Ivanoe Bonomi, había invitado a los oficiales desmovilizados a inscribirse en los *fasci*;[7] como consecuencia de ello, el movimiento se llenó de antiguos combatientes y las expediciones de castigo fueron a menudo dirigidas por antiguos oficiales como Dino Grandi o Italo Balbo. A las simpatías poco ocultas de la prensa burguesa o de información se añadía la tolerancia de las autoridades que cerraban los ojos y dejaban hacer. Según Tasca, una circular del ministro de Justicia habría invitado a los magistrados italianos a no abrir proceso contra los fascistas. Éstos pasaron así, de unos veinte mil a finales de 1920 a más de doscientos mil un año después.

7. *Cf.* «Las responsabilidades de las clases dirigentes: Bononi y el fascismo», en el cap. 3 de la segunda parte.

La derrota del ejército rojo ante Varsovia durante la ocupación de las fábricas, la represión del levantamiento del Cronstadt y el encauzamiento hacia las NEP, así como las decisiones del III Congreso de la Internacional Comunista, testimoniaban un comienzo de estabilización del capitalismo mundial y un reflujo de la revolución. En Italia se vio reforzarse el "Frente interno" de los años de guerra. En enero de 1921 se constituyó una federación de todas las uniones antibolcheviques y organizaciones cívicas de Italia; tenía por objetivo "oponerse a cualquier cambio político y social" y organizó, con ocasión de unas huelgas, la primera manifestación de "trabajo voluntario", en la que el fascismo se inspiraría más tarde.

En el segundo Congreso de los Fasci (24-25 de mayo de 1920), Mussolini se había opuesto a Marinetti en la cuestión del Vaticano y de la República: El Vaticano representaba "cuatrocientos millones de hombres esparcidos por todo el mundo", se le podía, pues, utilizar en favor del expansionismo italiano. En cuanto a la cuestión de las instituciones, era mejor juzgar a la monarquía por sus obras. La solución de los problemas se encontraba en cualquier caso en la "colaboración entre el proletariado productor y la burguesía productora". Cansado de todo este constante "cambiar de camisa", Marinetti dimitió.

Semejante ruptura era, sobre todo, sintomática y menos grave que la que se dibujaba entre D'Annunzio y De Ambris. La última relación de Fiume, había invitado, en efecto, a los legionarios, una vez de regreso a Italia, a romper con los "traidores" y a reagruparse en organizaciones autónomas que se apoyaban en la Carta de Quarnero. Mientras que algunos, animados por D'Annunzio, se adherían al efímero Partito Nazionale Democratico, sostenido y financiado, según parece, por la Gran Logia, De Ambris organizaba la

Federazione nazionale dei Legionari fiumani, que publicó varios periódicos, entre ellos la "Vigilia" de Milán y la "Riscossa" de Bolonia, generalmente hostiles a los *fasci*.

El gran motivo de discordia seguía siendo evidentemente la actitud de Mussolini durante la "Navidad sangrienta". Fue así como "Vigilia" se preguntaba por qué los fascistas no habían hecho "para el asesinato de Fiume lo que hacen a diario en cuanto se le pisa un juanete a un fascista". Pero también, según la "Vigilia", "bajo el pretexto de darles trabajo" los fascistas utilizan a los antiguos legionarios como "rompehuelgas". En febrero de 1921, una violenta trifulca que opuso en Turín a legionarios y fascistas, hizo pensar incluso a algunos comunistas como Gramsci, en constituir, apoyándose en D'Annunzio, una especie de movimiento "nacionalbolchevique" como los que existían ya por entonces en Alemania.

La escisión de Liorna

El 21 de setiembre de 1920, "Avanti!" publicó las "21 condiciones" de adhesión a la Internacional Comunista. Pero desde el 28 de setiembre se hizo evidente que Serratti, tal como se había previsto, no estaba decidido a romper con los reformistas ni a renunciar a la vieja denominación del partido. ¿No se había aceptado, en el partido francés, a "socialchovinistas" como Cachin?

La escisión se produjo en el Congreso de Liorna (15-21 de enero de 1921).[8] A pesar de los esfuerzos de algunos delegados, como el comunista alemán Paul Levi, la línea de ruptura pasaba entre Serrati y los comunistas. Una escisión semejante —observaba J. Mesnil— no resolvía en absoluto las contradicciones del Partido Socialista; otra escisión, ésta a la derecha, era inevitable. Ésta se produjo, efectivamente, un año y medio después, en el Congreso de Roma del PSI (1 a 4 de octubre de 1922), en el que el grupo formado por Serrati y los partidarios de la III Internacional obtuvo 32.106 votos, contra 29.119 de los reformistas. El efectivo global del partido en aquel momento había disminuido, pues, a la mitad: los reformistas y los unitarios reunidos contaban, en Liorna, con 112.723 adheridos; sin embargo, entonces no eran ya más que 61.225. Y, sobre todo, mientras que el número de los reformistas había pasado de 14.695 a 29.119, el de los partidarios de Serrati había disminuido en dos tercios, bajando de 98.028 a 32.106. En cuanto a los efectivos comunistas, eran aún de 43.211 adheridos, contra los 58.783 de Liorna, cuando tuvo lugar el Congreso de Roma del PC italiano (20-24 de marzo de 1922).

8. La votación concedió 98.028 votos a la moción «unitaria» (Serrati), 58.783 a la moción comunista «pura» (Bordiga) y 14.695 a los reformistas de la «concentración socialista» (Turati).

Capítulo 8

EL PARTIDO NACIONAL FASCISTA Y LA «MARCHA SOBRE ROMA»

El "pacto de pacificación"...

Habiendo decidido Giolitti aprovechar las elecciones para integrar a los fascistas a las otras fuerzas burguesas, treinta y cinco diputados fascistas fueron elegidos, entre ellos Mussolini, de entre las "listas nacionales" que reagrupaban a todos los partidos italianos, desde los liberales a los fascistas. El primer discurso de Mussolini en la Cámara, el 21 de junio, fue un manifiesto "manchesteriano", exigiendo que el Estado, "reducido a su más simple expresión", abandonase la economía a la "iniciativa privada".

Las elecciones se habían desarrollado en un clima de violencia y de terror inaudito: "Vivimos jornadas de angustia —escribía Serrati—... Nuestros asuntos y nuestra misma vida no valen un céntimo". Mussolini estaba, sin embargo, resuelto a "normalizar" la situación. Pasada la primera ola de *squadrismo* agrario, el "peligro bolchevique" parecía definitivamente alejado, los ingresos de dinero habían disminuido. Los más "políticos" de los fascistas, Cesare Rossi, en particular, destacaron este reflujo, anunciando el aislamiento: casi ruptura con D'Annunzio, ruptura cierta con De Ambris y la UIL. La primera manifestación del Comité de Defensa Proletaria de Roma, el 6 de julio, había hecho temer una reacción popular. Poco después, en Sarzana, una docena de carabineros pusieron en fuga a cerca de quinientos fascistas: dieciocho muertos, cuarenta heridos. Había que reorganizarse, volver a encontrar —como escribía Mussolini— "el sentido de los límites". La firma de

un "pacto de pacificación" con los socialistas, el 3 de agosto de 1921, proporcionaría un respiro.

... *y la crisis interna del fascismo*

Este pacto se enfrentó con la oposición de los *ras* de provincias. En el transcurso del mes de agosto, Grandi y Balbo, apoyados por Marsich, pidieron a D'Annunzio que encabezara una "marcha sobre Roma", que sería apoyada por algunos generales. El Comandante se inhibió. Intentando una última maniobra, el 17 de agosto Grandi reunió en Bolonia a los dirigentes de los *fasci*, disidentes para hacerles condenar la "pacificación", el compromiso parlamentario, la "traición". Los *fasci* rurales continuarían la lucha. Mussolini, imitado por Cesare Rossi, presentó inmediatamente su dimisión y propuso volver a entrar en las filas. Pero ya el 23 de agosto proponía su solución: transformar el movimiento en partido. Habiendo causado un nuevo enfrentamiento con la policía ocho muertos y treinta heridos entre los fascistas, la causa parecía evidente.

El Congreso de Roma (7-9 de noviembre de 1921): El Partido Nacional Fascista

Si bien se abstuvo de retirar su dimisión, Mussolini se empleó bajo mano a preparar la gran reconciliación con Grandi y Marsich, que tendría lugar en el centro del Congreso. Éste se desarrolló en un clima de violencias que, si bien pareció darle la razón, desbordó un poco a los "políticos". Mussolini acentuó también su giro hacia la derecha: elogio del Estado liberal, aspiraciones imperialistas, negación de la lucha de clases, ambigüedad sobre la cuestión de las instituciones, apología de Crispi. Más brillante, Grandi defendió una vez más el socialismo nacional: "Libertad, nación, sindicalismo: el Estado debe resumirse en una grande y potente jerarquía de sindicatos". Pero fue sólo un fuego fatuo. El 9 de noviembre una moción de Michele Bianchi proclamó la constitución del PNF. Dos meses después, Rossoni organizó la Confederación Nacional de las Corporaciones Sindicales.[9]

Si bien el programa del PNF no fue publicado hasta finales de año (ver documento núm. 7) desde el 15 de noviembre, tomando como pretexto unas "violencias" de los *arditi* rojos, el Comité central denunció el "pacto de pacificación". Balbo y el general Gandolfo fueron entonces los encargados de organizar "el ejército fascista" que, según el programa, formaba "un todo" con el partido. Las violencias comenzaron de nuevo. Tras el asesinato del diputado socialista Boldori, una circular a los prefectos, el 23 de diciembre, prohibía las organizaciones armadas; pero quedó sin efecto: para aplicarlo, hubiera sido necesario prohibir el PNF.

Fin de la posguerra

El 10 de abril de 1922 se inauguró en Génova una conferencia económica internacional que se proponía normalizar las relaciones con la Rusia bolchevique y reintegrar a Alemania en la economía europea. La quiebra de la Banca de Descuento y el hundimiento de la Ansaldo, al que seguiría el de la Ilva, acababan de hacer manifiesta la principal debilidad del capital italiano: la insuficiencia de las inversiones. La reconstrucción de Alemania —Nitti lo daba a entender

9. El PNF contaba (noviembre de 1921) con 320.000 miembros; la Confederación (agosto de 1922) con 458.000 de los cuales 277.000 eran campesinos, 72.000 obreros y 109.000 miembros de las «clases medias».

en *L'Europa senza pace* (1921)— habría permitido a Italia recuperar su principal fuente de inversiones extranjeras, y el capital italiano hubiera podido confiarse a esta política democrática de la cual Nitti era el portavoz. Tras el tratado de Rapallo la reconstrucción alemana emprendería otros caminos.

La crisis era ya poco menos que insoluble. El arzobispo de Milán, Achille Ratti, elegido papa (Pío XI), favoreció las iniciativas del cardenal Boggiani y del marqués Cornaggia, que, desorientando al Partido Popular, hicieron imposible todo acercamiento con los socialistas. La constitución de la Alianza del Trabajo, iniciativa de los anarcosindicalistas, no interesó al Partido Comunista. Yendo contra las decisiones del III Congreso de la Internacional Comunista, las "Tesis de Roma", inspiradas por Bordiga, pero aprobadas por la derecha (Tasca) y el centro (Gramsci), proclamaban que, no cesando de agravarse la crisis estructural del capitalismo en Italia, la ofensiva revolucionaria seguía siendo posible.

Ferrara, Cremona, Rovigo, Andria, Sestri Ponente, Pesaro, Viterbo, Alatri, Tolentino, Ancona, Novara, Rávena, Rimini, son los nombres unidos a las expediciones fascistas. Facta, sucesor de Bonomi, dejaba hacer. Abandonada a sí mima, la huelga de las organizaciones obreras del "triángulo industrial" fue un fracaso (18-19 de julio). Recibido por el rey el 29 de julio, Turati seguía esperando un gobierno de coalición sostenido por los reformistas. La "huelga legalista" del 1 de agosto fue, sin duda, el último esfuerzo en este sentido. Prevenidos, los fascistas emprendieron desde el 13 de julio una ofensiva general que desembocaría, entre otras, en la ocupación del Ayuntamiento de Milán, desde donde D'Annunzio, una vez más, se dirigió a la multitud. Única excepción: Parma resistió cinco días a los fascistas. "La marcha sobre Roma ha empezado" declaró Mussolini el 11 de agosto.

La ruptura de la Alianza del Trabajo, tras el fracaso de la "huelga legalista", la escisión socialista de Roma (4 de octubre) y después la ruptura del pacto de acción entre la CGL y los socialistas (6 de octubre), dan testimonio de que no existía ninguna fuerza capaz de oponerse a los fascistas. Mientras confiaba a Balbo, De Bono y De Vecchi la organización de la milicia fascista, Mussolini se dedicó a tranquilizar a la monarquía. "¡Hay que tener el valor de ser monárquicos!", acabó por proclamar en Udine el 20 de setiembre. Conquistada la monarquía, ello significaba contar con el ejército: y Badoglio hizo conocer la neutralidad del ejército, mientras que la reina madre, Margarita de Saboya, aseguraba a los lugartenientes del duce las simpatías de la corte.

El camino estaba, pues, expedito. ¿Giolitti? Al instaurar la nominatividad de los títulos bancarios [10] se había atraído la hostilidad de los medios financieros unidos al Vaticano. ¿Salandra? "Camisa negra honoraria", se había puesto de acuerdo con Mussolini sobre una forma de gobierno. Pero el 28 de octubre, los dirigentes de la Confindustria, de la Confagricultura y de la Asociación bancaria informaron de que sólo Mussolini les complacería. Quedaba D'Annunzio, al que Facta había esperado levantar contra los fascistas con ocasión de las ceremonias del 4 de noviembre. La constitución de un comité de entendimiento nacionalfascista (24 de setiembre), y después la firma de un pacto entre Mussolini, D'Anunzio y Giulietti (16 de octubre), pusieron término a estos proyectos.

10. La derogación de esta ley, el 10 de noviembre de 1922, fue una de las primeras medidas del gobierno fascista.

La "marcha sobre Roma"

Cuando, el 25 de octubre, Michele Bianchi lanzó ante el congreso fascista de Nápoles su famoso llamamiento: "Fascistas, en Nápoles llueve, ¿qué es lo que esperamos?" Mussolini, en contacto permanente con Giolitti desde los comienzos del mes, sabía pues ya cuáles eran sus posibilidades. El 27 de octubre, la dimisión del ministro de Obras públicas, Riccio, fiel a Salandra, provocó la caída del gobierno. Al día siguiente, Facta, alarmado, presentó al rey un decreto proclamando el estado de sitio, que el soberano se negó a firmar. Mussolini, de regreso a Milán, esperaba. Un telegrama del rey, el 29 de octubre, le invitó a formar gobierno.

Segunda parte

ELEMENTOS DEL «DOSSIER» Y ESTADO DE LA CUESTIÓN

DOCUMENTOS

1. Manifiesto-programa del Partido Político Futurista.
2. Las reivindicaciones de la Unione Italiana del Lavoro.
3. Programa de los Fasci italiani di combattimento.
4. Los fascistas y el 1 de mayo de 1919.
5. Manifiesto antibolchevique.
6. Enrico Malatesta. La ocupación de las fábricas.
7. Programa del Partido Nacional Fascista.
8. Amadeo Bordiga: El Partido Comunista de Italia y la ofensiva capitalista.

Documento 1
MANIFIESTO-PROGRAMA DEL PARTIDO POLITICO FUTURISTA (extractos)

1. El Partido Político Futurista que nosotros fundamos quiere una Italia libre, fuerte, que no se halle sometida a su gran pasado, al extranjero demasiado apreciado ni a los sacerdotes demasiado tolerados: una Italia sin tutela, absolutamente dueña de todas sus energías y abierta hacia su gran porvenir.

2. Italia, única soberana. Nacionalismo revolucionario por la libertad, el bienestar, la mejora física e intelectual, la fuerza, el progreso, la grandeza y el orgullo de todo el pueblo italiano.

3. Educación patriótica del proletariado. (...)

4. Transformación del Parlamento por una justa participación de los industriales, agricultores, inge-

nieros y comerciantes en el gobierno del país. (...) Abolición del Senado.

Si este parlamento racional y práctico no da buenos resultados, lo aboliremos para llegar a un gobierno técnico sin Parlamento, un gobierno compuesto de 20 técnicos elegidos por sufragio universal.

Remplazaremos el Senado por una Asamblea de control compuesta por jóvenes de menos de treinta años, elegidos por sufragio universal. (...)

5. Remplazar el actual anticlericalismo retórico y quietista por un anticlericalismo de acción, violento y resuelto, para desembarazar a Italia y a Roma de su Edad Media tecnocrática, que podrá elegir el lugar que le convenga para morir lentamente. (...) Unica religión: la Italia del mañana. (...)

6. Supresión de la autorización marital. Divorcio fácil. Desvalorización progresiva del matrimonio para llegar gradualmente al amor libre y a los hijos del Estado.

7. (...) Preparación de una movilización industrial completa (armas y municiones) que, en caso de guerra, será realizada al mismo tiempo que la movilización militar.

Todos prestos, con el menor desgaste, para una guerra eventual o una eventual revolución. (...)

8. Preparación de la futura socialización de las tierras. (...) Sistema fiscal basado sobre el impuesto directo y progresivo. (...) Derecho de huelga, de reunión, de organización, libertad de prensa.

(...)

10. (...) Extinción de la industria extranjera, peligrosa y aleatoria. (...)

11. Reforma radical de la burocracia, que ha llegado a ser hoy día un fin en sí misma y un Estado dentro del Estado.

(...)

Sostendremos este programa político con la violencia y el coraje futurista que han caracterizado hasta ahora nuestro movimiento en los teatros y en las calles. Todo el mundo sabe, en Italia y en el extranjero, lo que nosotros entendemos por violencia y coraje.

Fuente: Renzo DE FELICE, *Mussolini il rivoluzionario*, pp. 738-741.

Documento 2

LAS REIVINDICACIONES DE LA UNIONE ITALIANA DEL LAVORO

Nosotros queremos:

1. Constituyente nacional, comprendida como sección italiana de la Constituyente Internacional de los Pueblos, para proceder a la transformación radical de las bases políticas y económicas de la vida social, por unos métodos y medios que aseguren, sin apresuramientos ni detenciones, la continuación y el desarrollo de la civilización.

2. Proclamación de la República Italiana. Descentralización del poder ejecutivo; autonomía administrativa de las regiones y de las comunas por medio de órganos legislativos propios. Soberanía popular ejercida por el sufragio universal igual y directo de los ciudadanos de los dos sexos, con derecho de iniciativa para el pueblo, de referéndum y de veto. Extirpación de la burocracia irresponsable y reorganización *ex novo* de la administración de los organismos estatales. Limitación de las funciones del Estado a la dirección civil y política de la vida nacional.

3. Abolición del Senado y de toda forma artificiosa y arbitraria de limitación de la soberanía popular. Abolición de la policía política; constitución de una guardia cívica comunal y nacional. Magistratura electiva, independiente del poder ejecutivo.

4. Abolición de todas las distinciones y títulos

de casta de los príncipes, duques, marqueses, condes, comendadores, caballeros, etc. Únicos títulos de honor y de nobleza: la inteligencia, la honestidad, el trabajo.

5. Abolición de la conscripción obligatoria. Desarme general y prohibición en todas las naciones de fabricar armamentos y navíos de guerra.

6. Libertad de pensamiento, de religión, de asociación, de prensa, de propaganda, de agitación individual y colectiva.

7. Sistema de educación con escuelas de cultura, de arte y de oficios efectivamente libres y abiertas a todos. Bibliotecas gratuitas para el conocimiento y el estudio de todo cuanto se piensa y se escribe en cada dominio de la investigación intelectual y científica. Enseñanza superior reservada únicamente a las capacidades manifiestas y propias para desarrollar la ciencia y la cultura del prójimo. Elección escrupulosa y garantías para los educadores, habida cuenta de la alta importancia social de su labor.

8. Organización extrema, hasta la perfección, de la higiene social, mediante el saneamiento de las viviendas de las ciudades y de los campos y la construcción de nuevas casas modernas. Sostenimiento y asistencia incondicional a los mutilados, a los huérfanos, a los inválidos, a los viejos, a los enfermos, a la maternidad, a los deficientes. Eliminación de toda manifestación de miseria y de mendicidad y, por lo tanto, de toda forma de caridad degradante e hipócritamente compasiva.

9. Disolución de las sociedades anónimas, industriales y financieras; supresión de toda forma de especulación bancaria y bursátil; creación de un organismo nacional con secciones regionales, que regule los valores, distribuya el crédito y sostenga con los productos del trabajo —establecidos a este efecto y sin tasas, impuestos u otros— las administraciones públicas.

10. Censo y reducción de las fortunas personales. Confiscación de las rentas improductivas. Y, a este fin, pago de las deudas del viejo Estado por los poseedores a los que él ha protegido y que han sido sus beneficiarios.

11. Prohibición de trabajar para los niños menores de 16 años. Pasados los 16 años, obligación para todos de trabajar ocho horas por día. Basta de parásitos que no son útiles, según sus capacidades, a la comunidad social y condena de la ociosidad como manifestación de criminalidad humana.

12. Intensificación de la producción agrícola industrial, de la explotación del mar y desarrollo de la navegación, no en provecho de una minoría, sino para garantizar un alto nivel de vida a aquellos que trabajan, según la idea superior de la justicia distributiva de la riqueza producida.

13. Reorganización del sistema de la producción sobre la base asociativa y la participación directa de todos los elementos del trabajo intelectual, técnico y manual: devolución de la tierra de cultivo a los campesinos asociados; la gestión de las industrias, de los transportes y de los servicios públicos a los sindicatos de técnicos y de trabajadores. Eliminación de toda forma de especulación personal sobre la producción, mediante el establecimiento del principio social de que hay que producir para el bienestar común y para el perfecto funcionamiento de las administraciones civiles locales, regionales, nacionales.

14. Abolición de la diplomacia secreta. Política internacional abierta, inspirada en la idea de la solidaridad y de la fraternidad de los pueblos, comprometiéndose al respeto recíproco de la independencia y de los intereses nacionales de cada pueblo. Control del cambio para la exportación y para la importación. Realización de la gran idea de la libertad de cada ciudadano en la nación y de la nación en el internacionalismo.

Fuente: *Battaglie dell'Unione Italiana del Lavoro*, 8 de febrero de 1919, p. 4.

Documento 3
PROGRAMA DE LOS FASCI ITALIANI DI COMBATTIMENTO

¡Italianos!

He aquí el programa nacional de un movimiento sanamente italiano.

Revolucionario, puesto que es antidogmático y antidemagógico; poderosamente innovador puesto que está desprovisto de apriorismos.

Nosotros colocamos por encima de todo y de todos a la revalorización de la guerra revolucionaria.

Los demás problemas: burocracia, administración, derecho, escuelas, colonias, etc., los abordaremos cuando hayamos creado la clase dirigente.

Es por ello por lo que nosotros queremos:

Para el problema político

a) Sufragio universal con escrutinio de lista regional y representación proporcional, derecho de voto e igualdad para las mujeres.

b) Rebajamiento del límite de edad a dieciocho años para los electores, a veinticinco años para los diputados.

c) Abolición del Senado.

d) Convocación, por un período de tres años, de una Asamblea nacional que tendrá como labor esencial la de establecer la forma de constitución del Estado.

e) Formación de Consejos nacionales técnicos del trabajo, de la industria, de los transportes, de la higiene social, de las comunicaciones, etc., elegidos por las colectividades profesionales o de oficio; con

poderes legislativos y el derecho de elegir un comisario general con los poderes de ministro.

Para el problema social

Nosotros queremos:

a) Promulgación rápida de una ley que sancione para todos los trabajadores la jornada legal de ocho horas de trabajo.

b) El salario mínimo.

c) La participación de los representantes de los trabajadores en el funcionamiento técnico de la industria.

d) La concesión a las organizaciones proletarias (en tanto éstas sean dignas de ello moral y técnicamente) de la gestión de industrias o de servicios públicos.

e) La organización rápida y completa de los ferroviarios y de todas las industrias de transportes.

f) Una modificación necesaria del proyecto de ley de seguros sobre la invalidez y la vejez, que rebaje el límite de edad de sesenta y cinco años a cincuenta y cinco.

Para el problema militar

Nosotros queremos:

a) Institución de una milicia nacional, con breves períodos de instrucción y un objetivo exclusivamente defensivo.

b) Nacionalización de todas las industrias de armamentos y de explosivos.

c) Política exterior nacional que revalorice en las competiciones pacíficas de la civilización a la nación italiana ante el mundo.

Para el problema financiero

Nosotros queremos:

a) Un fuerte impuesto extraordinario de carácter progresivo sobre el capital que represente una

auténtica expropiación parcial de todas las riquezas.

b) La confiscación de todos los bienes de las Congregaciones religiosas y la supresión de todas las rentas eclesiásticas episcopales que constituyen un déficit enorme para la nación y un privilegio para una minoría.

c) La revisión de todos los contratos de suministros de guerra y la confiscación del 85 % de los beneficios de guerra.

Fuente: "Il Popolo d'Italia", 6 de junio de 1919.

Documento 4
LOS FASCISTAS Y EL 1 DE MAYO DE 1919

¡Obreros!

Hoy es vuestra fiesta y vuestra victoria. El primero de mayo de 1919 ve realizada la aspiración a las ocho horas de trabajo.

La victoria de Italia fue la victoria de vuestros brazos de trabajadores o de combatientes: la victoria obrera es la victoria misma de Italia.

Reconoced, gracias a este acontecimiento histórico, la unidad de vuestros destinos y los de la patria.

No os hagáis voluntariamente extranjeros allí donde vuestro sacrificio ha intervenido: no mutiléis vuestra historia.

Que aquello que fue pagado con vuestra vida sea para vuestra consciencia tanto un mérito como fue una pena: no mutiléis vuestra historia.

Que aquello que más os pertenece, ya que es el gran todo que os representa y os da un valor frente a un mundo desgarrado, que Italia sea vuestra en los hechos y en las consciencias, que ella sea vuestra voluntad: no mutiléis vuestra historia.

No creáis en el odio de lo vecino por amor a lo lejano.

No creáis a aquellos que quisieran hacer de vosotros una levadura de discordia en un país que obtiene su fuerza y su victoria de la unidad.

No permanezcáis con aquellos que querían la derrota y hoy son vencidos en la victoria.

Permaneced con la victoria, puesto que habéis sido victoriosos.

Vuestro derecho está formidablemente fundado sobre el mérito: no reneguéis de vuestro mérito.

Vuestra justicia tiene una gran voz: no la coloquéis en la boca de aquellos a quienes las palabras apestan en la boca.

Hoy, cuando enemigos solapados y ocultos se unen a los enemigos visibles de Italia, y cuando el imperialismo bancario se niega a reconocer a Italia sus hijos que le tienden espontáneamente los brazos, hoy, cuando se querría aún someter a cuestión los destinos irrevocables de la patria, los antiguos y los nuevos enemigos de Italia os llaman con tanta impudicia que vosotros os sentís disgustados.

Ellos creen que vosotros sois unos desesperados que buscan su salvación en la ruina común y en la vergüenza de vuestro propio país.

¿Quién os ha pintado tan ignominiosamente frente a la opinión extranjera?, ¿frente —si así lo queréis— a la Internacional?

¡Obreros!

De vosotros depende la espera confiada del país y la expectativa egoísta de todos nuestros enemigos. Vuestra pretendida cobardía provoca una gran inquietud.

¿Quién ha podido suponer que vosotros sois cobardes?

¿Acaso no sois vosotros el heroísmo de Italia?

¡Obreros!

Sed la nueva voz de Italia: la Italia del trabajo, la Italia de la paz, la Italia de todos los ideales que os sonríen, pero Italia, porque es sólo con este nombre como vuestra personalidad social se inserirá en la familia de las naciones, y vuestra grandeza será la grandeza de Italia y vosotros seréis Italia.

Il Fascio di combattimento

Fuente: Opúsculos y octavillas de propaganda fascista, fondo de la BDIC (A 319).

Documento 5
MANIFIESTO ANTIBOLCHEVIQUE

Todo bolchevique es enemigo de Italia.

Es bolchevique:

Cualquiera que aspire al advenimiento de la dictadura soviético-comunista, que es la disgregadora de las nacionalidades y de las razas y la realizadora del odio de casta acumulado en el transcurso de los siglos; la forja de la mayor injusticia humana tragicogrotesca; la anhilación de todo ideal social; la resurrección de la servidumbre de las inteligencias y la instauración de métodos punitivos bárbaros que prohíben la libertad, la vida y el pensamiento.

Es bolchevique:

Cualquiera que disminuya la victoria y la grandeza de Italia mediante la desconfianza irónica, la burla, el presimismo; con las palabras, los actos, los escritos.

Cualquiera que se emplee por todos los medios para retrasar el inevitable renacimiento italiano en la industria, el comercio, las artes.

Cualquiera que sabotee las energías de resistencia de los ciudadanos.

Cualquiera que les haga padecer hambre por afán de lucro y porque goza de impunidad.

Cualquiera que, sin tener aptitudes para ello, asume la responsabilidad de ocupar altos cargos en el funcionamiento de la máquina estatal.

Cualquiera que se alegre de toda transgresión de los derechos y de las aspiraciones de la nación.

Cualquiera que, siendo miembro de todo poder establecido, no se inspire en la libertad y no la respete en los demás.

Cualquiera que, guiado por sus intereses personales, atente, deformándolo, contra el pensamiento de los apóstoles de cada sociedad.

Cualquiera que desconozca sistemáticamente los poderes intelectuales de quienes colaboran en el rejuvenecimiento de la cultura y de las tradiciones menoscabadas.

Cualquiera que no exalte, anime y sostenga por todos los medios los descubrimientos estéticos y científicos.

Cualquiera que se alegre de su fosilización y de la de los demás en prejuicios e ideas inadaptadas a nuestra época, que arde en fiebres de alcanzar el porvenir.

Cualquiera que niegue a las masas evolucionadas la sanción de las aspiraciones político-socioeconómicas adecuadas para proporcionar esa independencia de juicio y de movimiento que les permitiría desarrollar su deseo de un porvenir más digno.

Es bolchevique:

Cualquiera que renuncie a los derechos y aspiraciones de las mayorías.

Cualquiera que forme parte de pandillas y "camorras", funestas para el desarrollo de la nación.

Cualquiera que se obstine, contra los votos de

Fascismo se ra definendo da formo-
negativa.

desconfianza de la nación, en querer manipular los poderes del Estado.

Es bolchevique:

Cualquiera que no vea en el trabajo ininterrumpido y en la superproducción industrial, la sola y única fuerza viva redentora de Italia.

Llevaremos a cabo una lucha sin tregua contra todos los bolcheviques.

Fuente: "I Nemici d'Italia. Settimanale antibolscevico" (Milán), núm. 1, 10 de agosto de 1919, p. 1.

Documento 7

PROGRAMA DEL PARTIDO NACIONAL FASCISTA

Fundamentos

El fascismo se ha constituido en partido político para reforzar su disciplina y precisar su "credo"

La nación no es la simple suma de los individuos vivientes ni el instrumento de los fines de los partidos, sino un organismo que comprende la serie indefinida de las generaciones de las que los individuos son los elementos pasajeros; es la síntesis suprema de todos los valores materiales y espirituales de la raza.

El Estado es la encarnación jurídica de la nación.
(...)

El Estado

El Estado debe ser reducido a sus funciones esenciales de orden político y jurídico.

(...) Los poderes y las funciones atribuidos actualmente al Parlamento deben ser limitados.

El Estado es soberano, y esta soberanía no puede ni debe ser limitada o disminuida por la Iglesia.

Las Corporaciones

(...)

Las corporaciones deben ser promovidas según dos direcciones fundamentales: como expresión de la solidaridad nacional y como medio de desarrollo de la producción.

Las corporaciones no deben tender a anihilar al individuo en la colectividad nivelando arbitrariamente las capacidades y las fuerzas de los individuos, sino, al contrario, exaltarlas y desarrollarlas. (...)

Principios de política interior

El Partido Nacional Fascista quiere conferir una dignidad absoluta a las costumbres políticas a fin de que la moral pública y la moral privada cesen de encontrarse en contradicción en la vida de la nación.

Aspira al honor supremo del gobierno del país.
(...)

El prestigio del Estado nacional debe ser restaurado: El Estado (...) debe ser el celoso guardián, el defensor y el propagador de la tradición nacional, del sentimiento nacional, de la voluntad nacional. (...)

Principios de política exterior

Italia debe reafirmar su derecho a realizar su plena unidad histórica y geográfica, incluso allí donde aún no la ha realizado; debe cumplir su función de bastión de la civilización latina en el Mediterráneo, debe imponer de forma sólida y estable el imperio de la ley sobre los pueblos de nacionalidad diferente anexionados a Italia; debe proteger firmemente a los italianos en el extranjero, los cuales deben gozar del derecho de representación política. (...)

Principios de política social

El fascismo reconoce la función social de la propiedad privada que es a la vez un derecho y un deber.
(...)

El Partido Nacional Fascista actuará:

a) Para disciplinar las luchas de interés desorganizadas entre las categorías y las clases. (...)

b) Para sancionar y hacer respetar, en cualquier lugar y tiempo, la prohibición de la huelga en los servicios públicos. (...)

Política escolar

La escuela debe tener como objetivo general la formación de personas capaces de asegurar el progreso económico e histórico de la nación; elevar el nivel cultural y moral de la masa y promover los mejores elementos de todas las clases para asegurar la perpetua renovación de las capas dirigentes.

(...)

La justicia

(...)

Es necesario abolir las magistraturas especiales. El Partido Nacional Fascista se declara partidario de la revisión del código penal militar.

El procedimiento debe ser rápido.

La defensa nacional

(...) El Partido Nacional Fascista preconiza la organización inmediata de un ejército que, en formación completa y perfecta, por una parte vigile, escolta atenta, las fronteras conquistadas y, de otra parte, prepare en el país, entrene y encuadre los espíritus, los hombres y los medios que la nación sabe producir, en sus infinitos recursos, en la hora del peligro y de la gloria.

Organización

El fascismo es un organismo:

a) político
b) económico
c) de combate

En el terreno político acoge sin espíritu de secta a todos aquellos que suscriban sinceramente sus principios y obedezcan su disciplina; anima y valora los talentos particulares reuniéndoles según sus aptitudes en grupos de competencia; participa intensamente y constantemente en todas las manifestaciones de la vida política realizando de forma contingente aquello que puede ser prácticamente de su doctrina y reafirmando su contenido integral.

En el terreno económico promueve la constitución de las corporaciones profesionales, puramente fascistas o autónomas, según las exigencias del tiempo o del lugar, bajo condición de que éstas obedezcan en sustancia al principio nacional por el cual la nación está por encima de las clases.

En el terreno de la organización de combate, el Partido Nacional Fascista forma un todo único con sus escuadras: milicia voluntaria al servicio del Estado nacional, fuerza viva en la que se encarna la idea fascista y mediante la cual ésta es defendida.

Fuente: "Il Popolo d'Italia", 27 de diciembre de 1921.

«La Marcha sobre Roma me sorprendió en París —escribe Salvemini al comienzo de sus *Memorias*. Escribí a Ernesto Rossi que Mussolini era preferible a D'Annunzio: podemos esperar que acumule tantos errores que el regreso al viejo orden sea rápidamente inevitable...» Esta especie de optimismo se reflejaba, poco o mucho, en los comentarios de todos los contemporáneos. ¿Cuántos podían imaginar, en efecto, que el fascismo duraría veinte años?

"¡La marcha sobre Roma será sobre todo la carrera hacia los sillones!» "La Sentinelle" (La Chaux-de-Fonds), 25 de octubre de 1922.

«... Por haber querido sembrar el desorden en un viejo país civilizado y profundamente patriótico, los cabezas calientes de la revolución social no han conseguido más que un solo resultado: coaligar contra el socialismo a todo el cuerpo de la nación.» "Le Petit Parisien", 28 de octubre de 1922.

«... El fascismo es también un partido, como los precedentes, viciado por el espíritu revolucionario.» "L'Action Française", 28 de octubre de 1922.

«Este gobierno, el del antisoviet, sólo puede concebirse como una dictadura.» Jacques Bainville, en "La Liberté", 30 de octubre de 1922.

«El fascismo ha nacido para combatir al socia-

lismo... Saludado primero como una liberación, se ha convertido en una tiranía. Su historia es un ejemplo instructivo de los peligros de los métodos "extralegales" en política.» "The Times", 30 de octubre de 1922.

«[Los fascistas] amenazan con considerar los tratados que les unen a las demás naciones como papel mojado.» "Chicago Daily", 30 de octubre de 1922.

«El señor Mussolini pertenece a la nueva escuela que sabe mejor que el pueblo lo que el pueblo quiere... Es la escuela en la que Lenin y Trotsky ocupan la primera fila y de la que De Valera es un alumno aplicado.» "The Manchester Guardian", 30 de octubre de 1922.

«El mal ejemplo del bolchevismo no ha tenido en Italia la influencia que muchas gentes temían.» "Kansas City Time", 31 de octubre de 1922.

«Es una revolución moralizante y reconstructora que pretende cambiar el sistema "cogiendo por el cogote a la miserable clase política dominante", es decir, a los políticos de oficio...» "Acción" (Madrid), 31 de octubre de 1922.

«El golpe de estado fascista ha triunfado porque estaba sostenido por la simpatía, por el asentimiento previo de una porción considerable de la opinión.» Léon Blum, en "Le Populaire", 31 de octubre de 1922.

«El señor Mussolini, Primer Ministro, inicia el ocaso... El fascismo está acabado.» Georges Ponsot, en "L'Ère nouvelle". 31 de octubre de 1922.

«... ministro de reacción en el interior y de aventura en el exterior...» "L'Humanité", 1 de noviembre de 1922.

«Nos equivocaríamos si considerásemos al fascismo como a un movimiento reaccionario, por haberse erigido contra el socialismo internacional. Han sido colocados ya los puentes entre él y el proletariado. Mussolini, sin duda, piensa, en estos momentos, que el socialismo sólidamente establecido sobre el territorio nacional será la forma sólida y fecunda de la democracia de mañana.» Jules Galtier, en "Le Temps", 1 de noviembre de 1922.

«Reina el orden, perfecto y por sí mismo... El método es bueno y he aquí que encuentra el consetimiento unánime.» "L'Intransigeant", 7 de noviembre de 1922.

«Mussolini desearía despoblar Italia para reinar mejor en ella...» "Unión" (Buenos Aires), 10 de noviembre de 1922.

«... Un episodio, sin duda sensacional, de la vida parlamentaria de un país que atraviesa una crisis desesperada..., una crisis ministerial un poco movida...» Umberto Terracini, en "La Correspondance Internationale", 13 de noviembre de 1922.

PROBLEMAS
Y CUESTIONES DE INTERPRETACIÓN

1. Las interpretaciones del fascismo.
2. ¿Crítica o defensa del *Risorgimento*?
3. ¿Recibió Mussolini dinero de los socialistas franceses?
4. El financiamiento del fascismo.
5. Las responsabilidades de las clases dirigentes. Un ejemplo: Bonomi y el fascismo.
6. La ocupación de las fábricas, ¿ocasión perdida?
7. Fascismo y nazismo.
8. ¿El inconsciente es fascista?

1. *LAS INTERPRETACIONES DEL FACISMO* [11]

La antología publicada por C. Casucci, *Il Fascismo. Antologia di scritti critici* (Bolonia, 1961), permite efectuar un balance bastante completo de las interpretaciones del fascismo propuestas en Italia.

¿Revolución de las clases medias?

La primera "masa moldeable" del fascismo fue constituida por pequeños burgueses, entre ellos buen número de oficiales desmovilizados. L. Salvatorelli (*Nazionalfascismo*, Turín, 1923) fue uno de los primeros en destacar la fascinación que ejercía el fas-

11. Me permito remitir aquí a mi artículo: *La notion de fascisme. Notes sur quelques livres récents*, «Partisans», septiembre-octubre de 1962, pp. 150-168.

cismo sobre una pequeña burguesía llena de "retórica": antiproletario, el fascismo no ha dejado de entregarse a declaraciones "contra la plutocracia, la burguesía, las clases dirigentes... El fascismo representa, pues, la «lucha de clases» de la pequeña burguesía, que se encuadra entre el capitalismo y el proletariado como un tercero en discordia". Comentando el libelo de Salvatorelli (véase "Il Lavoro", de Génova, 3 de junio de 1923), G. Ansaldo constata a su vez: pequeña burguesía, cierto, pero en modo alguno "humanista" como pretende Salvatorelli; se trata de una pequeña burguesía que se ha desarrollado en el marco de la sociedad industrial: "En el atrasado desarrollo económico de nuestro país, el capitalismo y los fenómenos anejos al mismo toman también un carácter artificial y retórico." Pequeña burguesía, pues, retórica, gusto por el deporte incluso, aparecen para algunos —Salvatorelli, Ansaldo, Croce, Fortunato e incluso Gobetti— como los componentes esenciales del fascismo.

El fascismo, burocracia

G. Salvemini y su discípulo C. Rosselli tienden inversamente a definir el fascismo como la política de una burocracia que ha venido a sustituir a las viejas clases dirigentes. "Los capitalistas —constata Salvemini— han perdido el control financiero de la máquina... [El fascismo] se ha convertido en una fuerza independiente." Así, el fascismo resulta incapaz de realizar hasta sus objetivos y de resolver las contradicciones de la sociedad capitalista, y aparece como una solución vacía de contenido. La crítica del fascismo desemboca de hecho en una crítica de la burocracia: es en tanto que burocracia que el fascismo fracasa.

Procediendo de otros postulados, B. Rizzi (*La bureaucratisation du monde*, París, 1939) tiende igualmente a integrar al fascismo en este "colectivismo burocrático", que ilustran a título diverso la burocracia stalinista, el "New Deal" rooseveltiano o el Frente popular. A través del control del Estado sobre los instrumentos de producción, la clase burocrática llegaría a ser la verdadera clase posesora. Habida cuenta de que el fascismo no ha realizado jamás semejante control, parece que el elemento común a los diversos fenómenos estudiados por Rizzi sea más bien la integración de la fuerza-trabajo (del proletariado) en el aparato del Estado: lo cual el corporativismo intentó realmente hacer.

El fascismo y el gran capital

Socialistas, comunistas y anarquistas están de acuerdo en ver en el fascismo "un producto cuyos gérmenes se incuban en todos los Estados capitalistas" (Turati). Sin embargo, hay que explicar esta forma "particular, específica" de reacción (Togliatti). Pretender que todo capitalismo está abocado al fascismo, o incluso es susceptible de desembocar en él, significa, de hecho, no decir nada. F. Sternberg ha mostrado perfectamente, a propósito del nazismo, que el capitalismo alemán "constituía el miembro más débil en la familia de los grandes Estados capitalistas" (véase *Le conflit du siècle*, traducción francesa, París, 1958). Todo ocurre de hecho como si la ruptura, también en este caso, se efectuase en ese punto al que Lenin llama "el eslabón más débil" de la cadena de los estados capitalistas. Confirmación indirecta de esta posición, la Italia de los años 1919-1922, y después la Alemania de los años treinta, han sido con toda seguridad los dos países de Europa que más cerca estuvieron de la revolución. De donde la importancia, también en este caso, de salir de los

límites nacionales, de volver a colocar en la circunstancia al capital italiano en el marco del mercado mundial, el movimiento obrero en las grandes corrientes revolucionarias de la posguerra.

... *y el lugar del fascismo en la historia italiana*

"¿Qué es lo que significa en nuestra Historia un paréntesis de veinte años?", se preguntaba Croce en 1944, expresando así bastante bien el punto de vista del liberalismo (a menudo pasivo, si no cómplice) frente a la "enorme pérdida de tiempo" —la frase es de Turati, en 1922— que había representado el fascismo. Al reducir el fascismo a algunas curiosidades —el "paso romano", el saludo fascista, la desaparición de las fórmulas de cortesía— o a un "*morbus* moral", a "El anticristo que hay en nosotros", es decir, al "mal carácter" que empuja a unos a ponerse la camisa negra, o a otros a hacer deporte (véase "Quaderni della Critica", julio de 1947), Croce se ha esforzado manifiestamente tanto en minimizar la importancia del fenómeno como en quitarle significado. ¿Incomprensión teórica? Sin duda. Pero hay que tener en cuenta también las responsabilidades de las clases dirigentes en el ascenso del fascismo (véase, a este propósito, R. Zangrandi, *Il Lungo viaggio attraverso el fascismo,* Milán, 1962) y de la preocupación por volver al orden antiguo de la Italia prefascista. La tesis del fascismo como paréntesis expresa en suma bastante bien los intereses de los antiguos grupos liberales.

Revelación, desvelamiento de las lagunas y de las contradicciones de la historia anterior, el fascismo aparece, en cambio, para Gobetti como una auténtica "autobiografía de la nación" (véase P. Gobetti, *La rivoluzione liberale. Saggio sulla lotta politica in Italia,* intr. de G. de Caro, Turín, 1964, 3a. ed.). Mussolini —constata Gobetti— no hizo más que generalizar en Italia entera el sistema de garrotazos inaugurado por Giolitti en el Mezzogiorno. Más generalmente, y ésta será la ocasión para un verdadero regreso sobre la formación de la Unidad italiana, el fascismo aparece "vinculado a todos los errores de nuestra formación". Posición que reduce —o anuncia— algunos análisis de inspiración marxista: del *Risorgimento,* de Gramsci (Turín, 1949), a los trabajos del Congreso de estudios gramscianos sobre la Unidad italiana (*Problemi dell'Unità d'Italia,* Roma, 1962). Pero procede de otros postulados: el proyecto de Gobetti no es, como se ha creído, proponer una revolución democrática realizada por una alianza del proletariado y del campesinado pobre, sino simplemente —como observa De Caro— un "programa reformista de nivel elevado", tendente, con el apoyo y, si es posible, con el consentimiento del proletariado, a modernizar el capitalismo italiano. Perspectiva, pues, de un neoliberalismo, de un liberalismo de izquierdas.

Paréntesis o revelación, el fascismo parece, en ambos casos, provocar una ruptura en la temporalidad, introducir otra duración. Incluso la investigación de los antecedentes, en Gobetti o, aún más, en la alucinante *Antistoria d'Italia,* de F. Cusin (Turín, 1948), tiende siempre más o menos a darse un tiempo discontinuo. Todo ocurre como si el fascismo, en la larga duración de la historia italiana, introdujese de pronto una historia de corta duración. Es ésta, evidentemente, una especie de traducción del sentimiento de crisis que los contemporáneos debieron experimentar frente al nuevo régimen. Pero para quien desee efectivamente colocar de nuevo el fascismo en el conjunto de la historia italiana, al menos a partir de la Unidad y, *a fortiori,* en la historia de Europa y del mundo, es evidente que, si la explicación "parentisista" es simplemente insuficiente, sino ridícula, la posición "reveladora" aparece igualmente

incapaz de articular la historia del *Ventennio* con el resto de la historia italiana. La revelación, si se quiere, se inspira en un modelo mucho menos dialéctico que aristotélico: el del paso de lo posible a lo real, de lo virtual a lo actual. Y falta la descripción o el análisis de este trabajo que permite a lo reprimido ver la luz. De ahí la importancia de ciertos trabajos: F. Chabod (*L'Italia contemporanea*, 1918-1948, Turín, 1961), G. Perticone (*L'Italia contemporanea dal 1871 al 1948*, Milán, 1962), que se esfuerzan, con mayor o menor fortuna, en hacer del fascismo un momento de una historia más amplia, manifestando, como hace observar E. Fasano Guarini, "una fundamental continuidad social" ("Annales ESC", I, 1964).

2. *¿CRITICA O DEFENSA DEL "RISORGIMENTO"?*

El antifascismo —constata Gobetti en 1924— se alimentará de historicismo: "Nuestra generación será... una generación de historiadores." A la falsa conciencia, al antihistorismo, que son propios de la ideología fascista, se opondrán el enraizamiento en la historia, la elaboración de una conciencia historicista. De ahí estas reflexiones: "La Herencia del Risorgimento" (*La Rivoluzione liberale*, ed. cit., pp. 7-37) y, sobre todo, el admirable *Risorgimento senza eroi* (Turín, 1926, póstumo), este esfuerzo por volver a situar el aparente paréntesis del fascismo en la continuidad de la historia italiana a partir de la Unidad.

Bastante curiosamente, Gobetti se une aquí a una tradición que han desarrollado pensadores o periodistas, Oriani o Missiroli, que el fascismo aclamó o que se unieron al fascismo —tradición que, además,

se remonta, tal como observa Gramsci, a *La reforma intelectual y moral*, de Renan. La debilidad esencial del Estado italiano consistiría precisamente en que Italia, no habiendo conocido la Reforma, habría sido incapaz de superar "la idea católica" y de darse un Estado moderno, "comprendido como Estado ético" (M. Missiroli, *La Monarchia socialista*. Bolonia, 1914). Consciente de que semejante esquema comporta insuficiencias, Gobetti —quien no parece en absoluto que haya leído a Weber— insistirá, sobre todo, en las debilidades estructurales de la burguesía italiana.

La revisión del "Risorgimento"...

El *Risorgimento* se le aparece, pues, como la obra de una minoría, burguesía parasitaria más bien que productora, que ha sido incapaz de "construir una unidad que fuese la unidad del pueblo". Participación inexistente de las masas populares y debilidad efectiva de la burguesía, dejaron la obra inacabada. A esta revolución de los "héroes" el joven liberal opone la de los "heréticos". En este mismo esquema, Gramsci y sus sucesores integraron el tema de la *mancata rivoluzione agraria*: a diferencia de los jacobinos franceses, los hombres del Partido de Acción (Mazzini, Garibaldi, Pisacane), abandonando la dirección del movimiento a los moderados (Cavour, por ejemplo), no habrían realizado una reforma agraria indispensable. El *Risorgimento* sólo habría sido, así, una "revolución pasiva". De ahí el retraso del desarrollo económico y el atraso de las estructuras italianas.

Esta crítica del *Risorgimento*, que, tal como ha demostrado excelentemente C. Pavone, se hallará en el centro de las "ideas" de la Resistencia italiana (C. Pavone, *Le idee della Resistenza*, en "Passato e Pre-

sente", enero-febrero de 1959, pp. 850-918), tiende igualmente a unos objetivos más inmediatos. Más allá de la "Italia de hecho", el fascismo quiere ser —en este lenguaje en el que G. Volpe se encuentra con Maurras— la resurrección de la "Italia de derecho". La "revolución fascista" proclama Gentile (*Origini e dottrina del fascismo*, Roma, 1929), es "idealista" y "mazziniana", "antimaterialista"; es un "Segundo *Risorgimento*". Y, de manera bien curiosa, de Gobetti a Gramsci, se pondrán de acuerdo sin pensar en abandonar el *Risorgimento* a aquellos que lo reivindican. "La revolución antifascista —escribe aún Togliatti en 1931— sólo podrá ser una revolución «contra el *Risorgimento*»... contra la solución que ha aportado al problema de la unidad del Estado y a todos los problemas de la vida nacional" (en "Lo Stato Operaio", setiembre de 1931): forma que lleva evidentemente la marca del sectarismo (formal) del "tercer período" de la Internacional Comunista.

... *y sus presupuestos políticos*

Tras este abandono aparente de los valores del *Risorgimento* —valores que hacen suyos aún liberales como Croce o como A. Omodeo (*Difesa del Risorgimento*, Turín, 1951: compendio de artículos escritos de 1926 a 1945)— se encuentra, en Gobetti así como en los comunistas, una cierta concepción del papel de la clase obrera. Para Gobetti, que asiste, deslumbrado, al ascenso de la gran industria turinesa, "hay que contar con el movimiento obrero para tener en Italia unas iniciativas autónomas de las masas populares, que puedan llevar la revolución liberal a sus últimas consecuencias". Tesis que puede parecer revolucionaria, pero que tiende de hecho —G. de Caro lo hace observar muy justamente— a realizar en Italia, al revés del fascismo, el nivel más alto de desarrollo capitalista integrando sin coerción al proletariado en la sociedad global. Interpretado aquí en una perspectiva "neocapitalista", el "valor nacional" del proletariado se halla igualmente en el centro de los análisis de Gramsci y de sus sucesores. En Gramsci, de hecho, puesta a parte la influencia de Gobetti, la crítica del *Risorgimento* va a la par con una estrategia política fundada —a partir de los años 1924— en la alianza del proletariado septentrional y del campesinado pobre del Sur y, más especialmente, en la "función nacional" del proletariado, en la definición del proletariado como "clase nacional". Perspectiva que tiende igualmente a disolver los objetivos de clase en los objetivos "nacionales" o "populares".

La polémica actual

Risorgimento e capitalismo, de R. Romeo (Bari, 1959), reprocha a Gramsci el proyectar sus preocupaciones políticas del momento sobre el período del *Risorgimento* y de no ver que una revolución agraria era imposible en la Italia del siglo XIX. Gramsci habría sido víctima de su uso del modelo de la Revolución francesa, más democrática, ciertamente, pero menos eficaz que la "vía prusiana" (Lenin). De hecho, y es lo esencial de la tesis de Romeo, lejos de frenar el desarrollo, la gran propiedad habría favorecido, por el contrario, en Italia, la acumulación primitiva del capital.

Que Gramsci haya sido incapaz de adoptar la actitud serena que corresponde, según se dice, al historiador, es una acusación frágil: ¿y qué historiador, por lo demás, se halla exento de ella? Los trabajos de F. Della Peruta, *I democratici e la rivoluzione italiana* (Milán, 1958), y de G. Berti, *I democratici e l'iniziativa meridionale nel Risorgimento* (Milán, 1962) han demostrado suficientemente, además, la

importancia de la cuestión agraria entre ciertos demócratas de los años 1860 —signo de que el problema de la reforma agraria se planteaba ya, incluso, aunque sea fácil, *ex post facto,* proclamar su imposibilidad. La presencia de la Revolución francesa incluso en el interior del *Risorgimento* es por lo demás puesta de manifiesto en el artículo de A. Soboul, *Risorgimento y revolución burguesa* ("La Pensée", enero-febrero de 1961).

En cuanto al punto crucial, los sucesores de Gramsci se muestran acordes en acusar a Romeo de ignorar efectivamente lo que es la acumulación primitiva del capital: véase, en particular, L. Cafagna, *Il saggio di R. Romeo su Risorgimento e capitalismo* ("Cultura moderna", abril de 1959), R. Zangheri, "La mancata rivoluzione agraria nel Risorgimento e i problemi economici dell'Unità" (en *Studi gramsciani,* Roma, 1958), y, más recientemente, *Problemi dell'Unità d'Italia* (Roma, 1962); punto de vista que es compartido por J. M. Cammett en su *Antonio Gramsci and the Origins of Italian Communism* (Stanford, 1967). Más articulado, el artículo de A. Gerschenkron, *Rosario Romeo e l'accumulazione primitiva del capitale* ("Rivista Storica Italiana", diciembre de 1959), tiende a demostrar, por el contrario, que no se puede aplicar a Italia el concepto de acumulación primitiva. Romeo habría descrito, en realidad, no la acumulación primitiva que definió Marx, sino una serie de "sustitutos" que habrían tenido lugar.

3. *¿RECIBIÓ MUSSOLINI DINERO DE LOS SOCIALISTAS FRANCESES?*

Si exceptuamos algunas biografías oficiales del período fascista, todos los historiadores están de acuerdo en reconocer que "Il Popolo d'Italia" fue, sino "lanzado", al menos vigorosamente sostenido por fondos que procedían del gobierno francés.[12] La importancia de las sumas que Mussolini haya podido recibir no importan mucho, ha interesado más establecer por qué medios Mussolini pudo entrar en posesión de estos fondos.

¿Guesde o Sembat?

Para Cesari Rossi (*Mussolini com'era,* Roma, 1947, pp. 71-72), el dinero habría sido enviado a Mussolini por el ministro sin cartera, y socialista, Marcel Sembat. Otras fuentes —H. Torrès, M. Rocca, A. de Ambris, L. Campolonghi— citan, por el contrario, el nombre de J. Guesde. Un testimonio particularmente importante es, evidentemente, el que constituye una publicación del Instituto superior obrero: *Le fascisme en Italie* ("Cours de l'Institut supérieur ouvrier, 1933-1934"), prefacio de León Jouhaux, París, 1934, p. 13. Leemos: "No hay duda que «Il Popolo d'Italia» fue fundado con un subsidio de origen francés que le fue llevado por Dumas, secretario de Guesde, entonces ministro de Estado. La primera entrega fue de 15.000 francos, seguida de inversiones mensuales de 10.000 francos." Cifras y nombres son los mismos que los que citaba en marzo de 1925 Henri Torrès en un alegato ante la audiencia, y después en *Guerra di classe,* invocando unos documentos que habrían estado en su poder. La firma de Jouhaux sumándose a la de Torrès puede tener en su coincidencia cierto peso. Tanto más cuanto que Jouhaux, no lo olvidemos, había cumplido también una "misión" en Milán, en febrero de 1915...

12. E. SERRA, *L'oro inglese e Mussolini,* en «Il Mondo», 18 de febrero de 1955, estima que Mussolini recibió igualmente dinero del Gobierno británico.

La misión de Cachin

Hay un nombre que es citado mucho más a menudo que el de Dumas, es el de Marcel Cachin, enviado en misión a Italia en el transcurso del último trimestre del año 1914. Citemos en primer lugar el testimonio de Serrati en el congreso de Livornia de enero de 1921: "Durante nuestro período de neutralidad, Cachin vino a Italia para incitarnos a seguir a Francia en la guerra. Le echamos cortésmente del «Avanti!» tal como habíamos echado a su camarada Albert Thomas. Él se fue al «Corriere della Sera», etc." ("XVII Congresso Nazionale del PSI", Livornia 1921, informe taquigráfico, Milán 1962, p. 308).[13] Serrati volvería a referirse en diversas ocasiones a este punto y en particular bajo el título *Le missione di Cachin*, en el "Avanti!" del 16 de marzo de 1922. Incluso antes de estos ataques de Serrati, la "Delegación para el extranjero" del Partido Socialdemócrata ruso (menchevique) había recordado esta primera misión de Cachin cuando éste, en 1917, se disponía a partir hacia Rusia para animar a Kerenski a proseguir la guerra: "En cuanto al ciudadano Cachin, recordaremos a los camaradas rusos que él ha cumplido ya una misión análoga en Italia tratando de paralizar la acción gloriosa de los socialistas italianos en el momento en que los nacionalistas se empeñaban en arrastrar a su pueblo en la refriega sangrienta." (Citado en A. Kriegel, *Aux origines du communisme français*, París, 1964, I, p. 164, nota 1.)

Alfred Rosmer (*Le mouvement ouvrier pendant la guerre*, París, 1936, pp. 327-333) y Gaetano Salvemini (*Mussolini diplomate*, París, 1932, pp. 19-21 y *Scritti sul fascismo*, I, Milán, 1961, pp. 9 y 386-391) han insistido particularmente sobre la colusión entre Mussolini y Cachin. Entre las fuentes citadas, podemos retener, como anteriormente en el caso de Jouhaux, el testimonio de quienes tuvieron todas las razones para saber quién era él: Renaudel y Paul Faure. "Varios de nosotros recuerdan que los primeros números de «Il Popolo d'Italia» fueron publicados con la ayuda del dinero francés —escribía Renaudel en el «Quotidien» del 9 de noviembre de 1926. Marcel Cachin sabe todo esto a pesar de que a él no le gusta que le hablen de ello." Y Paul Faure en "Le Populaire", el 9 de enero de 1928: "Un día, Jules Guesde, entonces ministro de Estado, me confió que teníamos allí a uno de los nuestros: Mussolini; nosotros le habíamos enviado una primera ayuda de 100.000 francos para lanzar su periódico. Yo no puedo precisar quién fue el que aportó materialmente el dinero; pero Cachin, si quiere, puede informar a los lectores de «L'Humanité». Él fue entonces a Italia para ver a Mussolini por cuenta del gobierno francés." Tal como observa Salvemini, quien cita aún otras fuentes, no hubo jamás ningún mentís por parte de Mussolini o de Cachin.

13. Hay que tener en cuenta que, a partir de 1920, Serrati —en presencia de Lenin— había aludido en Moscú a las "misiones" de Cachin.

Fecha de la misión

Conmovido por el perjuicio que se causaba —creía él— a la memoria del "gran militante desaparecido", Moissonnier intentó dar una versión oficial de la misión de Cachin: "Si Marcel Cachin, enviado de Jules Guesde, se encontró efectivamente con el futuro duce, entonces tránsfuga del Partido Socialista Italiano, en Milán, en marzo de 1915, «Il Popolo d'Italia», existía ya desde el 15 de noviembre de 1914, o sea desde hacía cinco meses" (*Acerca del fascismo italiano*, "La Nouvelle Critique", número 149, septiembre-octubre de 1963, pp. 145-149). Ningún documento exis-

te sin embargo, en apoyo de esta tesis...[14] Sin seguir toda la demostración de G. Pontremoli que estima que Mussolini habría tenido una primera entrevista con Cachin el 19 de octubre de 1914 (*Un giornale e qualche uomo*, "Il Mondo", 25 de marzo 1950), podemos sin embargo recordar con R. de Felice que existen indicios que permiten al menos datar en diciembre de 1914 el viaje de Cachin a Italia (*Mussolini il revoluzionario*, Turín, 1965, pp. 263-264 nota). Rosmer establece por su parte (*loc. cit.*, p. 330) que los primeros artículos de Cachin llenos de una experiencia italiana muy reciente aparecieron en "L'Humanité" a partir del 22 de diciembre, es decir, un mes después de la fundación de "Il Popolo d'Italia"...

Una última cuestión se plantea por último: los días 12 y 13 de noviembre, Mussolini, acompañado de su socio capitalista italiano, Filippo Naldi, director del "Resto del Carlino", y de Mario Girardon, corresponsal de este periódico en París, habrían —según R. de Felice (*loc. cit.*, p. 276)— encontrado en Génova a unos "hombres políticos del frente aliado". ¿De quiénes se trataba?

4. *LA FINANCIACIÓN DEL FASCISMO*

El gran mérito de Daniel Guérin había sido el de plantear en su tiempo, en el primer capítulo de su

14. A. C. KORNEEV, *Iz istorii odnogo zagovora (Delo Mussolini-Gedenstrom)* (De la historia de un complot. [El asunto Mussolini-Gedenstrom]), «Istoriceskij arkhiv», núm. 5, 1962, citado parcialmente en «Rinascita», núms. 6, 7, 9 y 16 de febrero de 1963, bajo el título *I rubli dello zar a Benito Mussolini*, trata de las gestiones efectuadas por Mussolini cerca del agente zarista Gedenstrom para procurarse los fondos necesarios para el ataque que ciertos intervencionistas de izquierda se proponían lanzar contra un cuartel austríaco para crear un *casus belli*.

Fascisme et grand capital (París, 1936), el problema de los "socios capitalistas" del fascismo. Renzo de Felice lo aborda hoy cifras en mano: *Primi elementi sul finanziamento del fascismo dalla origini al 1924*, "Rivista Storica del Socialismo", VII, 22, mayo-agosto de 1964, pp. 223-251. ¿Cuáles fueron los recursos del fascismo durante los años de su ascensión?[15] ¿Cómo se los procuraron? El examen de los archivos del Ministerio del Interior italiano pone de manifiesto en primer lugar que tras algunas tentativas más o menos felices, el fascismo tuvo recursos, a partir del verano de 1921, por medio de un sistema de suscripciones y de tasas extremadamente moderno y bien organizado, que, a despecho de sus divisiones y rivalidades internas, le permitió ser provisto bastante regularmente.

El estudio del financiamiento, sin embargo, permite distinguir tres fases o cuatro. En el transcurso del primer período, del 23 de marzo de 1919 al verano de 1921, este financiamiento es bastante reducido: el fascismo aparece aún como "subversivo" para algunos y, es necesario recordarlo, no ha salido aún de las ciudades. Con el verano de 1921, que ve entrar en vigor el nuevo sistema de cotizaciones mientras que el fascismo se manifiesta como una fuerza nacional, los fondos comienzan a afluir, para disminuir en 1922 hasta la marcha sobre Roma: "el «peligro bolchevique» —observa el autor— estaba entonces conjurado y las cosas se estaban normalizando" (p. 242); a lo que hay que añadir, como ha mostrado ya Salvemini,[16] que en 1922 el capitalismo italiano comenzaba a salir de la crisis de la posguerra. La marcha sobre Roma por último y la llegada de Mussolini al poder

15. Es lógico llevar esta investigación hasta diciembre de 1924, ya que el fascismo no se estabilizó verdaderamente hasta después de la «crisis Mateotti».

16. Gaetano SALVEMINI, *Scritti sul fascismo*, Feltrinelli, Milán, 1961.

van a marcar "un aumento masivo de las subvenciones" (íbid.): de 447.200 liras en octubre-diciembre de 1921 y de 1.247.025 liras de enero a octubre de 1922, las subvenciones de las sociedades industriales y comerciales se elevaron a 4.125.750 liras de noviembre de 1922 a diciembre de 1924, lo que representa un aumento sensible (más del 20 % por año).

Entre las conclusiones que Renzo de Felice extrae de su análisis, debemos retener sobre todo éstas: "el financiamiento de los *fasci* fue esencialmente un fenómeno de clase, sobre el cual los otros fenómenos no tuvieron influencia alguna notable" (*loc. cit.*) y —conclusión que es según nosotros más importante— si la mayoría de los fondos han sido suministrados por los industriales y los terratenientes, no podríamos hablar, en cuanto a los industriales, de una "actividad pro fascista intensa" tendiendo conscientemente a llevar a Mussolini al poder: la tardía entrada en escena de la Confindustria y de la Asociación de las sociedades por acciones, para las elecciones de 1924, serían la prueba de ello. El examen geográfico de la financiación, por último, permite verificar lo que ya sabíamos en el plano político: las dificulatdes del fascismo por penetrar en la Italia del sur.

Paolo Spriano en "L'Unità" (6 de octubre de 1964) y Giordano Sivini en la "Rivista Storica del Socialismo" (VII, 23, septiembre-diciembre de 1964, pp. 627-630) han discutido algunos de los resultados de De Felice: las cifras están lejos de representar la totalidad de las entradas financieras del movimiento fascista, puesto que no figuran los "suscriptores" principales, bancas y grandes industriales, ni las subvenciones entregadas a "Il Popolo d'Italia". Además, como reconoce el mismo De Felice (R.S.S., VII, 23, páginas 630-632), los ingresos excepcionales de las jornadas de la "marcha sobre Roma" no han sido tomados en consideración. Entre ellos, los 3.500.000 liras que —según Berneri— el Gran Oriente, habría entregado para financiar la "marcha" (véase Camilo Berneri, *La Massoneria e il fascismo* (1939, "Umanità nova", XLIII, 4, 27 enero 1963). Por otra parte es cierto que, como ha mostrado Ernesto Rossi (en particular en: *I padroni del vapore,* Bari, 1955), fue una vez establecido el fascismo cuando los industriales y los agricultores italianos le manifestaron plenamente su reconocimiento.

5. *LAS RESPONSABILIDADES DE LAS CLASES DIRIGENTES. UN EJEMPLO: BONOMI Y EL FASCISMO*

Los primeros rumores concernientes al apoyo proporcionado al desarrollo del fascismo por Ivanoe Bonomi, ministro de la Guerra del gobierno Giolitti, comenzaron a circular a partir de 1921. Giuseppe de Falco (*Il fascismo milizia di classe,* Bolonia, 1921, página 26) habló entonces de una circular del estado mayor del 20 de octubre de 1920 (se trata en realidad del 24 de septiembre), invitando a sostener a los *fasci.* Y no fue hasta 1924 cuando Bonomi se preocupó de desmentir estos rumores con ocasión de la aparición de su libro *Dieci anni di politica italiana* (Milán, 1924). Según la introducción de la obra (Ferruccio Rubbiani) "Il pensiero e l'azione di Ivanoe Bonomi"), se habría tratado simplemente de un malentendido, al haber, un general interpretado mal una circular pidiendo informes sobre los *fasci.* Otra circular, de Badoglio, jefe de estado mayor, el 23 de octubre de 1920, vendría además a poner punto final al asunto. Algunos comentaristas, y singularmente Gobetti, hicieron notar lo que esta tardía justificación tiene de contradictoria, a lo que Bonomi respondió —esta vez directamente— en el "Azione" de Roma de 9 de marzo de 1924. Gobetti volvió entonces sobre la

cuestión en la "Rivoluzione liberale" (Turín) del 18 de marzo: "Bonomi exige de nosotros una necedad excesiva..."

Los documentos que publica Roberto Vivarelli (*Bonomi e il fascismo in alcuni documenti inediti*, "Rivista Storica Italiana", LXXII, núm. 1, marzo de 1960, pp. 147-157) ponen de manifiesto que los "rumores" de 1921 no estaban totalmente desprovistos de fundamento. La circular del 24 de septiembre de 1920 constata en efecto que los *fasci* "pueden ser considerados de ahora en adelante como fuerzas vivas que oponer eventualmente a los elementos antinacionales y subversivos. Parece pues oportuno —prosigue el texto— ... mantener el contacto con ellos siguiendo sus actividades de cerca e informando eventualmente...", etc. El juicio extremadamente favorable a los *fasci* que contiene esta primera circular, aparece tácitamente confirmado por la del 23 de octubre, destinada no obstante a restablecer la interpretación de la primera, que tendía, dice este texto, "a tener, por medio de contactos prudentes, informaciones seguras en cuanto a la actividad de los *fasci*". Otra circular del 1 de octubre de 1920, hasta ahora totalmente desconocida, del alto mando de la 23a. División de Infantería de Chieti, vuelve a utilizar palabra por palabra la apreciación de los *fasci* como "fuerzas vivas" e invita a emplear, para informarse de sus actividades, "a fiduciarios, elegidos entre antiguos oficiales, que formen parte de los mismos *fasci*". Si nos remitimos por último a unas notas inéditas de Bonomi escritas posiblemente durante el verano de 1921, constatamos que el antiguo ministro de la Guerra lamenta sólo que la prensa haya tenido conocimiento de las dos circulares incriminadas. Como observa R. Vivarelli, no fue adoptada ninguna sanción contra el exceso de celo de estos militares.

6. *LA OCUPACIÓN DE LAS FABRICAS ¿OCASIÓN PERDIDA?*

Hasta una época bastante reciente, comunistas y anarquistas se han puesto de acuerdo en ver en la ocupación de las fábricas de 1920 la gran ocasión perdida de la posguerra italiana: ocasión perdida —¿es necesario decirlo?— por culpa de los reformistas. Éste fue además uno de los principales argumentos invocados en ocasión de la escisión de Livornia y, excepto ciertas épocas "unitarias", los comunistas no habían abandonado jamás esta tesis.[17]

Un libro reciente de Paolo Spriano (*L'occupazione delle fabbriche, Settembre 1920*, Turín, 1964) se esfuerza, por el contrario, en demostrar que el movimiento de 1920 testimonió más unas "insuficiencias", unos "vicios", unos "retrasos" del socialismo italiano —fórmulas que, a decir verdad, siempre podemos emplear a posteriori para todo movimiento que fracasa— que "sus virtudes, su empuje, sus posibilidades revolucionarias". El gobierno —constata el autor— no perdió jamás el control de la situación y, sobre todo, cuando los reformistas eligieron el compromiso "las masas no tuvieron a escala nacional suficiente fuerza para oponerse a ello".

Éste es, según parece, el argumento más serio. Él nos remite, implícitamente a unas posiciones simétricas: *a*) dada la ausencia de organización revolucionaria, el proletariado no pudo expresarse: es la posición comunista tradicional, que supone la ocasión perdida y justifica la escisión de Livornia —posición que el autor descarta—; *b*) inversamente, es la espontaneidad revolucionaria la que en último térmi-

17. Es evidentemente como el reflejo de un período «unitario» —el de los frentes únicos— como ha de ser considerada la frase de Zinoviev: «En septiembre de 1920, el momento histórico había pasado ya.» (En *L'Internationale Communiste au travail*, París, 1923, p. 138).

no debiera haber decidido, tesis que oscila entre Bakunin y Rosa Luxemburg y lleva poco a poco a hacer aparecer la inutilidad de la organización y, por tanto, de la escisión de Livornia. Uno siente por tanto también la tentación de ver en el libro de P. Spriano, por otra parte lleno de interés y muy bien documentado, un testimonio del actual período "unitario" del Partido Comunista Italiano.

Colocándose en el punto de vista del historiador económico-político y manifiestamente preocupado por perspectivas más amplias, Carlo Villauri ("L'atteggiamento del governo Giolitti di fronte all'occupazione delle fabbriche [setiembre de 1920]", *Storia e Politica*, 1965) se esfuerza en mostrar que en 1920 la partida fue jugada menos entre el proletariado y los industriales que entre estos últimos y un gobierno prudente, habituado al "riesgo calculado" y preocupado por evitar un enfrentamiento catastrófico. De hecho, mientras que —anarquistas y comunistas aparte— las organizaciones del proletariado no parecían muy decididas a tomar el poder, todos los esfuerzos del gran capital, singularmente la Confindustria, tendían a hacer estallar el conflicto y a empujar al gobierno al fracaso.

Éstas son —según el autor— las nuevas relaciones entre la Banca y la industria pesada que están en "el origen de los trastornos económicos y políticos que caracterizan a la Italia de 1920". En presencia pues de las ofertas de mediación del gobierno Giolitti y del deslizamiento de las organizaciones obreras hacia posiciones de compromiso, la actividad de los industriales tiende entonces a "forzar la mano" al proletariado, el cual responde ocupando las fábricas. Es ésta una tesis ingeniosa que demuestra bastante claramente cómo, cuando su desarrollo lo exige, el capitalismo logra bastante cómodamente —con la complicidad objetiva de los reformistas— utilizar las iniciativas revolucionarias del proletariado para cubrir

algunas etapas —aquí, dar un paso más hacia esa integración del proletariado y de este régimen fascista que habían llegado a ser indispensables para el progreso del capital financiero italiano. La responsabilidad de los reformistas sigue siendo sin embargo total, pero nos sentimos tentados a considerarla más que en los términos (morales) de la "traición", en los de la "falsa conciencia". Habría habido, en suma, menos falsa conciencia o mixtificación entre los representantes del gran capital que entre los dirigentes reformistas del proletariado.

7. *FASCISMO Y NAZISMO*

La influencia de Mussolini sobre Hitler es conocida desde *Mein Kampf* (1924). Las relaciones que se establecieron —incluso antes de la "marcha sobre Roma"— entre los fascistas y los nazis, así como entre ciertos "racistas" de Alemania del Sur, han sido ampliamente exploradas: véase, por ejemplo, E. Anchieri, *Les rapports italo-allemands pendant l'ère nazi-fasciste* ("Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre mondiale", abril de 1957), como han sido estudiados la mayoría de los aspectos de alianza nazifascista: la obra ya clásica de M. Toscano, *Le origini del patto d'acciaio* (Florencia, 1948), en *Faschismus-Nationalsozialismus* (Brunswick, 1964) y, sobre todo, F. W. Deakin, *The Brutal Friendship, Mussolini, Hitler and the Fall of Italian Fascism* (Londres, 1952). Pero el "problema de los problemas" no ha sido jamás abordado: dadas dos formaciones sociales estructuralmente iguales, ¿dónde se sitúan las diferencias?

Fascismo y nazismo difieren: ¿no se ha llegado incluso a veces a oponerles? A menos de recurrir, con una perspectiva ahistórica, a una "personalidad de

base" (alemana o italiana) que informaría tales diferencias, éstas se explican en primer lugar por la situación respectiva de los capitalismos italiano y alemán. Los dos países han realizado ciertamente su unidad nacional en la misma época, bastante tardíamente en el marco de Europa, pero ya sobre bases diferentes. Sabemos la poca autonomía o existencia de que disponía entonces la burguesía italiana, mientras que la unidad alemana fue el hecho de un capitalismo ya autónomo. Capital más fuerte, pues, y que, apoyándose sobre las organizaciones socialdemócratas, distribuyendo unas "migajas" más grandes, integró muy pronto el proletariado a la sociedad global.

Primera diferencia, pues: el nazismo ha realizado una "totalidad" más acabada que el fascismo. El proletariado alemán se ha "integrado" mucho mejor que el proletariado italiano. Tendríamos muchas dificultades para encontrar en Alemania el equivalente de la incansable "conspiración obrera" que conoció la Italia de Mussolini: véase D. Zucàro, *Cospirazione operaia* (Turín, 1965). Ningún equivalente tampoco a la Resistencia italiana: véase R. Battaglia, *Storia della Resistenza italiana* (Turín, 1964, 2a. ed.) y G. Quazza, *La Resistenza italiana. Appunti e dicumenti* (Turín, 1966).

Si el advenimiento del fascismo se produjo con el apoyo de la clase dirigente italiana, fue —tal como hemos visto— al cabo de cuatro años de guerra civil. Por el contrario, el ascenso de Hitler se parece mucho a una "vía parlamentaria": comparemos aquí las elecciones italianas después de la toma del poder, 1924: fascistas, 38 %; antifascistas, 25 %; abstenciones, 37 %, tras dos años de gobierno fascista, y los 36,8 % de sufragios obtenidos por Hitler en 1932. Es cierto que a despecho del peso de los partidos obreros en Alemania, Hitler no se enfrentó con la misma oposición que Mussolini. La política de "clase contra clase", llevada a cabo, bajo la instigación de Stalin,

por los comunistas alemanes favoreció objetivamente, sino intencionalmente, la llegada al poder de los nazis. ¿En qué medida Stalin y sus compañeros no han preferido, a una revolución alemana que habría hecho de Rusia —según la fórmula de Lenin— "no ya un ejemplo, sino de nuevo un país atrasado", un estado alemán susceptible de volverse contra las democracias occidentales en uno de estos "conflictos interimperialistas" de los que J. Stalin se había convertido en teórico?

Pero las diferencias son también las que nos enseña la experiencia inmediata. Si el "César de carnaval" hacía reír, ¿quién pensaría en reírse de Hitler? El nazismo aparece como pura violencia. Es, en efecto, ese ascenso de lo irracional, este "regreso del reprimido" que toda sociedad teme. No existe nada sorprendente en que las primeras tentativas para informar —psicológicamente o psicoanalíticamente— del fenómeno nazifascista daten de los años 30. Sólo el nazismo realiza plenamente esta destrucción de la razón que ha descrito —bastante esquemáticamente— Lukács: *La destruction de la raison* (2 vols., París, 1958). A este nivel, en efecto, las diferencias son claras. Es todo lo que separa a la *Teoria generale dello Spirito come Atto puro*, de Gentile (Bari, 1924), de *Der Mythos des XX Jahrhunderts*, de Rosenberg (Munich, 1933, 7a. ed.), una filosofía reaccionaria de una ideología, psicoanalíticamente hablando, reaccional.

Llegamos ahora a la más visible de las diferencias: el antisemitismo. El fascismo, en sus orígenes, no es muy antisemita. Los esfuerzos "teóricos" de un Preziosi aparecen sobre todo como excepciones: véase R. de Felice, *Giovanni Preziosi e le origini del fascismo (1917-1931)* ("Rivista Storica del Socialismo", V, 17, septiembre-diciembre de 1962). Uno de los personajes centrales de la biografía del duce es un judío: Margherita Sarfatti. Pero esto pertenece a la anécdota. No es ciertamente una prueba. Hay algo más sig-

nificativo: las reticencias de los dirigentes fascistas, una vez el nazismo en el poder, a adoptar oficialmente el antisemitismo. Véase sobre todo para esto la importante obra de R. de Felice, *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo* (Turín, 1961). La primera legislación racial sólo fue adoptada en 1938. Y estuvo muy lejos de encontrar la misma adhesión que en Alemania.

8. *EL INCONSCIENTE ¿ES FASCISTA?*

Si exceptuamos las reflexiones sobre la pequeña burguesía de un L. Salvatorelli o de un G. Ansaldo, más próximas al "moralista" que al psicólogo o al sociólogo, la "psicología del fascismo" —tal como hemos dicho— no ha retenido verdaderamente la atención más que a partir del ascenso del nazismo. Citaremos aquí, a título de curiosidad, el pequeño libelo del laborista inglés L. Birch, *Why they Join the Fascists* (Londres, s. d. [1937]), que intenta demostrar cómo el nazismo —y el fascismo británico de Oswald Mosley— se esfuerzan en primer lugar en realizar los deseos reprimidos de la pequeña burguesía.

W. Reich ha escrito innegablemente, con *The Mass Psychology of Fascism* (New York, 1946, edición aumentada con una introducción y con dos capítulos: la primera edición, *Massenpsychologie des Faschismus*, es de 1933), el gran libro sobre la cuestión.[18] El fascismo, en efecto, no hará más que liberar estos impulsos que esperan —¿adormecidos?— en cada uno de nosotros. El problema del fascismo no sería pues sólo el de una organización sociopolítica, sino también el de la organización de nuestros instintos: sólo la liberación controlada de la sexualidad y de la combatividad evitaría a éstos el emplearse, o como se ha dicho "desreprimirse" en la agresividad fascista. A las causas económicas del fascismo, a las contradicciones del capitalismo se añadirían pues las contradicciones de la vida sexual, las represiones de la vida amorosa de los hombres. Punto de vista que confirma el *Psychanalyse de l'antisémitisme*, de R. Loewenstein (París, 1952).

Uno de los aspectos interesantes de la tesis de Reich es sin duda el de permitir —al historiador o al sociólogo— introducir una distinción en el interior de la categoría (genérica) del totalitarismo, de distinguir si se quiere entre stalinismo y fascismo. Mientras que, en efecto, el fascismo (o el nazismo) se fundarían sobre la liberación desordenada de los impulsos, y por lo tanto, como muestra muy bien R. Loewenstein, sobre una verdadera descomposición del Super-Yo, el stalinismo, por el contrario, se bastaría sobre la represión de estos impulsos, sobre el reforzamiento de este mismo Super-Yo. De donde, efectivamente, la regresión incesante de la vida sexual que acompaña a la instauración de la burocracia staliniana, el puritanismo hoy día en vigor en la Unión Soviética y en los partidos comunistas,[19] etc. De donde, y no es esto lo menos importante, la diferencia entre los dos "totalitarismos".

En una perspectiva psiquiátrica, la obra de J. Gabel, *La fausse conscience* (París, 1962), parece suministrar al historiador unos instrumentos mucho más manejables. J. Gabel demuestra muy bien, en efecto, cómo la falsa conciencia es inseparable de una degradación de la temporalidad o de la historicidad: y,

18. Sobre Reich, *cf.* el artículo de B. FRAENKEL, *Sexualité et repression*, en «Partisans», octubre-noviembre de 1966.

19. Puritanismo que reforzó evidentemente el lugar cada vez mayor ocupado por estos movimientos en la pequeña burguesía...

de hecho, el fascismo y el nazismo se pretendieron ahistóricos ("Reich de mil años", "Tercera Roma", etc.); de una valoración del espacio en detrimento de la temporalidad: basta con citar aquí el gusto del fascismo por lo monumental y, muy particularmente —iniciativa del duce—, los trabajos de limpieza del Foro romano, que constituyen suficientemente la síntesis de esta doble búsqueda de lo espacial y de lo eterno; de una dialectización de la visión del mundo e incluso del ser en el mundo: ¿no pretendió acaso el fascismo el fin de los antagonismos sociales? ¿la identidad recobrada? ¿una especie de fin de la historia? La falsa consciencia, inseparable del fascismo, y el fascismo mismo aparecen así susceptibles del mismo análisis que la esquizofrenia. ¿Es simple analogía? ¿o se trata, efectivamente, de una homología? La historia del fascismo es un gran libro en el que el psiquiatra —también— halla un proceso familiar.

BIBLIOGRAFÍA

I. *Obras generales sobre el período*

F. CHABOD, *L'Italia contemporanea (1918-1948)*, Turín, 1961, preferible a la edición francesa, porque es más completa, constituye sin duda, actualmente, la mejor introducción a los problemas del período.

G. A. CHIURCO, *Storia della rivoluzione fascista*, 5 vols., Florencia, 1929. Monumental. Versión casi oficial de los hechos.

G. VOLPE, *Histoire du mouvement fasciste*, Roma, s. d. Por ser obra de un gran historiador nacionalista, es una obra de propaganda bastante mediocre.

G. PINI, F. BRESADOLA, G. GIACCHERO, *Storia del fascismo. Guerra-Rivoluzione-Impero*, Roma, 1938, 2a. edición. De Adua a la proclamación del Imperio: un fresco de la "redención" de Italia.

R. FARINACCI, *Storia del fascismo*, Cremona, 1940. Por uno de los "jerarcas" del régimen, la historia de los cuatro años cruciales, 1919-1922. Característica del género.

G. SALVEMINI, *Scritti sul fascismo*, Milán, 1963, 2a. edición. Por un gran historiador antifascista. Un clásico.

L. SALVATORELLI, G. MIRA, *Storia d'Italia nel periodo fascista*, Turín, 1956. Historia esencialmente política, muy cercana a la crónica.

G. CAROCCI, *Storia del fascismo*, Milán, 1959. Excelente manual.

E. SANTARELLI, *Storia del movimento e del regime fascista*, 2 vols., Roma, 1967. Vasto fresco que se esfuerza por situar al fascismo en la crisis de la sociedad europea de entre guerras. Obra importante.

D. GUÉRIN, *Fascisme et grand capital*, París, 1965, 3a. edición (1a. edición, 1936). Indispensable. No ha envejecido.

C. M. R., *Histoire du fascisme italien*, París, 1938. Con

Tasca y Salvemini, una de las mejores obras de los exiliados antifascistas.

M. GALLO, *L'Italie de Mussolini*, París, 1964. Crónica ágil, bien llevada.

II. *Orígenes y advenimiento*

1. *Testimonios*

Un cierto número de obras consagradas al período 1919-1922 pueden ser consideradas actualmente como testimonios. Así:

P. NENNI, *La lutte de classes en Italie*, París, 1930; *Six ans de guerre civile en Italie*, París, 1930; *Storia di quattro anni*, Roma, 1946; *Vingt ans de fascismes*, París, 1960.

E. LUSSU, *La Marche sur Rome... et autres lieux*, París, 1935.

G. VOLPE, *Guerra dopoguerra fascismo*, Venecia, 1928.

2. *Estudios*

A. GRAMSCI, *L'Ordine Nuovo 1919-1920*, Turín, 1955; *Socialismo e fascismo. L'Ordine Nuevo 1921-1922*, Turín, 1966, así como P. GOBETTI, *Scritti politici*, Turín, 1960, representan unos puntos de partida fundamentales.

A. TASCA, *Nascita e avvento del fascismo*, Florencia, 1950. Sigue siendo el gran libro sobre la cuestión. Existe una edición francesa: *Naissance du fascisme*, París, 1968.

U. FEDELI, *La nascita del fascismo, Ivrea*, 1959, ciclostilada. Punto de vista de un anarquista. Excelente pequeña síntesis.

P. ALATRI, *Le origini del fascismo*, Roma, 1961, 2a. edición. Particularmente importante en lo que concierne al nacionalismo y a las responsabilidades de las clases dirigentes.

R. PARIS, *Histoire du fascisme en Italie: Des origines à la prise du pouvoir*, París, 1962.

R. VIVARELLI, *Il dopoguerra in Italia e l'avvento del fascismo (1918-1922): I. Dalla fine della guerra all'impresa di Fiume*, Nápoles, 1967. Los orígenes de la Italia contemporánea. Una reconstrucción rigurosa. Otros dos volúmenes anunciados.

Tres ciclos de lecciones o de seminarios sobre el fascismo abordan igualmente, con mayor o menor duración, el problema de los orígenes con exposiciones de N. VALERI (en *Lezioni sull'antifascismo*, Bari, 1960), P. ALATRI (en *Ttrent'anni di storia italiana. 1915-1945*, Turín, 1961) y L. BASSO (en *Fascismo e antifascismo. 1918-1948*. Milán, 1962).

R. COLAPIETRA, *Napoli tra dopoguerra e fascismo*, Milán, 1962; G. PERILLO, *I comunisti e la lotta di classe in Liguria negli anni 1921-1922*, extracto de la revista "Movimento operaio e socialista", 1962-1963; E. SANTARELLI, *Le Marche dall'unità al fascismo*, Roma, 1964; S. SECHI, "La Sardegna tra guerra e dopoguerra", en *Il Movimento di Liberazione in Italia*, julio-setiembre 1967, pp. 3-32, y "Il movimento autonomistico e le origini del fascismo in Sardegna (1920-1922), en *Annali della Fondazione Einaudi*, 1968, pp. 1-71, ofrecen unos ejemplos de situación localmente determinada.

G. SALVEMINI, *The March on Rome*, en "Current History", octubre de 1932, pp. 38-43; A. REPACI, *Mito e realtà della marcia su Roma*, en "Il movimento di Liberazione in Italia", abril-julio de 1960, pp. 3-41.

3. *Orígenes ideológicos*

G. GENTILE, *Origini e dottrina del fascismo*, Roma, 1929, así como B. MUSSOLINI, *La doctrine du fascisme*, tr. fr., Florencia, 1938, 3a. edición, debida mitad a Gentile y mitad a Missiroli, representan los grandes momentos teóricos del *Ventennio*.

Más edificantes, el *Dizionario mussoliniano: 1.500 affermazioni e definizioni del Duce*, Milán, 1940: la opinión del duce sobre todos los temas, por orden alfabético, de "academia" a "zara", y *La dottrina fascistas ad uso delle scuole e del popolo*, Roma, s. d.: los principios del mussolinismo.

R. DE FELICE, *Giovanni Preziosi e le origini del fascismo (1917-1931)*, en "Rivista Storica del Socialismo", setiembre-diciembre de 1962, pp. 493-555. Sobre un problema poco estudiado.

Sobre los neohegelianos italianos: E. GARIN, *Cronache di filosofia italiana 1900-1943*, 2 vols., Bari, 1966, 3a. edición: panorama un poco amazacotado, pero extremadamente completo; el idealismo italiano visto desde

el interior. E. AGAZZI, *Il giovane Croce e il marxismo*, Turín, 1962: notable. F. VALENTINI, *La controriforma della dialectica*, Roma, 1966: sobre los límites del neohegelianismo.

Para los orígenes literarios, una de las fuentes más importantes es la serie de antologías de revistas (entre ellas, "Il Regno", "Lacerba", "La Voce") publicadas en Turín a partir de 1960: *La cultura italiana del'900 attraverso le riviste*. Un testimonio interesante sobre este clima intelectual: H. GIORDAN, *Romain Rolland et le mouvement florentin de "La Voce"*, París, 1966.

B. CRÉMIEUX, *Littérature italienne*, París, 1928; C. SALINARI, *Storia popolare della letteratura italiana: III. Dalla seconda metà del Settecento al Novecento*, Roma, 1962. Aclaran igualmente el marco literario.

A. ASOR ROSA, *Scrittori e popolo. Saggio sulla letteratura populista in Italia*, Roma, 1965. Uno de los libros más brillantes publicados en Italia después del fin de la guerra.

I Futuristi, pequeña antología poética a cargo de G. Revegnani, Milán, 1963.

F. T. MARINETTI, *Al di là del comunismo*, Milán, 1920, documento; *Futurismo e fascismo*, Foligno, 1924. El problema es tratado, efectivamente, en la obra de R. De Felice, *supra*.

A. PAVOLINI, *Futurismo*, en "Vita" (Director, J. Luchaire), 25 de diciembre de 1919: el punto de vista de un contemporáneo.

M. CANCOGNI, *Storia dello squadrismo*, Milán, 1959, contiene algunas páginas vividas sobre las expediciones de *arditi* futuristas.

Dado que el nombre de D'Annunzio aparece por todas partes, nos conformaremos con retener el excelente pequeño libro de N. VALERI, *D'Annunzio davanti al fascismo, Florencia*, 1963, sin olvidar a S. CAPRIOGLIO, *Un mancato incontro Gramsci-D'Annunzio a Gardone nell' aprile 1921 (Con una testimonianza di P. Togliatti)*, en "Rivista Storica del Socialismo", enero-agosto de 1962, pp. 263-273.

III. *Grupos, partidos, sindicatos* [20]

F. CHABOD, *op. cit.*, contiene un importante panorama de la situación política de Italia en la posguerra, que podemos completar con C. MORANDI, *I partiti politici nella storia d'Italia*, Florencia, 1963, y J. MEYNAUD, *Les Partis politiques en Italie*, París, 1966.

1. *Los nacionalistas*

A. ORIANI, *La rivolta ideale*, Bolonia, 1926; E. CORRADINI, *L'Ora di Tripoli*, Milán, 1911; *Il nazionalismo italiano*, Milán, 1914; G. PAPINI, G. PREZZOLINI, *Vecchio e nuovo nazionalismo*, Milán, 1914: los matices del nacionalismo. *Cf.* también M. VAUSSARD, *De Pétrarque à Mussolini. Évolution du sentiment nationaliste italien*, París, 1961: una continuidad contestable.

P. ALATRI, *op. cit.*, contiene —como se ha dicho— un excelente estudio sobre el nacionalismo. Una buena introducción: W. ALFF, "Die Associazione Nazionalista Italiana von 1910", en *Faschismus-Nationalsozialismus* (Schriftenreihe des Internationalen Schulbuchinstituts), Brunswick, 1964, pp. 7-27.

R. MOLINELLI, *Per una Storia del nazionalismo italiano*, Urbino, 1966: exposición de los programas.

2. *El "socialismo nacional"*

P. ORANO, *"Colei che siede sovra l'acque": Conferenza pronunciata a Roma il 15 diciembre 1915*, Roma, 1916, ilustra muy bien la "conversión" de ciertos anarcosindicalistas.

E. ROSSONI, *La idee della ricostruzione. Discorsi sul sindacalismo fascista*, Florencia, 1923; V. AMORUSO, *Il Sindacalismo di E. Corradini*, Palermo, 1929: documentos.

G. BOURGIN, *L'État corporatif en Italie*, París, 1935: buen retablo de los desenlaces finales.

20. Para el Partido Popular y los diversos liberales (Salandra, Giolitti, Nitti), acudiremos a las bibliografías —citadas más arriba— de F. CHABOD y C. MORANDI, así como a P. ALATRI, *loc. cit.* G. GIOLITTI, *Mémoires de ma vie*, trad. francesa, París, 1923; L. STURZO, *L'Italie et le fascisme*, París, 1927; A. SALANDRA, *Memorie politiche 1916-1925*, Milán, 1951, todas las cuales presentan puntos de vista interesantes.

E. SANTARELLI, *Le socialisme national en Italie*, en "Le Mouvement social", enero-marzo de 1965, pp. 41-70: la primera puesta a punto rigurosa sobre este importante problema.

3. *El Partido Nacional Fascista*

A. GAMBINO, *Storia del PNF*, Milán, 1962. Periodista brillante.

D. L. GERMINO, *The Italian Fascist Party in Power*, Minneapolis, 1959. Sobre el período que comienza con la "marcha sobre Roma", cuando el Partido comienza verdaderamente a desempeñar un papel; una tesis minuciosa.

La literatura antifascista de los emigrados ha insistido, naturalmente, sobre los aspectos totalitarios del PNF. Así: S. TRENTIN, *Antidémocratie*, París, 1930, y *Dix ans de fascisme totalitaire en Italie*, París, 1937. Pero, también en este caso, se trata del PNF en el poder.

IV. *Mussolini*

B. MUSSOLINI, *Scritti e Discorsi*, 13 vols., Milán, 1934-1940. Edición oficial, cuidadosamente expurgada de todo acento "subversivo" en la que no figuran, por lo tanto, los escritos del período socialista y, por lo demás, muy incompleta.

Opera omnia, 35 volúmenes anunciados, Florencia, a partir de 1951.

La célebre *Autobiography*, Londres-Nueva York, 1928, es una especie de falsedad sin gran interés. Son más interesantes, aunque a menudo se haya exagerado su importancia, los *Colloqui con Mussolini* de Emil LUDWIG, Milán, 1950, 3a. edición (1a. edición: 1932).

P. VALERA, *Mussolini*, Milán, 1924. Libelo. El autor es un socialista que ha conocido de cerca a Mussolini y no le perdona su traición ni sus contradicciones. En el mismo sentido puede ser consultado A. BALABANOFF, *Ricordi di una socialista*, Roma, 1946.

M. SARFATTI, *Dux*, Milán, 1926, ha suministrado el modelo de las biografías escritas durante el *Ventennio*. Así: G. PINI, *Benito Mussolini. La sua vita fino ad oggi dalla strada al potere*, Bolonia, 1926.

Y. DE BEGNAC, *Vita di Mussolini*, 3 vols., Milán, 1936-1940.

Llega hasta 1922. Apologética. Del mismo autor, *Palazzo Venezia Storia di un regime*, Roma, 1951, contiene elementos que clarifican la "psicología" del duce. Igualmente atentos a caracterizar el personaje, C. ROSSI, *Mussolini com'era*, Roma, 1947, y P. MONELLI, *Mussolini piccolo borghese*, Milán, 1954 (tr. francesa: *Mussolini petit bourgeois*, París, 1955), extremadamente vívida, pero limitada.

A. BORGHI, *Mussolini en chemise*, París, 1932; A. DE AMBRIS, *Mussolini l'uomo e la leggenda*, París, 1930, y, naturalmente, G. DORSO, *Mussolini alla conquista del potere*, Milán, 1961, 2a. edición, cuentan entre las mejores "desmitificaciones" del duce.

E. SANTARELLI, *La revisione del marxismo in Italia*, Milán, 1964 (*cf.* mi informe en "Le Mouvement social", abril-junio de 1966), contiene importantes páginas sobre el "mussolinismo" de los años 1913-1914.

R. DE FELICE, *Mussolini il rivoluzionario. 1883-1920*, Turín, 1965; *Mussolini il fascista. La conquista del potere. 1921-1925*, Turín, 1966; son la introducción a una biografía monumental compuesta de cinco volúmenes. Centrada sobre la aventura de Mussolini, semejante biografía tiende evidentemente a subestimar el peso de las estructuras y la importancia de las luchas de clase en el período considerado. El material utilizado es extremadamente rico y la minucia es demasiado a menudo llevada al absurdo. Sólo un buen conocimiento de la cuestión permite seguir al autor en sus meandros. Sobre esta obra, puede leerse con provecho la importante discusión entre R. VIVARELLI y L. VALIANI, en "Rivista Storica Italiana", LXXIX, 2 de junio de 1967, pp. 438-481.

A estas obras hay que añadir algunas obras sobre el movimiento obrero en particular:

E. SANTARELLI, *Il socialismo anarchico in Italia*, Milán, 1959, que llega hasta la Gran Guerra en lo que concierne a la influencia (mediatizada) del anarcosindicalismo, e incluso antes, de los anarquistas.

U. FEDELI, *Breve storia dell'Unione Sindacale Italiana*, en "Volontà", 1957, núms. 9, 10 y 11: como todos los trabajos de este autor, es serio y bien documentado. Un aspecto "local" es tratado por G. Bianco, "Anarchici e sin-

dacalisti rivoluzionari", en G. BIANCO, G. PERILLO, *I partiti operai in Liguria nel primo dopoguerra*, Génova, 1965.

L. FABBRI, *La Contrarivoluzione preventiva*, Bolonia, 1922: interpretación anarquista de la subida del fascismo.

FUENTES BIBLIOGRAFICAS

1. *Bibliografías, Instrumentos de trabajo*

Sur l'Italie mussolinienne, número especial de la "Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre mondiale", abril de 1957; C. F. DELZELL, *Benito Mussolini. A Guide to Biographical Literature*, "The Journal of Modern History", diciembre de 1963, pp. 339-353; y, sobre todo, la excelente "Note bibliographique" elaborada por P. ALATRI, en *Le origini del fascismo*, pp. 286-302, que remite ya sea a obras sobre el fascismo, ya sea a bibliografías.

Entre las revistas de obras consagradas al fascismo, señalemos: R. PARIS, *La notion de fascisme. Notes sur quelques livres récents*, "Partisans", setiembre-octubre de 1962, pp. 150-168, y E. FASANO GUARINI, *Travaux récents sur le fascisme italien*, "Annales" E S C, enero-febrero de 1964, pp. 83-102, así como —para el contexto— *L'Italie jusqu'au fascisme*, "Annales" E S C, marzo-abril de 1967, pp. 431-442.

Aunque incompleto, A. LEONETTI, *Mouvements ouvriers et socialistes (Chronologie et bibliografie). L'Italie (Des origines à 1922)*, París, 1953, puede ser aún muy útil. Inversamente, G. TREVISANI, *Piccola Enciclopedia del Socialismo e del Comunismo*, 2 vols., Milán, 1962-1963, debe ser consultada con la mayor prudencia.

Añadamos, por último, que los ficheros de la Biblioteca de documentación internacional contemporánea son particularmente extensos y bien organizados.

2. *Periódicos, revistas*

Lo ideal sería leer un periódico de cada tendencia:
"Il Popolo d'Italia" (fascista).
"Il Corriere della Sera" (liberal).
"La Stampa" ("Giolittiano").
"L'Idea Nazionale", "La Tribuna" (nacionalistas).
"Avanti!" (socialista).
"Il Soviet", "L'Ordine Nuovo" (comunistas).[21]
"La Rivoluzione liberale" (Director P. Gobetti, liberal de izquierda), a partir del 12 de febrero de 1922.
"Umanità Nova" (anarquista).

Entre las revistas de este período, "Gerarchia" (fascista) y, sobre todo, "Politica" (nacionalista) muestran las grandes líneas de la ideología nacionalfascista.

La prensa extranjera siguió de bastante cerca la ascensión del fascismo. Véase a este propósito, los estudios de E. DI NOLFO, *L'opinione pubblica europea e l'ascesa al potere di Mussolini*, en "Il Mulino", octubre de 1954; de C. VIVANTI, *La stampa francese di fronte al fascismo, luglio 1922-gennaio 1925*, en "Rivista Storica del Socialismo", enero-abril de 1965 y de E. FASSANO GUARINI, *Il "Times" di fronte al fascismo (1919-1932)*, en "Rivista Storica del Socialismo", mayo-diciembre de 1965. Así como el ensayo de P. MILZA, *L'Italie fasciste devant l'opinion française*, 1920-1940, París, 1967.

Entre los periódicos extranjeros hay que retener sobre todo "The Times", el "Daily Mail" (por los artículos de sir Percival Phillips), y "L'Humanité" (por los comentarios, siempre clarividentes, de Jacques Mesnil). En América del Sur, por la misma época, "El Tiempo", de Lima, publica las *Cartas de Italia* de José Carlos MARIÁTEGUI, notables por su precisión y su claridad.

La prensa de la Internacional Comunista concedió mucho espacio, naturalmente, al fascismo y a la situación de Italia en general:

L'Internationale Communiste, La Correspondance Internationale, Mouvement Ouvrier International (en "Boletín del Consejo Internacional provisional de los Sindicatos obreros", núm. 1, enero de 1921), *L'Internationale Syndicale Rouge*, tratan todos ellos de las fluctuaciones del movimiento obrero y de la situación política y económica de Italia.

A excepción de las revistas de poesía pura, todas las revistas italianas se ocuparon, poco o mucho, del fascismo. Hay que tener en cuenta sobre todo:

"Società" (1945-1962), Roma.

"Movimento operaio" (1949-1956), Milán.

"Movimento operaio e socialista" (a partir de 1955), Génova.

21. Recordemos a este propósito que el Instituto Feltrinelli, de Milán, acaba de realizar una reimpresión de las colecciones completas de los periódicos comunistas italianos.

"Rivista Storica del Socialismo" (a partir de 1958), Milán-Roma-Florencia.

"Il Movimento di Liberazione in Italia" (a partir de 1949), Milán.

"Rivista Storica Italiana" (a partir del final de la guerra), Nápoles.

"Studi Storici" (a partir de 1959), Roma.

"Rinascita" (a partir de 1944), Roma-Milán.

"Il Ponte" (a partir de 1945), Florencia.

Entre las revistas francesas, la "Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre mondiale" es, innegablemente, la que siguió con más atención la Italia de este período.

3. *Bibliotecas, archivos*

Los archivos más importantes se hallan depositados en el Archivio Centrale dello Stato, así como —para el período ulterior— en los archivos de los diferentes ministerios. Un cierto número de archivos privados han sido ampliamente explotados por R. De Felice en su *Mussolini*, al cual nos limitaremos a consultar, sobre este punto.

Algunas bibliotecas son particularmente ricas: Cámara de los diputados, Istituto Feltrinelli, de Milán. Biblioteca Nacional (Florencia), Biblioteca de Roma, etc.

Algunos centros, por último, contienen a veces documentos interesantes: Centro Studi Piero Gobetti (Turín), Centro Ligure di Storia Sociale (Génova), Istituto Storico della Resistenza in Piamonte (Turín), etc.

SUMARIO

Cronología 5

Primera Parte: *Los hechos*

Capítulo 1: Las condiciones específicas del desarrollo económico italiano ... 17

Capítulo 2: Nacionalismo y expansionismo: la Asociación Nacionalista Italiana 29

Capítulo 3: El sindicalismo revolucionario ... 39

Capítulo 4: Los orígenes literario y el Partido Político Futurista 47

Capítulo 5: Guerra y posguerra 59

Capítulo 6: La fundación de los Fasci italiani di combattimento 71

Capítulo 7: 1920, año de cambio: revolución o reacción 81

Capítulo 8: El Partido Nacional Fascista y la "Marcha sobre Roma" 95

Segunda Parte: *Elementos del "dossier" y estado de la cuestión*

Documentos 103
Juicios de los contemporáneos 119

Problemas y cuestiones de interpretación 123

Las interpretaciones del fascismo *(123)*. — ¿Crítica o defensa del *Risorgimento*? *(128)*. — ¿Recibió Mussolini dinero de los socialistas franceses? *(132)*. — La financiación del fascismo *(136)*. — Las responsabilidades de las clases dirigentes. Un ejemplo: Bonomi y el fascismo *(139)*. — La ocupación de las fábricas, ¿ocasión perdida? *(141)*. — Fascismo y nazismo *(143)*. — El inconsciente ¿es fascista? *(146)*.

Bibliografía 149

EDICIONES DE BOLSILLO
ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

261. **Problemas de estratificación social en España.** J. Cazorla Pérez (CD)
261. **Problemas de estratificación social en España.** José Cazorla Pérez (CD)
262. **Sobre la sexualidad.** J. Kahn-Nathan, G. Tordjman (LA)
263. **1789: Revolución francesa.** Georges Lefebvre (LA)
264. **La torre vigía.** Ana María Matute (LU)
265. **Los tres pies del gato.** Jaume Perich (PE)
266. **El coraje de existir.** Paul Tillich (LA)
267. **La perla del emperador.** Robert van Gulik (BA)
268. **Nueva antología.** Juan Ramón Jiménez (PE)
269. **Arriba Spain.** Cesc (PE)
270. **Bouvard y Pecuchet.** Gustave Flaubert (BA)
271. **Realidad natural y realidad abstracta.** Piet Mondrian (BA)
272. **Ensayos sobre la igualdad sexual.** John Stuart Mill (PE)
273. **El antievangelio.** Joan Leita (LA)
274. **Cultura y literatura.** Antonio Gramsci (PE)
275. **Persecución.** Richard Unekis (PE)
276. **La mansión misteriosa.** Maurice Leblanc (TU)
277. **Historia y filosofía.** Francisco Fernández Santos (PE)
278. **Siempre nómadas.** Jordi Llimona (PE)
279. **El largo adiós.** Raymond Chandler (BA)
280. **Gold Gotha.** José Luis de Villalonga (BA)
281. **Diario mínimo.** Umberto Eco (PE)
282. **Dios está en la base.** José María González Ruiz (LA)
283. **Adiós muñeca.** Raymond Chandler (BA)
284. **Anestesia local.** Gunter G. Grass (BA)
285. **Putsch-punch.** Klotz (LA)
286. **El muerto sin descanso.** Donald E. Westlake (BA)
287. **Casse-Cash.** Klotz (LA)
288. **El perro que nunca existió y el anciano padre que tampoco.** Francisco Candel (LA)
289. **Mounier según Mounier.** Jean Marie Domenach (LA)
290. **La revolución jacobina.** Robespierre (PE)
291. **La mujer de las dos sonrisas.** Maurice Leblanc (PE)
292. **Las claves de la sociología.** Georges Lapassade (LA)
293. **De lo espiritual en el arte.** Kandinsky (BA)
294. **Coriolano.** Shakespeare (LU)
295. **Las personas y las cosas.** Ramón Carnicer (PE)
296. **Caminando por el mundo.** Máximo Gorki (LA)
297. **¿Acaso no matan a los caballos?** Horace McCoy (PE)
298. **Sinfonía para un masacre.** Alain Reynaud-Fourton (BA)
299. **Mis universidades.** Máximo Gorki (LA)
300. **En torno a la voluntad de poder.** Nietzche (PE)
301. **Chile: Historia de una experiencia socialista.** A. M. Kramet (PE)

AN Editorial Anagrama
BA Barral, editores
CD Cuadernos para el Diálogo
ES Editorial Estela
FO Editorial Fontanella
LA Editorial Laia
LU Editorial Lumen
PE Ediciones Península
TU Tusquets, editor
LB Editorial Labor
GU Ediciones Guadarrama

302. **Problemas formales en la novela española contemporánea.** Ramón Buckley (PE)
303. **El evolucionismo.** Benjamín Farrington (LA)
304. **Emilio o de la educación.** Jean Jacques Rousseau (FO)
305. **Arsenio Lupin contra Sherlock Holmes.** Maurice Leblanc (PE)
306. **Voltaire según Voltaire.** René Pomeau (LA)
307. **Tierra al asunto.** Jean Laborde (BA)
308. **Traficante de cadáveres.** Dominique Fabre (BA)
309. **Con la clara y con la yema.** Chumy-Chúmez (PE)
310. **Mujer y sociedad.** Lidia Falcón (FO)
311. **Crimen en Guildford.** Freeman Wills Crofts (BA)
312. **La España del siglo XIX — 2 vol.** Manuel Tuñón de Lara (LA)
313. **Los derechos del hombre.** E. Carr y otros (LA)
314. **La incultura teatral en España.** José María Rodríguez Méndez (LA)
315. **El halcón de Mr. Campion.** Youngman Carter (BA)
316. **Summerhill.** Joshua Popenoe (LA)
317. **Los hegelianos en España y otras notas críticas.** M. Pizán (CD)
318. **El fantasma de la ópera.** Gastón Leroux (TU)
319. **La erótica española en sus comienzos.** Efigenio Amezúa (FO)
320. **Sociología del 98.** José Luis Abellán (PE)
321. **Sistema de partidos políticos en Cataluña.** Isidre Molas (PE)
322. **Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar I.** J. de Espronceda (BA)
323. **Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar II.** J. de Espronceda (BA)
324. **Alpha Beretta.** Klotz (LA)
325. **La muerte de un corrompido.** Raf Vallet (LA)
326. **Levi-Strauss: Presentación y antología de textos.** Catherine Backès-Clément (AN)
327. **Crítica del discurso literario.** Luis Núñez Ladeveze (CD)
328. **Breton según Breton.** Sarane Alexandrian (LA)
329. **Ese chico pelirrojo.** Ana María Moix (LU)
330. **Pudriéndome con los árabes.** José María Rodríguez Méndez (PE)
331. **La señorita de los ojos verdes.** Maurice Leblanc (PE)
332. **El echarpe rojo.** Gil Brewer (PE)
333. **Economía política del rentista.** Nikolai Bujárin (LA)
334. **Chile en el corazón.** Varios (PE)
335. **Vidal i Barraquer: El cardenal de la paz.** Ramón Muntayola (LA)
336. **La literatura del desastre.** Miquel dels Sants Oliver (PE)
337. **Invitación a la violencia.** Lionel White (PE)
338. **Cantos del pueblo para el pueblo.** Manuel Gerena (LA)
339. **Entre España y América.** José Luis Aranguren (PE)
340. **Teatro, realismo y cultura de masas.** Juan Antonio Hormigón (CD)
341. **El sexto.** José María Arguedas (LA)
342. **Problemas y alternativas de la juventud.** Emile Copfermann (FO)
343. **La rebelión de Epicuro.** Benjamín Farrington (LA)
344. **El aula sin muros.** E. Carpenter, M. McLuchan (LA)
345. **Las palabras y los mitos.** Isaac Asimov (LA)
346. **Carta abierta a un empresario.** Francisco Candel (LA)
347. **Cartas sobre el Capital.** Marx-Engels (LA)
348. **Historias del Sr. Keuner.** Bertolt Brecht (BA)
349. **El asesinato considerado como una de las bellas artes.** Thomas de Quincey (BA)
350. **El consejo mundial de los indiscretos.** Varios (BA)
351. **Escritos.** Louis Althusser (LA)
352. **Materialismo y empiriocriticismo.** V. I. Lenin (LA)
353. **Jap Job.** Klotz (LA)
354. **Julio Cortázar ante su sociedad.** Joaquín Roy (PE)
355. **Florencia en la época de los Médicis.** Alberto Tenenti (PE)
356. **Los orígenes del socialismo alemán.** Jean Jaurès (LA)
357. **Introducción al psicoanálisis.** David Stafford-Clark (LA)
358. **Introducción a la economía.** Maïte Rungis (LA)
359. **Las palabras y la historia.** Isaac Asimov (LA)
360. **El muerto vivo.** R. L. Stevenson (BA)
361. **Los rufianes.** José Giovanni (BA)
362. **Los exploradores del cerebro.** Leonard A. Stevens (BA)
363. **Las religiones del Tíbet.** Marcelle Lalou (BA)
364. **Los pendientes de María la sanginaria.** Robert Player (BA)
365. **Basta ya de muertes.** Ruth Rendell (BA)
366. **Robinson Crusoe, I.** Daniel Defoe. Trad. Julio Cortázar (LU)
367. **Cartas a Kugelmann.** Karl Marx (PE)
368. **Gracias por el fuego.** Mario Benedetti (LA)
369. **Los que nunca opinan.** Francisco Candel (LA)
370. **Cuentos cubanos.** A. Carpentier y otros (LA)
371. **Carambolas.** Fred Kassak (PE)
372. **Los fenómenos revolucionarios.** Jean Baechler (PE)
373. **Micro mic mac.** Klot (LA)
374. **García Lorca.** Edwin Honig (LA)
375. **Necronomicón, I.** H. P. Lovecraft (BA)
376. **Necronomicón, II.** H. P. Lovecraft (BA)
377. **Tras la niebla y la nieve.** Michael Innes (BA)
378. **Orientación escolar y profesional.** Jean Drévillon (LA)
379. **K. Marx-F. Engels.** V. I. Lenin (LA)
380. **Watt.** Samuel Beckett (LU)
381. **Escritos sociológicos y culturales.** Mao Tse Tung (LA)
382. **Pronto sabré emigrar.** Víctor Canicio (LA)
383. **Robinson Crusoe, II.** Daniel Defoe. Trad. Julio Cortázar (LU)
384. **La kabala.** Marcos Ricardo Barnatan (BA)
385. **Escritos de un salvaje.** Paul Gauguin (BA)
386. **Trabajo industrial y organización obrera en la Cataluña contemporánea (1900-1936).** Albert Balcells (LA)
387. **La España del siglo XX — 3 vol.** Manuel Tuñón de Lara (LA)
388. **Teoría y práctica del Mandala.** Giuseppe Tucci (BA)
389. **La larga noche del sábado.** Charles Williams (PE)
390. **La rebelión colonial.** Roberto Mesa (CD)
391. **Las mujeres y la revolución.** Paule Marie Duhet (PE)
392. **La virgen vengativa.** Gil Brewer (PE)
393. **El socialismo sueco: una sociedad mixta.** Jacques Arnaud (PE)
394. **Democracia, pero orgánica.** Luis Carandell (LA)
395. **La sangre de Cristo.** J. López Pinillos (LA)
396. **El deseo de leer.** Ronald E. Barker/Robert Escarpit (PE)
397. **Una noche con Hamlet.** Vladimir Holan (BA)
398. **Antología de la poesía prerromántica española.** G. Carnero (BA)
399. **El teatro de los años 70.** Ricard Salvat (PE)
400. **Revoluciones y contrarrevoluciones.** Marsal (PE)
401. **Los rivales de Sherlock Holmes, I.** Hugh Greene (BA)
402. **Los rivales de Sherlock Holmes, II.** Hugh Greene (BA)
403. **Año 1905.** Boris Pasternak (BA)
404. **Textos de estética taoista.** Selección y prólogo de Luis Racionero (BA)
405. **Psiquiatría, antipsiquiatría y orden manicomial.** Franco Basaglia y otros (BA)
406. **La novela extramuros.** Carlos Pujol (LA)
407. **La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara.** A. Seghers (FO)
408. **Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros.** K. Lorenz (LB)
409. **Los cristianos frente a la revolución.** Varios (LA)
410. **Sex-pol.** W. Reich y otros (BA)

411. **La vida de las abejas.** Karl von Frisch (LB)
412. **Rosa Luxemburgo y la Social Democracia Alemana.** Luis Gómez Llorente (CD)
413. **Teoría gramatical.** Frank Palmer (PE)
414. **Introducción a una biología del comportamiento.** H. Laborit (PE)
415. **Contra Unamuno y los demás.** Joan Fuster (PE)
416. **La cultura underground, I.** Mario Maffi (AN)
417. **La cultura underground, II.** Mario Maffi (AN)
418. **Escritos sobre arte.** Jean Debuffet (BA)
419. **Iniciación a la biónica.** I. B. Litinetski (BA)
420. **Viaje entretenido al país del ocio.** Pérez de Ayala (GU)
421. **El escritor y la sociedad.** Thomas Mann (GU)
422. **La lunática en el castillo.** Manchette (LA)
423. **Martin Eden.** Jack London (GU)
424. **Caníbales y cristianos.** Norman Mailer (PE)
425. **La construcción del socialismo.** Mao Tse-Tung (AN)
426. **El libro de mi amigo.** Anatole France (GU)
427. **Historia de la cultura occidental.** Michael Grant (GU)
428. **In vino veritas-La repetición.** Soren Kierkegaard (GU)
429. **El jeque de Harlem.** Chester Himes (BA)
430. **Cuestiones de arte y literatura.** Marx/Engels (PE)
431. **Antología de urgencia de A. Machado.** A. Machado (GU)
432. **La muerte de la hierba.** J. Christopher (GU)
433. **Educación sin escuelas.** I. Illich y otros (PE)
434. **Hinduismo.** K. M. Sen (GU)
435. **André Breton. La escritura surrealista.** Durazoi/Lechernier (GU)
436. **Las áreas del placer.** Campbell (GU)
437. **Orígenes del régimen constitucional en España.** J. Fernández Almagro (LB)
438. **Escritos y confesiones.** Richard Wagner (LB)
439. **Temor y temblor. Diario de un seductor.** Soren Kierkegaard (GU)
440. **Escritos sobre literatura y arte.** Lenin (PE)
441. **Para comprender a Piaget.** Pulaski (PE)
442. **La crisis económica y su repercusión en España.** Varios (PE)
443. **Las cartas a Julien.** Albertine Sarrazin (LU)
444. **Cuentos Espaciales.** Ray Bradbury (LU)
445. **Psicología del vestir.** G. Dorfles y otros (LU)
446. **El Unamuno contemplativo.** C. Blanco Aguinaga (LA)
447. **Literatura y psicología. La neurosis del escritor español.** J. del Amo (CD)
448. **El asunto N'Gustro.** J. P. Manchette (LA)
449. **Reiner. Dolly Dollar.** Klotz (LA)
450. **La resolución positiva de la filosofía.** Joseph Dietzgen (LA)
451. **Autobiografía de una mujer sexualmente emancipada.** Alexandra Kolontai (AN)
452. **El sindicalismo I. Teoría, organización, actividad.** Marx/Engels (LA)
El sindicalismo II. Contenido y significado de las reivindicaciones. Marx/Engels (LA)
453. **Sueños, discurso y destrucción de los inocentes.** Eliseo Bayo (LU)
454. **Sociología del cambio religioso en España.** Varios (FO)
455. **El vagamundo.** Eduardo Galeano (LA)
456. **A. Machado, poeta del pueblo.** M. Tuñón de Lara (LA)
457. **La crisis de la economía keynesiana.** John Hicks (LB)
458. **Diálogos entre el poder y el no-poder.** Perich (LA)
459. **Las crisálidas.** John Wyndham (GU)
460. **Obras completas I.** César Vallejo (LA)
461. **Las jirafas de bolsillo.** Guillermo Mordillo (PE)
462. **Las ideas socialistas en el siglo XIX.** Carlos M. Rama (LA)
463. **Días de gracia y arena.** Norman Mailer (PE)
464. **Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo.** Carlos M. Rama (LA)
465. **Obras completas II.** César Vallejo (LA)
466. **Los orígenes del capitalismo.** Jean Baechler (PE)
467. **Las culturas preincaicas.** Víctor von Hagen (GU)
468. **Crónicas de marginados.** Francisco Candel (LA)
469. **Tres novelas cortas: Noches blancas/Novela en nueve cartas/El sueño del príncipe.** Fyodor M. Dostoyevski (LA)
470. **Obras completas VI.** César Vallejo (LA)
471. **Historia del 1.º de Mayo.** Maurice Dommanget (LA)
472. **La crónica sentimental de España.** M. Vázquez Montalbán (LU)
473. **Bajo la junta militar chilena.** F. Hinkelamert, A. Mattelart (LA)
474. **La formación histórica de la clase obrera.** E. P. Thompson (LA)
475. **Obras completas III.** César Vallejo (LA)
476. **Contra la medicina de los médicos.** Valtueña (BA)
477. **Sociología de una profesión: Los asistentes sociales.** Juan Struch/A. M. Güell (PE)
478. **Borges: una lectura poética.** E. Rodríguez-Monegal (GU)
479. **Crónica sentimental.** M. Vázquez Montalbán (LU)
480. **Obras completas IV.** César Vallejo (LA)